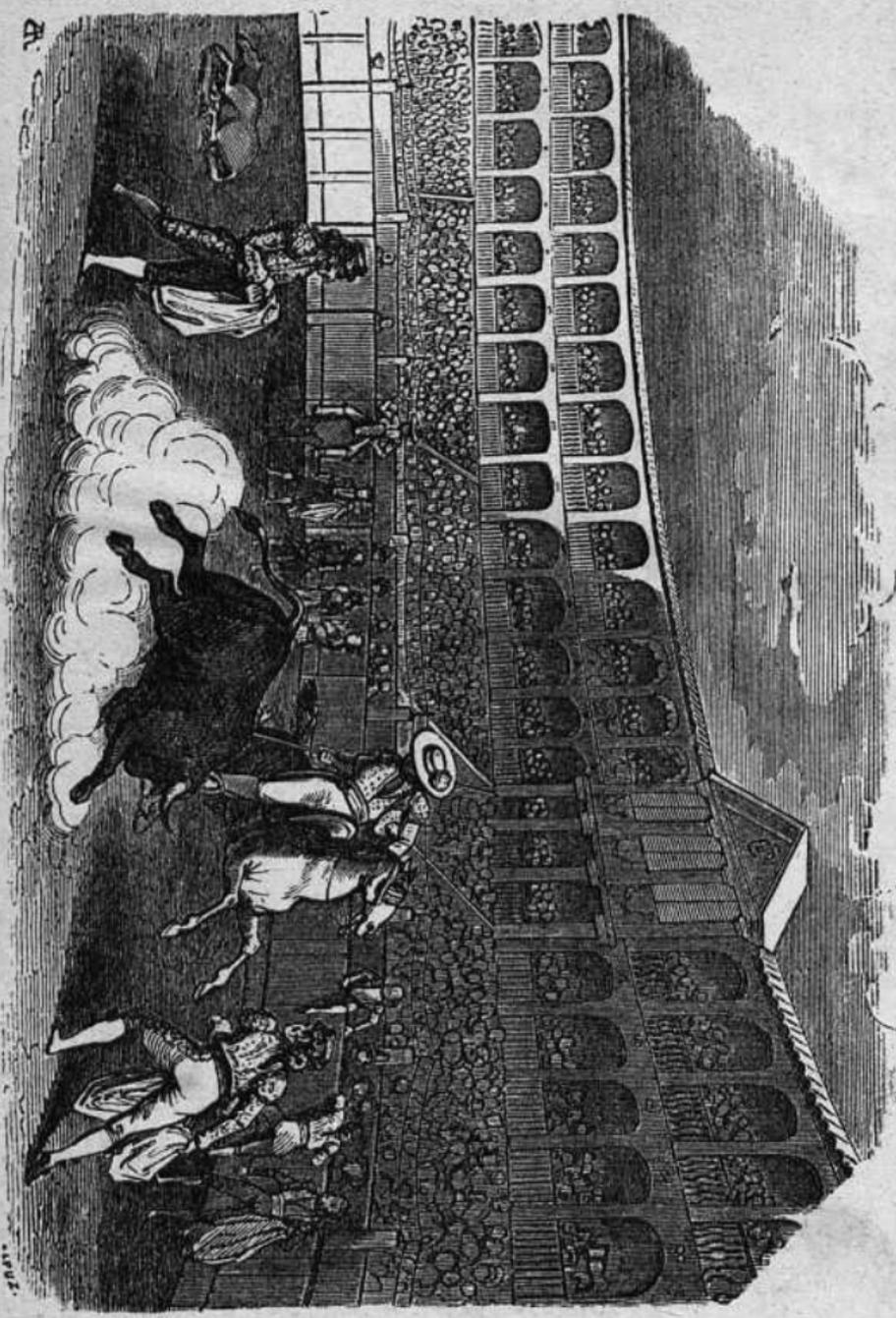


~~10-6-8~~

18-3-8

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

Corrida en la plaza antigua de Madrid.



2

L A S

# GLORIAS DEL TOREO

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

---

Cuadros biográficos, lances y desgracias  
de los diestros más célebres, desde Francisco Romero  
hasta nuestros modernos lidiadores,  
con cuantas noticias han podido adquirirse acerca de los  
ilustres campeones del redondel.

Artículos sobre costumbres de los pueblos  
aficionados á esta clase de espectáculos.

A large, elegant handwritten signature in cursive script, reading "Manuel Fernandez y Gonzalez". The signature is written in dark ink and features long, sweeping flourishes, particularly at the end of the name.

MADRID.

Impren'a de Diego Pacheco; Villalar, 8.

1879.

20

Es propiedad.

## DEDICATORIA.

---

### A QUIEN YO ME SÉ.

---

¡Compare! ¡qué desavío!  
allá vá, con pecho sano,  
y mucho aplomo y sentío,  
este libro de un cristiano  
barbian y de güen trapío.

No me diga su mersé  
que yo me meto en jonduras  
y que de eyas no saldré:  
si me encuentro en apreturas  
suelto al bicho un volapié.

Con un medio capotaso,  
dós pases al natural,  
la sita y un goyetaso  
se escabecha al animal,  
y sale un hombre del paso.

Y aluego con los consejos  
deste, del otro y de aquel,  
se puee yegar mu lejos

y entrarse en el redondel  
y al sol quitar los reflejos.

No piense osté le dedico  
este libro por sacarle  
el loben ni en un tantico,  
que si yo yegué á estimarle  
jué por güeno, no por rico.

Siempre juí yo güen muchacho  
y con un güen corason,  
y lo digo sin empacho:  
un sigarro, un apreton  
y estamos juera de cacho.

*El escribior.*



---

## Á LA LECTORA Ó LECTOR.

Yo te saludo cortesmente, mi buen amigo, mi hermosa señora, que sobre este libro mio pongais los ojos, y os lo brindo y á vuestra compañía, tiro la monterilla, cojo los trastos, y me meto en la jurisdiccion de todo aquel que no confiese que un libro escrito en honor de los héroes del toreo, no es grandemente útil y provechoso, y entretenido é instructivo; y con dar cuatro pases al que lo contrario diga, y despacharle con una buena por todo lo alto recibiendo, asunto concluido; y vengan bichos, y allá veremos quien puede más; que de buena tierra soy yo para que me achique y me vaya con doña *Gindama* á tomar el olivo, y á morirme de vergüenza en la contrabarrera oyendo zumbar el cencerro.

. Y de peto á peto, caballeros, y vamos á ver por qué he dicho yo lo que he dicho; que cuando un hombre de mis circunstancias y de mi formalidad dice una cosa, bien sabe él por qué se la dice y dónde le aprieta el zapato.

Ya saben Vds. que hay gentes que, sin saber lo que dicen, porque se lo han oído decir á otros que tampoco sabían lo que se decían, afirman que las nobles corridas de toros son una diversion bárbara, indigna de un pueblo civilizado; y los que esto dicen, no miran que hay barbáries de guante blanco y perfumadas, que no me meto á señalar, no sea que me crean revolucionario y subversivo y anárquico y enemigo de la sociedad; que si á barbáries vamos, no se resuella sin tragarse una, que no cabe por el puerto de Guadarrama.

Y no nos detengamos, y confiese todo el mundo que las corridas de toros no son bárbaras, sino una lidia grande y generosa, en que se manifiestan, no sólo el heroico valor con que un hombre, sin más que un trapo y un pincho, ó con una vara, y montado en una oblea, se pone delante de una fiera tal como el toro, sino también el ingenio, la agilidad, la destreza y los puños, hasta el punto de que el más débil, fortalecido por el valor y la maestría, vence al más fuerte, demostrando prácticamente la supremacía y la soberanía del ser racional sobre el bruto, lo cual entra en los dominios de la filosofía; de donde se saca, que no sólo son nobles las corridas de toros por lo que enaltecen el valor, sino que son hasta filosóficas.

Son además patrióticas, porque mantienen en la escuela del valor al bravo pueblo español, que no sabría donde estaba ni lo que le sucedía, si cuando llegasen los calores no pudiese recrear los ojos en el grandioso espectáculo del combate taurómico.

Y si mal aconsejados extranjeros nos motejan porque á los toros somos aficionados hasta quedarnos sin comer, para con lo que costara la comida ir á los toros, es de envidia, porque ellos no se atreven á hacer otro tanto, y con sólo ver los toros en el redondel se ponen

pálidos, de miedo de que el toro no vaya á buscarlos al tabloncillo donde tiemblan.

Y aquí se quede esto, y vamos á dar cuatro capotazos y á pararles los pies á los que nos censuren porque hemos titulado á este libro *Glorias del Toreo*; que ya habrá quien de ello se escandalice, y diga que el tal título no es apropiado, ni la calificación de héroes del redondel á los diestros de alma y de sentido: y yo digo que todo el que hace cosas grandes, que pocos son capaces de hacer, alcanza la gloria de haber hecho lo que otros admiran; y en cuanto á lo de héroes, lo es todo aquel que estima en menos la vida que la satisfacción de arrostrar un peligro evidente y vencerle, y hacer que le batan palmas hasta los postes de las barreras; y no se me diga á mi que no merece una corona de laurel, como un poeta, el buen mozo que, puesto á la muerte el toro, lo cita, metiéndose en el *De profundis*, y se pone en el *Gloria vivo*, de pié y triunfante, con la fiera á sus piés muerta; y téngase en cuenta que si el poeta se equivoca y no dá gusto á los señores, con una *silbatina* sale del paso, cosa que no rompe hueso; y si el torero se equivoca, y en vez de escupir al toro como debia por la derecha le escupe por la izquierda, y le agarra un derrote, no te lo quiero decir, porque no es menester. Así que todos esos *barbianes* son las glorias del toreo; y no me digan otra cosa ó lio la muleta y me voy como quien se vá á toro parado contra el que tal dijere y.... hasta las uñitas. Y no digo más, que ya he dicho lo bastante, y vámonos al asunto.





---

## CAPITULO I

**En que se dice cómo el rondeño Francisco Romero  
fué el primero que mató toros con estoque.**

De Ronda habia de ser el primer mozo bueno del pueblo que inventó el toreo á pié y mejoró la suerte de trapo y espada. Hay quien afirma que este caballero que tuvo la gloria de democratizar el toreo, se llamaba Francisco Romero, y florecia allá á principios del siglo XVIII.—Lástima grandé es que no sepamos en qué año, en qué dia y en qué hora, y hasta en qué momento le echó al mundo la brava mujer su madre, que brava debia ser cuando enriqueció á su pátria con un tal hijo.

Era una familia pobre, pero honrada, y dedicó al clúico á carpintero de ribera; pero no le llamaba su suerte por este camino: el matadero fué la puerta por donde emprendió la marcha que debia seguir: abundaban, y aún se encuentran en la Serranía de Ronda, toros montaraces ó cuneros que se cazan, y al matadero se llevan, y éstos y otras reses bravas, eran, y lo son

aún, rudamente lidiadas, sirviendo de primera enseñanza á esos buenos hijos de España, que como *diestros* han ilustrado el toreo, elevándole progresivamente á la categoría de arte, y hasta la perfeccion á que le hemos visto llegar en nuestros tiempos, con los dos Curros, Montes y Cúchares, el Sr. Juan Leon, el Chiclano y otros, de que son dignos sucesores Julian Casas, Cayetano Sanz, Domínguez, los Lavy, Frascuelo, Lagartijo, el chico de Curro Cúchares, el Gordito y otros.

Era y es Ronda ciudad nobilísima, y por aquellos tiempos habia en ella una Maestranza rumbona, cuyos caballeros tenian por su predilecto entretenimiento la lidia de toros á caballo y con rejoncillo.

Claro es que la lidia á caballo requiere como auxiliar al lidiador de á pié, que por medio de su capa saque al bicho de la suerte, y le corra y le lleve á otra suerte nueva.

Llamábanse caballeros en plaza los que rejoneaban, y el rejoncillo era una pequeña lanza como de cinco á seis palmos, que el caballero empuñaba con la punta para abajo y á manera de puñal: á estos caballeros acompañaban pajes á pié, unos que le proveian de rejoncillos, y otros con capas, dispuestos á quitarle el bicho de encima. El caballero se iba al toro á caballo levantado, escarceaba alrededor del bicho, una capa llamaba á la rés, el caballero cambiaba al jaco sobre la arremetida del toro y clavaba á éste el rejoncillo lo más cerca posible de la cerviz, si no en la cerviz misma; y la gala era quebrar bien el rejoncillo despues de haberle profundamente clavado.—Esta operacion, repetida hasta que el toro *palmba*, le convertia en un erizo, y le hacía pasar por el martirio de San Sebastian.—Y no se extrañe que comparemos á un toro con

un santo, porque si á San Lúcas le quitasen su *cornúpeto*, del cielo se iria para ir á dar en una dehesa; y todo el mundo sabe que en el zodiaco hay un signo que se llama *Tauro*, de donde se prueba que en la gloria y entre las estrellas se encuentra al toro, como se encuentra al *Leon* entre los bienaventurados con San Márcos, y tambien en el zodiaco, siendo el signo *Leo*.

La manera de lidiar los toros á caballo, con rejoncillo y con el auxilio de pajes de capa, nos la trajeron los árabes cuando nos hicieron el honor de mudarse á nuestra casa, echarlos de la cual nos costó siete siglos largos.

Pero tanto nos tratamos con ellos, que nos dejaron todas sus costumbres, entre ellas las corridas de toros, y á más los tomates, sabrosa, pero ardiente, indigesta y casi venenosa fruta, no conocida en España hasta que ellos la trajeron de la Siria.

Más allá de la invasion de los árabes no se tienen noticias de que en España se corriesen toros, ni hace falta tenerlas, aunque es de suponer que, dada la ferocidad del animal, donde quiera que haya habido toros ha debido haber toreros; de donde se saca sin violencia que probablemente nuestro abuelo Adam toreó y fué domador de fieras, cuando despues de su pecado, del que hay que disculparle, los animales que con él estaban en el Paraiso, antes mansos, se hicieron en gran parte feroces; y si Adam no pereció devorado ó corneado, sino que murió de viejo, claro es que hubo de imponer la soberanía de su destreza y de su fuerza á los animales bravos, entre ellos al toro, de lo que resulta, no sin visos de verdad, que Adam fué torero.—Si no lo fué, tanto dá, y contentémonos con saber de una manera indudable que el espectáculo taurómico se lo debemos á los árabes, de donde lo tomaron los españoles

cristianos.—Pero esta era una noble diversion, exclusiva de magnates y caballeros.

Las gentes del pueblo se contentaban con capotearlos y tumbarlos, y no se tiene noticia alguna de que los matasen en lidia.

Vulgarizar esta suerte estaba reservado al valiente Francisco Romero. Aficionado á las reses en el matadero, se le ocurrió la idea de que podia matarse á pié á los toros, inventando el engaño por medio de la muleta, y la muerte por medio de la espada. Eligióse para esto el estoque fuerte ó cuadradillo, lo que tenia grandes inconvenientes, singularmente en los encuentros con hueso, á causa de la inflexibilidad del estoque.

Se tuvo por loco á Curro Romero por los caballeros maestrantes, cuando estos le oyeron decir que él se atrevia á matar peto á peto á un toro, con trapo y estoque, ni mas ni menos que se llamó loco á Colon cuando se le oyó decir que habia un mundo desconocido.

Por una dama, que tuvo fé en Colon, por la reina Isabel la Católica, se descubrió la América, y por otra señora, segun hemos averiguado, que le guiñaba el ojo á Curro Romero, y que tenia grande influencia con el corregidor y con los caballeros maestrantes, obtuvo nuestro hombre la licencia de matar solemnemente, en espectáculo, en pública plaza, con capote y espada, y auxilio de lidiadores de capa, un toro bravo escogido. Que él decia que cuanto más bravo, y de más piés, y de más empuje fuese el bicho, tanto mejor resultaria su experimento.

Ya él habia hecho sus pruebas en el matadero, y tenia la seguridad de que en público habia de resultar bien su suerte y darle mucha honra y mucho provecho.

Tratóse entonces de cómo seria la forma de la fun-

cion, y cuál el traje, y hubo cuestiones y discursos y votos, y al fin se determinó que la maestranza apadrinaria á Romero; que el toro se enchiqueraria ni más ni ménos que como antes: que el traje de torear seria co- leto y calzon de ante, cinto de baqueta, media blanca y zapato bajo ó zapatilla: que tanto la muleta como las capas de los lidiadores serian de color rojo para alegrar al toro, y de seda ligera para que se pudieran hacer bien los recortes: que el estoque seria de cuatro palmos con cruz y taza, cuadradillo y fuerte, y afilado de ma- nera que con buen unto de puños pudiese llegar hasta los pulmones del toro: que cuando llegase la hora, un alguacil de la maestranza iria á buscar al matador y á sus muchachos, y precediéndoles entraria en la plaza, y que ellos, con sus capas terciadas, darian un paseo y saludarian al corregidor, y á la maestranza, y á la con- currencia; todo al son de trompetas y timbales y otros instrumentos, como se hacia en las funciones reales, y en otras corridas de caballeros en plaza, y que luego tambien á son de clarin, se soltaria al toro, y á la ventura de Dios.

Esta novedad llevó mucha gente á Ronda, y por pe- ticion de Romero, no fué solo un toro el que se en- cerró, sino cuatro; que él decia que con estos y con otros cuatro más, si era menester, se atrevia, y que hacer la experiencia en público con un solo toro, seria dejar á todo el mundo á media miel y con más ganas.

Otorgósele todo esto, que la señora que le protegía era mucha persona, y estaba muy agradecida á nues- tro torero, y la prueba se hizo.

Lástima grande es que no hayan quedado detalles del tráfigo de Romero con los toros; pero consta sí, que los mató por la cerviz frente á frente, engañándo-

los con el trapo, y de esto se deduce que debió poner en regla para la muerte á los bichos, corriéndolos preventivamente para quebrantarles los piés, y trasteándolos despues, sobre poco más ó ménos, como se les trastea ahora; que de otra manera no se comprende, ni es posible, se mate á un toro con estoque.

Ello fué que desde el dia de la prueba siguió Francisco Romero toreando, yendo de acá para allá con su toreo, y ganando plata en abundancia y dejando á la fama su nombre, que le ha conservado hasta nosotros.

Continuó mucho tiempo en el toreo Romero, mejorándole cada dia, y cuando ya cansado se retiró, dejó en su lugar á su hijo Juan, que avanzó el toreo, inventando las banderillas, y creando la gente de á caballo, es decir, los picadores. Bajo el reinado de Francisco Romero, los de capa habian usado arpones, que clavaban en la cervíz del toro, lo que venia á ser la continuacion del antiguo rejoncillo; pero aún cuando estos arpones no pasaban de la piel del animal, á la cual se quedaban adheridos, eran demasiado rudos y producian demasiado castigo.

Juan Romero inventó un arpon más ligero, y lo hizo adornar con cintas de colores, de donde la banderilla. Se usaba tambien de los parches que el lidiador, citando al toro, y por medio de un quiebro, que no podia ser de otro modo, pegaba en el testúz de la fiera; suerte arriesgada, para la que se requeria una gran serenidad y una gran destreza.

En cuanto á la gente de á caballo, esto es, los picadores, no se habia hecho otra cosa que traer á la plaza á los vaqueros, y su oficio no era más que castigar al toro, por medio de la pica.

Como se vé, aunque en tiempo de Juan Romero el

toreo no hubiera llegado á ser, como hoy, un arte consumado, ya se habian echado todas las bases.

En los principios se toreaba en la plaza pública, cuyas bocas-calles se atajaban con carretas y vallas, de una manera ruda é imperfecta, con mal piso, sin guardas seguras, dificultando todo esto el toreo, y haciéndolo peligroso en sumo grado: ni más ni ménos que como sucede ahora en los pueblos. La necesidad de un lugar más á propósito para las lidias, hizo recordar los circos en que los gladiadores daban el espectáculo de la lucha, del bojeo y del combate con las fieras.

Madrid, Sevilla y Granada fueron de las primeras poblaciones que tuvieron redondel con barrera, contrabarrera y andamios ó graderías, todo imitacion de los circos antiguos.

Juan Romero fué el primer diestro que toreó en la córte —De este tiempo data el principio de los trajes que hoy usan nuestros toreros.

Tomóse el traje madrileño del pueblo ó del manolaje, la chaqueta larga con hombreras y alamares, el calzon corto, la media de seda, la chupa, la redecilla, conservándose el cinto y las zapatillas, como defensa el uno, como á propósito para la agilidad y la ligereza de los piés las otras.

Juan Romero toreó mucho y con mucho aplauso en la córte.—Pero antes de que se retirase ya estaba sobre la arena un hombre que es una de las grandes lumbreras del toreo.—Este hombre era Joaquin Rodriguez (a) *Costillarés*.



---

## CAPITULO II.

**En que se habla de Juan Romero, y de algunos antecedentes relativos á las corridas de toros.**

Andaban locos los españoles con los toros, hasta el punto de que no podían pasarse sin ellos. Hasta el mismo rey comprendía lo que los toros le ayudaban para gobernar sus reinos, que no eran tan tranquilos como se creía, á pesar de su respeto al rey, á quien creían el representante de Dios sobre la tierra. Díganlo si no el motin de Oropesa en tiempos de Carlos II, y el de Esquilache en los de Carlos III.

De tal manera eran un medio de gobierno las corridas de toros, que Jovellanos escribió su célebre folleto *Pan y toros*, en el que demostró que con solo toros y pan estaban contentos los españoles.

Protegióse, pues, por la corona esta diversion, y se construyeron casi todas las plazas que hoy existen. Era necesario tener contento al pueblo. El pueblo, particularmente en España, ha sido siempre el *coco* de reyes y próceres, y quien diga que el pueblo español no

es revolucionario, se engaña; no vé bien, no tienta el pulso del enfermo, ni conoce la brújula de marear: el pueblo español es sufrido como valiente, pero extraordinariamente nervioso, altivo y colérico.

Él quiere al que le manda, en tanto que el que le manda hace lo que él quiere. Cada español es un pequeño soberano, y lo ha sido siempre (véase la historia), y siempre lo será (tenemos la seguridad de que el porvenir nos dará la razon); aquí se gobierna por el consenso público, más que en ninguna otra nacion; y de aquí, que cuando los españoles se han quejado de tiranía, han sido, sin embargo, más libres que los de ninguna nacion del mundo, lo que admira á los extranjeros, que no pueden ménos de conocer en cuanto ponen los piés en España, la independenciam de los españoles, que nace y se apoya en la altivez, la dureza y la seriedad de su carácter.

Si los españoles sufren tiranía, es su tiranía propia, no la de ninguna persona ni clase. El que quiere aquí mandar á contrapelo de los españoles, no dura mucho.

Aquí nadie manda, porque nadie obedece, pura y simplemente *porque no*, que con el *porque sí* es la gran razon de ser de él pueblo español.

Nosotros hemos impreso ya más de una vez la siguiente redondilla, con la cual no creemos haber ofendido á nadie:

Yo saco por justa ley  
y por buena cuenta hallo,  
que aqui no hay mas que un vasallo,  
y ese vasallo es el rey.

Yo quisiera que todos los reyes que ha tenido España resucitasen y me dijiesen, por su honor y sobre su

conciencia, si en esa redondilla he tenido yo ó no he tenido razon.

En fin, ello es la verdad que á los españoles hay que darles gusto, so pena de que ellos tomen su gusto por su cuenta, y para temárselo descalabren á álguien. Gustaban antes los toros, cuando los rejoneban caballeros y los corrian pages; pero cuando los toros se democratizaron, y humildes hombres del pueblo se fueron á la cabeza del bicho, peto á peto, de frente, en la suerte llamada á la *Verónica*, sin más defensa que su trapo, sin más poder que un estoque, el pueblo vió representado su valor por aquellos buenos muchachos, y se encantó, gritó, aplaudió, llegó al delirio: ya no eran sólo los señores y sus criados, tan orgullosos como sus señores, los que se iban al toro: eran los honrados hijos de la plebe que se ponian en muy mayor peligro que se habian puesto los caballeros, dando el bulto, *embragu etándose, ciñéndose, encunándose, metiendo el brazo u sando el quiebro* y oponiendo el valor y la destreza á la ferocidad y la fuerza. ¡Magnífico! el pueblo aplaudió y rugió de entusiasmo. Las corridas de toros eran inevitables: es más, necesarias.

Ya á fines del siglo XV, censurada Isabel la Católica por su confesor el duro y fanático arzobispo de Granada don fray Hernando de Talavera, le habia dicho en una notable carta: *«De los toros sentí lo que vos decis, aunque no alcance tanto; mas luego allí propuse con toda mi determinacion, de nunca verlos en toda mi vida, ni en que se corran, y no digo defenderlos (prohibirlos), porque esto no era para mí á solas.»*

Isabel la Católica se redujo á mandar que para evitar en lo posible las desgracias se enfundasen á los toros los cuernos con otros cuernos de toros puestos al revés; pero esto duró muy poco, porque á los españo-

les no les gustaban los toros con fundas, sino á cuerno liso, fuesen cuales fuesen las consecuencias.

Al popularizarse los toros, se difundió esta diversion de una manera maravillosa.—Los ganaderos cuidaron más las reses que habian de servir para las lidias, y se mejoraron y se afinaron las castas: cundió la aficion del toreo; á la par de Juan Romero, hubo otros muchos toreros 'secundarios, de alguno de los cuales se conoce el nombre: tales fueron Bellon y otros; pero hasta Juan Romero no se escrituraron toreros para trabajar durante toda una temporada en la plaza de Madrid.

A la familia Romero, pues, pertenece la gloria de haber popularizado las corridas de toros, y de haber perfeccionado la suerte de muerte á pié, que ya cono- cian y practicaban desde muchos años antes los moros de Granada.

Los toreros más estimados, como era natural, eran los que toreaban en Madrid. Los caballeros habian entrado ya en ganas, y saltaban tambien á la arena como simples aficionados, y los mataderos iban haciéndose ya verdaderas escuelas de tauromaquia.

La aficion cundia como una epidemia.—Donde no habia plaza, ó circo taurino, ó *redondel*, servia la plaza pública.—Habia caído sobre los toros una verdadera plaga.—Se les sacaba á centenares de las pacíficas dehesas para saciar con su lidia y su muerte el ánsia de los españoles por aquel espectáculo bravío.

.....

---

### CAPITULO III.

**Los toreros de antaño, lo que suponían y lo que eran ya como espectáculo las corridas de toros.**

Los toreros eran adorados.—Uníase á esto el que todos ellos eran honrados y generosos, y valientes y noblejones; muchachos, en fin, de buen *trapío*.—Las mozas *cruas*, el manolaje principalmente, y no pocas señoras de *alta barba*, se morían por ellos, y por ellos se exponían gustosas á que el marido las parara los piés, rompiéndolas un hueso.—Pero ni por esas.—Los toreros campaban por su respeto, y tenían la batuta en más negocios que los que se creen, por el favor que les daban, de una parte las faldas y de otra los valientes.

Su lugar de reunión era la Fuentecilla de la calle de Toledo y la taberna del Curro (Dios le haya perdonado, que según las noticias que de él quedan era un valiente sujeto, y de los más entendidos en el toreo); en su casa se tenía la seguridad de encontrar á los *matadores* y á su cuadrilla; esto es, los dos banderille-

ros, el picador y el puntillero.—Todos los chalanes y los tratantes de las Vistillas, de Gilimon, del Barranco y de Lavapiés, y todos los chisperos de San Anton y Maravillas, no dejaban la ida por la venida á la taberna del Curro, donde se armaba cada *cante* gitano, y cada culebra, que pedir más hubiese sido avaricia.—Los toreros eran todos unos caballeros cuya amistad solicitaba toda la gente *flamenca* por nacimiento ó por aficion, y por cuyo amor se descuadrilaban señoras y manolas, grandes las unas por su nacimiento, grandes las otras por sus onzas mejicanas, por su desparramo de rompe y rasga, por la gracia de sus ocurrencias, por su gran trapío, por su aire de tormenta y por su hermosura.—Esa hermosura de las hembras crudas de Madrid que no se puede describir por un no sé qué que es suyo sólo, y que para decir lo que es no se encuentran palabras. Es necesario probarlo y morirse.—Muchos de los banderilleros y de los picadores eran chalanes, gente dura y concedora de la equitacion práctica, y muchos de ellos *gachós*, *flamencos*, *chavositos*, ó para decirlo por derecho, gitanos.

Eran los toreros una clase que hacía mucho ruido, que relucia mucho, y todo el mundo estimaba, porque por regla general, y salvo raras excepciones, todos los que la componian eran honrados y generosos, y no tenían nada suyo; que lo que ganaban con el peligro de su vida lo gastaban alegremente, y no había pobre que á ellos se arrimase que no saliese consolado y bendiciéndolos.—Y eso sí, muy piadosos.—Que seguro estaba que ellos se echasen al redondel sin rezar antes una salve á la Santísima Virgen, y sin que fuesen (en aquellos tiempos á lo ménos) confesados y comulgados, y con el testamento hecho, y todo dispuesto como *in articulo mortis*; sólo les faltaba, en el caso de una des-

gracia, la Extremauncion, y para eso estaba preparada allí, en la capilla de la Virgen, así como en la enfermería los médicos y todo lo necesario para curar.— No podia darse una solemnidad mayor ni nada más sério. Ahora, sobre poco más ó menos, es lo mismo.— La solemnidad y la seriedad continúan.—El imponente y terrible espectáculo se impone por sí mismo.

Que no nos quiten las corridas de toros: ellas mantienen viva la bravura nacional.

La calesa importada de Francia, especie de carroza abierta, sobre dos ruedas y con varas para un solo caballo, españolizada, porque á todo lo que de afuera nos viene damos carta de naturaleza, poniéndole nuestro sello, era el vehículo que conducia al circo á los toreros de á pié, para los cuales era una gala los acompañase su mujer, si la tenian, toda empavesada y echa un brazo de mar, reluciente de diamantes; con peineta, arracadas y cintillos, con su gargantilla retorcida de diez vueltas, el pañuelo terciado y echando fuego por los ojos, satisfecha de sí misma y como haciendo á todas las mujeres el *maja maja*, particularmente á las señoras que iban en sus carrozas, porque no llevaban á su lado un buen mozo por todo lo alto como el suyo.

La calesa era el trono del torero, en que lucía á su reina, y que allí iba ruidosa con el estruendo de las campanillas del jaco de trote largo, y las voces características y el chascar de la tralla del calesero, que era otro mozo crudo que no habia más que pedir, y con más picardías que una culebra.

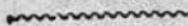
La calle de Alcalá era un *maremagnum* el dia de corrida, desde por la mañana, que se hacia la prueba, hasta las dos en que se hacia la corrida. No importaba que Madrid no fuese tan populoso como ahora. La afluencia era igual, porque entonces era

mucho mayor la afición y Madrid se quedaba despo-  
blado para ir á los toros.

Hoy hay más ruido, porque hay más carruajes: mé-  
nos visualidad porque la manola ha desaparecido y ha  
muerto la calesa, que era su carruaje.

Hay que contentarse con ver á los espadas que van  
con su cuadrilla en carretela abierta, y á los picadores  
que, como siempre, van á la plaza á caballo, con su cria-  
do, aunque sin vara.

Desde Costillares acá, se han inventado varias suer-  
tes, se ha perfeccionado el toreo, singularmente en el  
estudio y el conocimiento del ganado, pero en cuanto  
al aspecto háse cambiado muy poco: más lujo en los  
trajes de los toreros, más seda, más plata, más oro;  
las moñas en vez de las redecillas, las monterillas en  
vez de los sombreros de tres picos, y esto es todo: en  
cuanto al aspecto, repetimos, que en cuanto al fondo,  
en cuanto al arte ya enumeraremos las diferencias.



---

#### CAPITULO IV.

**En que se dice lo que se sabe del famoso torero Costillares.**

¿Quién era Costillares? Pues Costillares era Joaquin Rodriguez, hijo de otro Costillares, matachin en el matadero de Sevilla, y por consecuencia habitante del barrio de San Bernardo, fuera de la puerta de Carmona.

Criaron al muchacho en el matadero y le destetaron con un cuerno por lo cual hubiera sido difícil que no saliese torero.

Todos los hijos del matadero toreaban desde tiempo inmemorial, pero no á todos era dado llegar al esclarecido renombre á que llegó Costillares.

No se sabe á punto fijo la fecha del nacimiento, pero debió ser muy entrado ya el siglo XVIII, y tambien muy mediado, puesto que le quitaron de la plaza cansado ya, viejo é inútil, Pedro Romero, hijo de Juan y nieto de Francisco, y José Delgado (a) *Hillo*, que fué en su tiempo, y aún se le considera por muchos, el rey del toreo.

Era Costillares de grandes facultades, bien proporcionado, de buena cara y gracia, y de corazón negro, como era menester para su oficio. Toreó en sus mocedades en Sevilla, y en otros puntos menos importantes de la tierra de María Santísima; con general aplauso cundió su fama, y estando ya viejo y casi inútil, Juan Romero, se entregó, como quien dice, á Costillares, y se lo trajo con buenas condiciones al redondel de Madrid, para en union con él torear delante de la corte.

Costillares fué un progreso para el toreo; él habia inventado con buen suceso muchas suertes que aumentaban la seguridad de la lidia, y la daban más lucimiento, haciéndola más variada y más vistosa. Se habia prescindido ya de los *giletes* ó *arpones*, sucesores del rejoncillo, por las banderillas perfeccionadas que se ponian á pares, mucho más ligeras, mucho más cortas y mucho más vistosas que el gilete: se usaban espadas, ó estoques, ó *verdugillos* sin cruz ni taza; únicamente con una pequeña empuñadura pintada de rojo, y no eran ya de temple duro, sino destempladas y de acero dulce; á fin de que el diestro, con arreglo á las condiciones del toro, pudiese encorvarlas más ó menos, y no produjeran un tan duro y peligroso resultado en una estocada en hueso: se habian enriquecido los trajes, aunque todavía la moña no habia sustituido á la redecilla, ni la monterilla al sombrero, pero se habia desterrado el cinto de cuero ó correon, ó á lo menos se le llevaba interiormente cubierto con la faja. Se habia dado más armonía, más reglas y más decoro al espectáculo. Empezaba, en fin, á aparecer el arte en el toreo.

Las invenciones de Costillares eran tan útiles, tan necesarias al toreo que todas ellas se conservan y no

han podido mejorarse. La suerte de muerte, la capital, la más importante, era de todo punto imperfecta.

Hasta Costillares consistía en ponerse el diestro en jurisdicción, y usar de la muleta para cubrirse de la cintura á los pies y engañar al toro pasándole, y para llamarle al remate de la suerte. A esto se reducía todo, y la suerte de matar era generalmente una larga briega, en que muchos toros se dejaban matar cansados ya de tanto quiero y no puedo.

Mientras un toro no esté perfectamente puesto á la muerte, esta se hace muy difícil, y el procurarla de cualquier manera, tomando el toro descompuesto, ó yéndose para él indebidamente, es muy ocasionado á causar un mal percance, si no la muerte al torero, y siempre le desluce, y le descompone, y demasiadamente le fatiga. Los toros tienen solo algunas condiciones generales, iguales en todos, pero son muy variadas hasta lo infinito las cualidades particulares de cada bicho, y el torero no puede tener hasta cierto punto una seguridad relativa, si no tiene una inteligencia viva y apropiada á su profesion, si no la ha desarrollado por su experiencia, esto es, si no ha nacido torero, en condiciones para serlo y mediante una larga práctica.

Todo esto lo tenía Costillares, y aceptamos la calificación que le han dado muchos escritores aficionados á la tauromaquia de *regenerador* del toreo. Tenía además la soltura, la agilidad y la buena gracia que tanto realzan á un diestro, y el valor y la serenidad que le hacen ver claro en los momentos más difíciles y comprometidos.

No se ha comprendido bien cuánto génio, cuánta perspicacia y cuánta prontitud de pensamiento, de inventiva y de maestría se necesitan á cada paso para

no perecer en las astas del toro, ó mortificarse el amor propio tirando los trastos y saliendo de piés. Porque el toro tiene naturalmente un gran instinto de defensa. Aprende durante la lidia, inventa, si es que esto puede decirse, medios de ataque y de defensa. Se vá de engaño á engaño. El bicho buscando el bulto, el diestro ciñéndole, trasteándole, trayéndoselo, obligándolo. Entonces el espectáculo es imponente y curioso; no porque el matador multiplique los pases y apure el trasteo lo ha hecho mal, si los pases han sido dados con inteligencia, y el trasteo ha concurrido al fin de dominar á la res, que se ha hecho de sentido.

Muchas veces la impaciencia y el cencerro indebidamente sonado, y las pullas, y los dicterios de las gradas, han comprometido á diestros poco serenos. Seria de desear que los que no entienden de toros, ó entienden poco, se callaran, singularmente en el gravísimo lance de la muerte. Está sobre la arena, delante de una bestia terrible, la vida de un hombre, y hay á cada paso imprudencias del público, que merecen que el diestro diga (como dijo en cierta ocasion no sabemos de cierto si fué Pedro Romero, á un aficionado que le daba de mala manera consejos.) «Señor mio, ahí tiene Vd. los avíos; échese Vd. al redondel y veamos: porque las lecciones se dán á la cabeza del toro.» Seguramente no se aconsejaria tanto si los consejos se dieran muleta y estoque en mano y delante del bicho.

Costillares fué el inventor del trasteo que aún dura, con muy pocas modificaciones. Él hizo de su experiencia sobre las reses un escudo en beneficio de los toreros que tras él viniesen.

Podrá haberse ganado en limpieza, en *bonitura* (permítasenos la frase) de muleta; pero la base del trasteo está en Costillares: desde él el toreo pudo considerarse

como un arte; y esto para él es un título de gloria, y tanto que su nombre es uno de los más venerables para los toreros, y conocido universalmente por todos los que han oído hablar de toros.

Hay que lamentarse de que Costillares no escribiese un tratado sobre el toreo, como lo hicieron Pepe-Hillo y Curro Montes, como es de lamentar que Cúchares y el Chiclanero no hayan dejado en letras de molde su gran experiencia de los toros y sus grandes recursos. Antes de Costillares, todos los toreros á pié, ya moros, ya cristianos, habían matado á los toros de poder á poder, recibéndolos, y cuando se daba con toros que se armaban, se encastillaban, se recelaban ó se huían, era necesario recurrir al repugnante espectáculo de matar cobardemente al toro y desde lejos por medio de un lanzon con que le atravesaban por cualquier parte.

Para estos casos difíciles, inventó Costillares el volapié, que, como se sabe, consiste en que el diestro se ponga á la muerte con el toro en plena jurisdiccion y cuando humilla la fiera llamada por el trapo irse hácia ella, dando la estocada lo más recta y lo mejor señalada posible, y salirse con pies. Esta suerte puede hacerse á todos los toros con tal de que humillen; pero no siempre, sino cuando están aplomados y sin piernas.

Con esta suerte facilitó Costillares el toreo á muchos que por falta de facultades no hubieran podido nunca recibir. Inventó tambien, en union con Juan Romero, los quites ó salvamentos para los picadores, con lo cual hizo para estos menos peligroso el toreo.

Pedro Romero y José Delgado (a) *Hillo* vinieron á partir con él las glorias del toreo, y amamantados, como quien dice, en su escuela, la continuaron y la perfeccionaron. En fin, despues de muchos años de triunfos, y de haber dejado tras sí una buena casta de toreros de

---

los que habia sido maestro, adoleció de un tumor en la mano derecha que le impedia de todo punto estoquear, y hubo de retirarse del redondel á despecho suyo, con lo cual dió en una tal y tan profunda tristeza, que al poco tiempo le sobrevino una calentura perniciosa y dió su espíritu al Criador.

---

## CAPÍTULO V.

### El gran Pedro Romero.

Nieto del valiente Francisco Romero, del que ya nos hemos ocupado, vino al mundo para desventura y castigo de los toros y acrecentamiento del arte del toreo, al gran Pedro Romero como su abuelo y su padre, nacido en la ciudad *Tajo*, que asentada en una peña, baña los pies en el río Guadiaro.

Con todas estas palabras, he querido decir Ronda, población torera por excelencia y que se jacta de ello.

Allí nació Pedro Romero, el 19 de Noviembre de 1754, por la mañanita á punto que el sol salía y que dicen que se alegró cuando vió que salía al mundo un tan grande hombre.

Los hijos, como que son el alma de sus padre, traen, por regla general, las propensiones y las facultades que sus padres y áun sus abuelos tuvieron. Hijo y nieto de torero Perico, y no sabemos si biznieto,

que es muy posible que su *guisaqueto* se alegrase tambien con los toros y los alegrase, naturalmente debia tener una decidida aficion á los animales del trinchante; así es que aunque le destinaron á carpintero de ribera, que, como se vé, era el oficio hereditario de su honesta familia, en cuanto el muchacho veia un cuerno, ya no se podia tener, dando clarísimos indicios de que su vocacion le llamaba á la lidia.—Era buen mozo y aventajado en fuerzas, y de tal manera bravo y poco sufrido, que siendo aún niño se hacia ya respetar por su valor y lo feroz y lo voluntarioso para irse á las manos sobre el primero que le brindaba la más leve ocasion para ello.

Era además diestro y ágil extraordinariamente, y de sagaz y pronta inteligencia; cualidades que le hacian pintiparado para el toreo, á más de sus grandes fuerzas.

Se habia criado oyendo hablar á su abuelo y á su padre de tauromaquia, y con esta educacion, y viendo á su padre torear, y tratándose, cuando ya fué mozolejo y prematuramente, con las reses, se fué labrando para ser uno de los toreros de mejor madera que han pisado redondeles y despachado cornúpetos.

Ya mozo, y decidido á dejar el pacífico oficio de carpintero para meterse á matador de toros, y á pesar de la oposicion que mostró su familia, empezó su gloriosa carrera accediendo gustoso á la invitacion que le hicieron, de ir á matar dos toros al pueblo de los Barrios, algunos caballeros maestrantes de Ronda que sabían bien cuánto valia el muchacho, aunque era *novato* y sin más enseñanza que alguna práctica en el capoteo y lo que de toros habia oido hablar á su padre y á los amigos, que en empezando á hablar de toros los de Ronda, no acaban jamás, y siempre están en el mismo asunto.

Ronda debía tener por armas de nobleza un toro. Andaba en aquella ocasion el padre de Pedro toreando en Madrid, y no pudo oponerse á que Perico hiciese su gusto.

Se portó bien el muchacho. Mató sus dos toros; pero volvió á su casa con sus calzones de *tripe* desgarrados por una cogida del segundo toro, haciendo coger á su madre, asustada, un disgusto de órdago. Pero en vez de achicarse el chico con el revolcon, se creció al cuerno, y engolosinado con los ciento veinte reales que le dieron por su faena, que es muy gustoso el primer dinero que se gana en la profesion á que nos llama nuestro deseo, sin oír los ruegos de su madre, y sin temor al castigo que pudiese darle su padre, se escapó para torear en dos corridas de novillos en Algeciras.

Desgraciadillo anduvo el aprendiz, puesto que en las dos corridas fué cogido; pero se consoló con los doscientos reales que recibió por cada una de ellas.

No escarmentó, que para escarmentar no habia nacido, y porque los bien nacidos y valientes á coscorrones aprenden; y por la misma remuneracion de diez duros se comprometió en la misma temporada á matar dos becerros en Ronda.

No sabemos si en esta ocasion fué tambien cogido. Los datos de que nos servimos, y nosotros no nos atrevemos á inventar nada, ni hemos de suponer á ningun torero nada por nuestra cuenta, que esto seria tratar con poco respeto á esta benemérita clase, no dicen nada acerca de esto.

Pero dicen, sí, que cuando por Noviembre volvió á Ronda su padre, terminada la temporada de Madrid, informado de las hazañas de su *chaval*, despues de haber oido el relato con grande atencion, dijo, segun di-

cen lo refirió uno que se lo oyó referir al mismo Pedro Romero:

—¿Conque quieres ser torero, Periquillo? ¡Vaya, hombre!»

A lo que Pedro no contestó, temiendo que su padre le zurrase la badana, que dicen que tenia muy mal génio el señor Juan Romero: y como el muchacho apareciese cabizbajo y confuso, su padre le dijo:

—Respóndeme, chiquillo: ¿quieres ser torero?

—Sí, señor padre: yo quiero ser lo que usted es,—dijo el muchacho.

—Pues mira, Periquillo,—repuso Juan Romero,—para no ser muy buen torero, más vale no serlo. Piénsalo bien esta noche, y mañana me contestarás.

Por la mañana muy temprano, el muchacho esperaba con impaciencia á que su padre se levantase, y apenas le dió los buenos dias, le dijo que lo habia pensado bien y que torero habia de ser ó no seria nada.

El padre, que era tan aficionado como su hijo á los toros, se alegró de la decision de Periquillo, y se propuso educarle en el toreo.

Tenia por costumbre Juan Romero, cuando volvia de torear en Madrid, hacer una corrida de toros gratis en Ronda á beneficio de las Anímas, en accion de gracias por haber salido con bien de la temporada; y en la de aquel año anunció en los carteles que su hijo Pedro mataria con él aquella tarde. Dirigido por su padre, que mató el primer toro, mató el muchacho el segundo, tercero, quinto y sexto, y si no mató el cuarto, fué porque el bicho salió de mucho sentido, y se encargó de él Juan Romero.

Algunos dias despues, y con destino sus productos á la obra de una iglesia, se dió en Ronda una corrida de seis novillos, que mató Pedro. A poco el cuarto bicho le

coge á Pedro; pero si no le cogió á él, cogió á su padre en el quite que hizo con poca fortuna por salvar á su hijo.

Al año siguiente, Pedro fué ya como segundo espada de su padre, á matar en tres corridas de toros en la plaza de Jeréz, y allí vió el muchacho por primera vez torear á la gente de á caballo. En la misma temporada, Perico toreó con su padre en Extremadura y en Málaga. Diez y siete años tenia por éntonces nuestro mozo; pero le recomendaban ya su excelente figura, su gran valor y su extraordinaria fuerza.

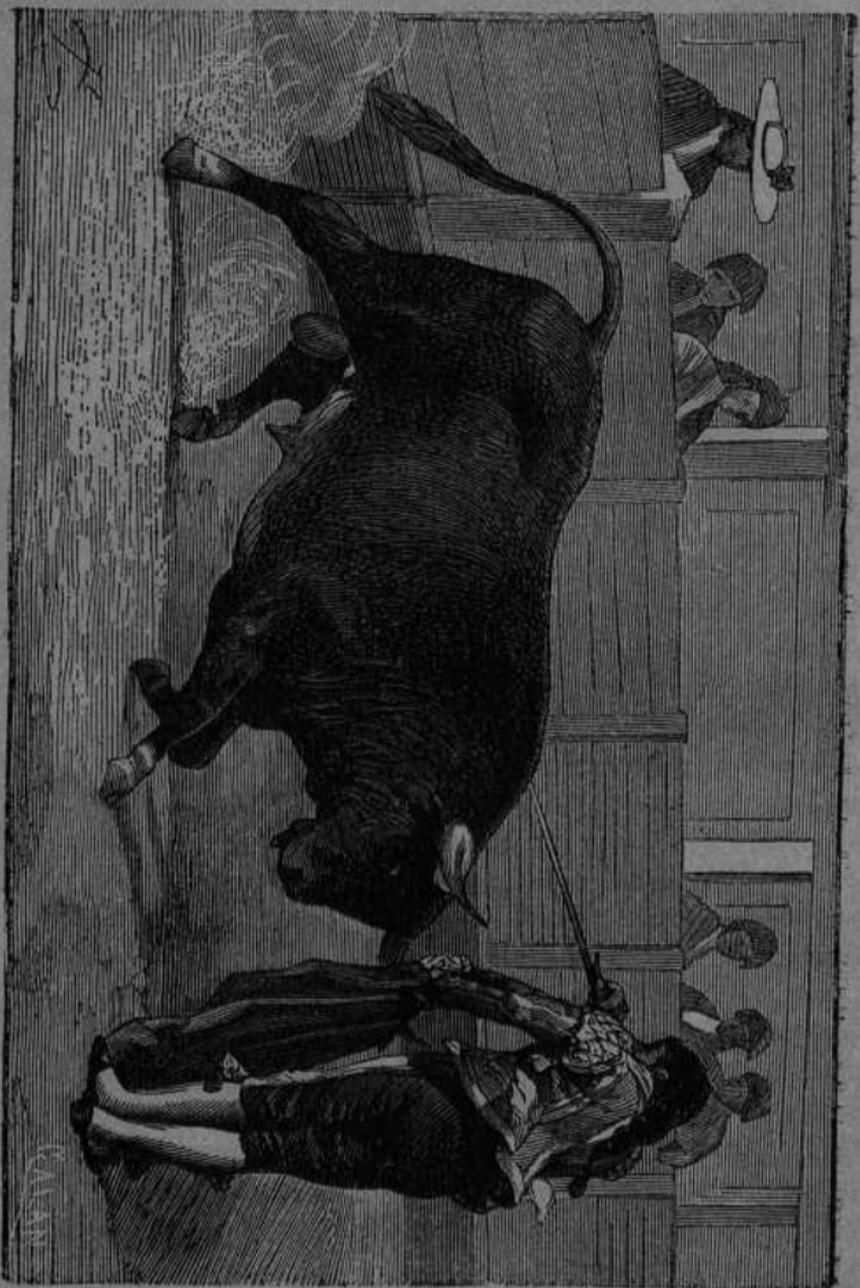
Tales fueron los principios del famoso Pedro Romero: lidiador de buena raza, con unas facultades poco comunes, conocedor de todas las suertes que se practicaban en aquel tiempo, con una gran mano izquierda, afortunado y seguro en las estocadas, ciñéndose á los toros, llevándolos como con la mano por donde quería y como pudiera decirse, jugando con ellos, debiendo más de una vez á su serenidad, á su agilidad y á su fuerza, la salvacion de su vida, y siempre con un grande instinto, llegó á hacerse un torero consumado; pero su principal mérito, lo que durante mucho tiempo le hizo el rey de los toreros, el inimitable, fué el *liar la muleta* y recibir, y el que ningun torero ponía los piés como él; gran cualidad, que era la gran razon de su supremacia: el aplomo y el valor.

A tal altura llegó su reputacion, que fué nombrado maestro de la Escuela de tauromaquia establecida en Sevilla.

—«El matador de toros, decia á sus discípulos, debe presentarse al bicho completamente tranquilo, y en su honor está no huirle nunca, teniendo la espada y la muleta en las manos..... delante de la rés no debe contar con los piés, sino con las manos; y una vez dere-



Pedro Romero recibiendo un toro.



cho el toro, y arrancando, debe parar los piés y matar ó morir.»

A cada paso decia á sus discípulos, cuando los ejercitaba en la suerte de matar recibiendo:

—«Parar los piés, muchachos, y dejarse coger; que es la manera de que los toros se consientan y se descubran bien.»

Grandes máximas; pero para practicarlas era necesario ser un Pedro Romero.

En la escasez de datos que acerca de las primeras celebridades del toreo tenemos, nos vemos obligados, para dar á conocer mejor á Pedro Romero, á extractar algunas cartas publicadas por otras obras que se ocupan del toreo, y en las que se trata de aquel insigne maestro.

Dice así una de ellas:

«Toreando Romero con José Delgado (Hillo), mató Romero un toro que á Hillo correspondía, y que este no pudo concluir en razon á una cogida que tuvo, de la cual resultó quedar imposibilitado por entonces; y Romero, con su acostumbrada destreza lo remató de dos estocadas, no sin encontrarse en bastante exposicion, tanto en los momentos en que empleó su capote para librar á Delgado, como en los que se ocupó en acabar con el toro: *el bicho* tenia muchos piés y se habia hecho de mucho sentido.»

En otra carta se lee lo siguiente:

«En las fiestas reales que tuvieron lugar en Madrid por la jura del Sr. Carlos IV, hubo corridas de toros, y Pedro Romero acudió á ellas, como tambien Pepe-Hillo y Costillares, á quien ya conocemos. Presentáronse al corregidor de Madrid, á quien competia entender en este género de espectáculos. El corregidor reunió á los tres espadas, y les manifestó que creia

oportuno que, teniendo los tres igual fama, no hubiese distincion entre ellos, y que no se guardase el órden de rigurosa antigüedad, sino que se encargase de la direccion de la plaza el que le tocase por suerte.

Ninguno de los tres lidiadores dijo una sola palabra, y el corregidor procedió al sorteo que iba á decidir de una manera arbitraria cuál de los tres toreros habia de ser cabeza en las corridas de toros de las fiestas reales.

El sorteo favoreció á Pedro Romero. Entonces el corregidor preguntó á Romero si se obligaba á matar toros de Castilla.

—Me obligo á matar todos los toros que pasten en el campo,—contestó con altivez Romero.

Y luego añadió:

—¿Y tendrá V. S. la bondad de decirme por qué me ha hecho esa pregunta?

El corregidor, sacando un papel, contestó que habia hecho aquella pregunta, porque el famoso Joaquin Rodriguez (Costillares), y el no ménos famoso Pepe-Hillo, habian solicitado por medio de aquel papel se prohibiesen los toros castellanos.

—Pues yo los mato todos,—dijo Romero.

Se corrieron, pues, entre otros, en aquellas fiestas reales, toros de Castilla, que se destinaron á Romero. Pero el tio Gallon, encargado del chiquero, soltó á Pepe-Hillo uno de los toros castellanos, ó por equivocacion ó por malicia. Cuando tocaron á muerte, el bicho se habia hecho ya de cuidado, y buscando defensa se pegó á los tableros que estaban á la parte del rincón del Peso Real. Pepe-Hillo se fué para el toro desplegando la muleta, y Romero le hizo ver que se trataba de un toro de intencion, y que era necesario sacarlo de allí: Pepe-Hillo no contestó, y siguió hácia

el toro mirando de una manera despreciativa á Romero, y éste se retiró ofendido.

Al ir á ponerse Hillo en suerte, le arrancó el toro y le cogió, hiriéndole muy mal. Romero acudió á él, le cogió en brazos y le llevó al balcon de la duquesa de Osuna, que era su protectora, y desde allí á la enfermería. Se pasó en esto un cuarto de hora. Cuando Romero volvió á la plaza, todavía estaba el toro en el mismo sitio, sin que ninguno de los otros espadas se atreviese á ponerse en suerte.

Pero al ver á Romero, todos ellos fueron á tomar los trastos; y aquel, que conoció su miedo, les dijo:

—Quietos, caballeros, quietos; despues de tanto tiempo ninguno se ha ido al toro; y ahora que me han visto quieren todos hacerlo. Yo lo despacharé.

El toro arrancó en cuanto tuvo á alguna distancia á Romero, como habia arrancado sobre Pepe-Hillo; pero éste le dió un cambio en la cabeza, y *liando*, le dió *una buena por todo lo alto de los rubios*.

Por resultas de otra cogida de Pepe-Hillo, le mató otro toro Romero en la plaza de Jeréz de la Frontera.

Tratándose de un tal torero como Pepe-Hillo, el haber sido cogido tantas veces toreando con Pedro Romero, dando ocasion á que éste le matase los toros, á causa de las cogidas, se prueba, dígase lo que se quiera, que Romero entendia mucho más las reses, y que tenia mucho más aplomo y mucha más prudencia que Hillo, sin que éste dejase de ser por eso un gran torero, que á todo hay quien gane; y no porque el uno sea mejor, el otro es malo.

En los datos de que nos servimos no encontramos

que Pedro Romero fuese cogido, sino cuando hizo su aprendizaje de torero.

Estaba dotado de una gran inteligencia para su arte; estudiaba los bichos profundamente durante la lidia; procuraba descubrir su manera de ser, y antes de que llegase la muerte, sabia de seguro á qué tenia que atenerse. No se distraia jamás, y excitaba continuamente á los que con él toreaban, para que no se distrajesen, y con sus grandes facultades y su grande experiencia estaba siempre dispuesto para los quites.

¿Por qué no se han conservado las lecciones de Romero, como director de la Escuela de tauromaquia? Ellas hubieran sido muy útiles.

Continuando con los datos que sobre él tenemos, debemos anotar los siguientes lances:

«El 17 de Julio de 1789...» (es la fecha en Madrid de una carta del picador Manuel Jimenez.)

»Esta tarde, decia, he podido queñar en los cuernos de un toro, y debo mi vida á la inteligencia y oportuno capote del maestro Pedro Romero, cada dia más celebrado de sus discípulos y apasionados.

»El tercer toro me ha puesto en mucho aprieto: animal de mucha cabeza, de bastantes libras y rematando al bulto, tan luego como le cité, me arrancó y le puse una vara por cima del buguero; cuando sintió el hierro se creció, y recargando de nuevo, me tiró delante de la puerta del arrastradero; se levantó el caballo y me quedé tendido á la larga á cuerpo descubierto; Romero se hallaba á una distancia regular con el capote en la mano, y el toro puso la vista en mí sin embestirme, y solamente se alegraba cada vez que miraba á Romero, y de cuando en cuando lo hacia á mí; pero tan luego como lo advertia aquel, le meneaba el capote, y volvía el toro á mirarle.

»Esta disposicion del bicho era fatal, y mi vida corria un inminente riesgo, porque no partiendo á ninguno de los dos y permaneciendo aplomado, le daba lugar para dirigirse á cualquiera y haber una ccgida. En esta confusion oigo la voz de Romero, que me dice:—

»—*Tio Manuel, levántese usted sin cuidado.*

»Yo quise hacerlo, pero como estaba tan pesado, tardé en verificarlo, y á seguida tomé barrera: Romero se fué retirando, andando para atrás hasta una cierta distancia: el toro se mantuvo quieto en el mismo sitio, y Romero no corrió, no fuese que la fiera se volviese, y en vez de seguirle diese conmigo, en cuyo caso no hubiera podido librarme, porque yo permanecia aún en el estribo de la barrera.»

La descripcion de este lance es magnífica: se vé á Romero sereno, inteligente, llamando la atencion del toro, empapándole, por decirlo así, en sí mismo, garantizando en el momento preciso su vida al picador aterrado, entreteniendo al toro sin excitarle demasiado, dando lugar al salvamento. No se pueden dar más inteligencia, ni más serenidad, ni más caridad, tratándose de un bicho que se habia hecho extraordinariamente peligroso.

Veamos otro lance que enaltece la reputacion de Pedro Romero.

Acababa de matar un toro, que se habia hecho receloso y de sentido, de una manera magnífica, como él lo hacia, recibiendo y por todo lo alto; y cuando iban entrando las mulillas para arrastrarle, algunas voces dijeron:

—Romero, huye, huye.

Volvió la cabeza y vió un toro escapado que estaba entre puertas para entorilarle; y viéndose perdido si

echaba á correr, determinó recibirlo á la muerte; lo agarró tan bien, que le acabó en el mismo instante en que acababa el que tenia á su espalda, y las mulas sacaron los dos á la vez, valiéndole nuevos aplausos y obsequios.

En una carta fechada en Cádiz el 23 de Mayo de 1785, se dice lo siguiente:

«Entren todos y salga el que pueda. Romero es el mejor torero del mundo; su muleta es de un mérito especial, y de lo que no hay ejemplo: los toros de esta mañana, á pesar de ser muy bravos, los ha muerto con gracia y mucha maestría; pero le hemos visto hacer un quite al picador Carmona, que sólo estando presente puede apreciarse en lo que corresponde: no obstante, como Vd. es inteligente, se lo expresaré con algun esmero, para que se persuada de lo que vale una cuadrilla con semejante jefe á la cabeza. Es el caso que se lidiaba el quinto toro de la corrida, y el picador Carmona se hallaba preparado para la suerte debajo del balcon del señor corregidor: el bicho desafiaba al bulto escarbando, y Carmona le obligaba en su terreno, en cuya situacion permanecieron dos ó tres minutos, hasta que, por último, el toro le arrancó; sin embargo de que el ginete le aguantó bien, el bicho era muy duro, y empujaba en términos que le derribó el caballo, dándole una caída á Carmona, de lo que resultó que se quedase tendido debajo de aquel, pero sin lesion alguna. El torillo era pegajoso y remataba bien, por lo que no cesó de dar cornadas al jamelgo, levantándole enganchado en una de ellas; en estos momentos metió el capote Romero y despegó á los dos animales, saliendo á la carrera el caballo y quedando el toro aplomado. Carmona, que sólo se habia cuidado de incorporarse para tomar la barrera, no atendió á la





Vol 4

El gran quite de Pedro Romero.

situacion que la rés ocupaba; pero ya de pie, notó con sorpresa que su situacion era especialísima, puesto que se encontraba colocado entre el toro y el capote de Romero: á este último, que le constaba la índole del bicho y por consecuencia el riesgo infalible del picador, se le ocurrió en este momento el único medio de evitar la catástrofe, y con una velocidad inexplicable se pasó el capote á la mano izquierda, y dando con la derecha un fuerte empujon á Carmona, cayó éste de boca al suelo, y el bicho, en su arranque, no se encontró otra cosa que el capote de Pedro Romero, que lo llamó al lado opuesto de donde el picador se encontraba. Este quite, tan hábilmente practicado, y con la serenidad y ligereza que exigia tan peligroso lance, no pudo ménos que entusiasmar á los espectadores, que hasta entonces habian padecido una terrible ansiedad durante toda la escena que llevo relatada. Tan luego como el picador Carmona se levantó, dirigióse á Romero y le estrechó entre sus brazos, como prueba del distinguido servicio que le acababa de hacer librándole de la muerte.»

Y no acabaríamos nunca. Pedro era un torero consumado, que llegó en el arte del toreo hasta lo maravilloso. En cuanto al valor, rayaba en lo imposible, sin llegar nunca á la temeridad; y este ingénito valor le prestaba la serenidad perfecta, que es tan necesaria en la lidia de toros, en la que se debe procurar no equivocarse; una alucinacion, un instante de vacilacion, son la cogida, que puede ser la muerte. En Pedro Romero, á nuestro juicio, la primera cualidad era el valor; él le habia permitido desarrollar todas sus otras cualidades; el miedo turba la vista, cohibe el pensamiento, coarta la accion: la serenidad en el peligro: hé aquí el gran valor; el valor de todo punto

necesario al torero que lidia con una fiera que no aguarda á razones, que obra por instinto y con ferocidad, y que posee una fuerza incontrastable, y una rapidez, y una agilidad hijas de su grande fuerza, y tan grandes como ella.

Viniendo al hombre de la vida, Pedro Romero era sério, honrado, buen amigo, buen padre de familia, y sobre todo, buen cristiano, católico apostólico romano, como necesitaba serlo en su tiempo todo hombre para ser estimado y estar á salvo de la Inquisicion, que, aunque debilitada, existia. Pundonoroso, cortés, caritativo, sencillo, afable, era querido de todos, y recibido en los más altos círculos: ya sabemos que nuestra aristocracia ha sido siempre torera, y ellas más que ellos. En su tiempo se ocuparon mucho de él, y en cartas como las que hemos insertado, y en otros documentos, se le dá á conocer cumplidamente por los que le conocieron. Era el padre de su cuadrilla. Los que con él toreaban, tenian la seguridad de que habia de apurar todo su cuidado en ampararlos, y esto les daba confianza y les hacia trabajasen mejor. Por esto en su tiempo era proverbial la frase, de que con Pedro Romero *no habia cuadrilla mala*.

Desde el año de 1771, en que empezó á matar, hasta el de 1799, mató cinco mil seiscientos toros, que ya es matar.

Así es que habiendo toreado durante treinta años, corresponden, toros muertos á cada uno, ciento ochenta y seis; lo cual es haber empleado bien el tiempo.

Ya de edad avanzada, le trajo un negocio de interés á Madrid. En cuanto se supo su llegada, se alegraron todos los aficionados que conocian de fama al célebre matador rondeño. Quisieron verlo en el redondel. En vano el viejo torero alegó que ya no quedaban en él

mas que la aficion y el compás, como en los músicos viejos. No hubo escape: Pedro Romero, siempre complaciente, accedió á los deseos de los que, conociéndole solo por su fama, querian conocerlo por sus hechos. Se publicó que el famoso, el gran Pedro Romero mataria en una corrida. Aquello fué un acontecimiento. Diez veces más grande hubiese sido la plaza, y no hubiera podido contener la gente que habia ansiosa por admirar al viejo matador.

Al presentarse, fue acogido con frenesí. Pero los años no pasan en balde, singularmente para los ejercicios corporales. Cumplió con su deber. Dirigió la plaza como en sus buenos tiempos: prodigó sus consejos á los jóvenes toreros que con él trabajaban, y mató sus toros limpiamente, con el mismo aplomo y la misma serenidad que en sus mejores tiempos; pero no pudo hacer prodigios. El tiempo de los prodigios habia pasado para él. Aquello era una resurreccion; ó más bien, un honor.

Otro honor le estaba reservado aún. Cuando por real orden de 28 de Mayo de 1830 se creó la Escuela de tauromaquia, sin vacilacion se le nombró su director.

Cuando se disolvió la Escuela se volvió á Ronda, donde muy viejo vivió algun tiempo, hasta el dia en que, rodeado de su familia, murió en Ronda. Aquel dia fué el 10 de Febrero do 1839. Habia vivido ochenta y cinco años. Su nombre vive aún. Es una de las primeras glorias del toreo, si no la mayor.

---

---

## CAPITULO VI.

**En que se dicen muchas cosas que creemos no desagradarán al curioso lector.**

Como ven nuestros lectores, en tiempos de Pedro Romero habian llegado á ser ya las corridas de toros lo mismo que son hoy, salvo alguna variacion en el traje, y alguna suerte muy secundaria de capa, y muy poco tambien en la organizacion.

Hemos conocido la plaza tal como estaba, y Goya nos ha conservado el retrato de un torero de aquel tiempo, que puede verse en el Museo Nacional. La aficion era mayor, si cabe. La gente no tenia para entretenerse tanta y tanta cosa como hay hoy. Las costumbres eran morigeradas. Si habia vicio, estaba oculto bajo una refinada hipocresía, y no se daba escándalo. No podia cundir tampoco. Nuestros abuelos eran unos caballeros muy sérios y muy quisquillosos. Los frailes, que sostenian en gran manera los vicios, los solapaban, los encubrian si ellos los practicaban, y los reprendian ágricamente en los demás por medio del púlpito y del

confesonario. De aquí aquella frase tan sabida: *Haz lo que yo digo, y no mires lo que yo hago*. Las diversiones escaseaban. Los grandes, encastillados en sus casarones, no daban *soirees* ni bailes. El rey no se dejaba ver con la facilidad con que hoy le ve cualquiera. No se conocia la política sino en las altas regiones, alrededor del trono; y aun así, una política pasiva. No se le ocurría á nadie que se pudiese vivir sin rey. La revolucion francesa les parecia la locura de una horda salvaje. La obra de los carbonarios y de los fracmasones, de los herejes, de los ex-comulgados, de los malditos que se habían atrevido á poner una mano sacrílega en Luis XVI y Maria Antonieta, en los ungidos del Señor. España se horrorizaba de aquello, y se batía flojamente sobre la frontera contra los sansculotes de sombrero de tres picos y casaca á la Robespierre; con esto ejercia Godoy un acto de alta política, y Cárlos IV cumplia, a lo que el creia, con su deber, creyendo vengar de este modo la muerte de sus parientes, los Borbones de Francia. Esto divertia muy poco á nuestros abuelos, que dormian en su quietismo. No se les ocurría que sus nietos habíamos de roer el hueso de la revolucion francesa. Lo estamos royendo aún, y cada día más duro. No abundaban los espectáculos, como no fuese en las iglesias, que los menudeaban y vomitaban en union con los conventos, procesiones y rosarios..

Las cofradías abundaban: mejor dicho, eran las subdivisiones de los españoles; no habia en España un solo individuo que no perteneciese á una cofradía. Hoy acontece lo mismo; sólo que han cambiado de nombre y de objeto. Antes eran religiosas. Hoy son políticas, ó literarias, ó científicas, sin que dejen de existir tambien as religiosas, pero á *sotto voce*, ménos algunas que se pavonean y levantan su estandarte y le sacan en proce-

sion siempre que es menester, haciendo el carnaval fuera de tiempo; carnaval á lo divino, y subversivo cuanto hay que pedir; porque todo aquello con sus sobrepelices, sus guiones, sus manguillas, sus pendones, sus estandartes, sus ciriales, sus incensarios, vá diciendo á voces: ¡Viva Cárlos VI! Esta cofradía es *La Juventud Católica*.

Hay tambien á la luz las cofradías y hermandades adheridas desde tiempo inmemorial á las parroquias, y sostenidas por curiales, industriales, cómicos y toda casta de gentes. Las que pertenecen á las comunidades religiosas existen como éstas. Pero á socapa. Porque el que crea que aquí se han extinguido los frailes, se engaña. Los frailes continúan: no tienen conventos, pero esto no importa; les basta con los de monjas, con las sacristias de las parroquias, con las familias donde todavía dura la antigua manera de ser á la española, y que saben de qué orden calzada ó descalza, alta ó baja, es el bendito padre tal que los visita y dirige la casa, y endereza por buen camino á las mujeres, y dá la luz de la fé á los niños, y es, en fin, un ángel que guia á toda la familia al cielo, y recoge el óbolo de San Pedro y el óbolo del Sr. D. Cárlos VI, y la limosna para el sostenimiento de la causa del Señor, aplicada á sostener á los adalides de la iglesia militante, vulgo frailes, especialmente los de San Francisco, que han hecho por la conservacion de la fé y por la prosperidad y aumento de las familias lo que no es imaginable. Beneméritos varones, á los cuales no sabemos por qué hay impíos que se han atrevido á llamar *pezuños*; ellos, los salvadores de almas, los fomentadores de cuerpo, los que donde entran con hábitos ó con sotana, lo montan todo á la franciscana y lo hacen seráfico. Siempre lo mismo. España, en cuanto al espíritu, en cuanto á su

manera constitutiva de ser, no ha dado un solo paso.

El sistema liberal en España, el parlamentario, no ha hecho otra cosa que aumentar las cofradías con lo que se llama partidos y fracciones, y á causa de las elecciones lo ha corrompido todo. Que no vayan á decir que somos absolutistas. De ninguna manera. Nosotros no conocemos otra opinion que la de nuestra independencia personal, nuestra autonomía, nuestra personalidad, nuestra libertad de pensamiento y de accion. dentro todo de lo justo, de lo digno, de lo conveniente.

Pero por lo mismo que no tenemos otro color político que el de la lícita libertad individual; por lo mismo que no pertenecemos á ninguna cofradía religiosa ni política; por lo mismo que no queremos más provecho que el que provenga de nuestro trabajo, por lo mismo vemos claro, y sabemos que los políticos no son otra cosa que frailes sin hábitos; pero de todos colores, como lo eran los hábitos de las órdenes religiosas; enemigos entre sí, como eran entre sí enemigos los dominicos y los franciscanos, los mercenarios y los gerónimos, los carmelitas y los trinitarios; todos diciendo la misma monserga para engañar á los tontos, y todos viviendo sobre el país; desorganizándole, corrompiéndole, empequeñeciéndolo, empobreciéndolo: y debajo de las comunidades y cofradías políticas, las sociedades secretas que todo el mundo conoce, como en otro tiempo debajo de las comunidades religiosas y aun en su seno, el heterodoxismo y la heregia. *Qui potest capere capiat*: he aquí el gran axioma: *el que pueda coger que coja*; importan poco las palabras y las divisas, las banderas y los colores; el fondo es el mismo, y los españoles de hoy son lo mismo que los de ayer, salvas las apariencias; el fondo de su carácter, de sus propensiones, es invariable. No hay pueblo más firme; no hay quien le haga

quitar los pies de donde los ha tenido siempre; el progreso le viste continuamente una nueva túnica; le hace tomar un nuevo aspecto: pero observad: es siempre el español que no necesita que nadie le dé una libertad que él tiene en la masa de la sangre, que la tenía en tiempo de los celtíberos, de los cartagineses, de los romanos, de los visigodos, de los árabes, siempre *in sacula per in sacula seculorum amen*.

El español, indolente para el trabajo, es activísimo para adquirir todo aquello que puede levantarle de su condicion, sea cual fuere su posicion social: dentro de cada español hay algo que, respecto á la sangre, pudiera llamarse alcohol; respecto á la cabeza, gas.

Es altivo, y propende á las alturas; es fuerte, y ama el exterminio; es noble, y templa sus durísimas cualidades con la generosidad, con los impulsos del corazón, con la impresionabilidad de su cerebro; es, en fin, una cosa extraña; un pueblo admirable al que no se ha comprendido bien. Y sobre todo, tiene una virtud inapreciable: que no necesita Gobierno; y la prueba de que no lo necesita es, que si lo necesitara lo tendría. No hay quien pueda con él ni en lo moral ni en lo físico. En lo moral, conserva siempre el mismo carácter; en lo físico, es fuerte con cuantas castas de fortaleza son imaginables; hasta con la incomprendible de vivir sin comer y de gobernarse á sí mismo, á su manera, sin que nadie le gobierne.

Es un pueblo maravilloso que, ya lo hemos dicho, grita ¡viva el rey! y se impone al rey; y creyente y católico á puño cerrado, degüella á los frailes, aporrea á los curas, suele matar á algun arzobispo revestido de pontifical á la puerta misma de su iglesia, y á un inquisidor dentro del templo mismo; ahí está la historia como testimonio.

Un pueblo en que los que gritan ¡viva la república! quieren la república para ellos solos; y más aún, para cada individuo en particular. Pueblo formado de individualidades absorbentes que pretenden sobreponerse á todo, y que determina una colectividad zahareña siempre en fermentacion, que se zurra á sí misma cuando no tiene enemigos de la puerta de afuera á quien zurrar. Pueblo al que le huele el resuello á valiente y á duro desde cien leguas; bravamente independiente, y en el cual se deja la piel todo el que quiera esquilarle la lana.

Magnífico pueblo, al cual nos enorgullecemos de pertenecer; donde todos somos reyes, desde el mendigo al rey. Que se muere por todo lo fuerte; por el vino, por las mujeres, por el tabaco y..... por los toros. Un poco de pan, medio chico, un cigarrillo, una buena moza, una corrida de toros, y completos: lo demás, que lo parta un rayo. ¿Mandan los unos? No se les obedece. ¿Mandan los otros? Tampoco. Y los que crean que exageramos, que estudien bien á nuestro pueblo y que se estudien á sí mismos; y si no son tontos, se convencerán de que es verdad cuanto decimos, y que somos el pueblo más grande, y más fuerte, y más fecundo del mundo; porque vivimos con muy poco, y tenemos mucho, y no nos achicamos ni pensamos en el día de mañana.

Al español le gustaban, le gustan y le gustarán las cofradías, sea cualquiera su color y su denominacion; porque con las cofradías se es algo; por lo ménos se grita y se perora; en último resultado, se vota; se riñe, sobre todo; se dá pasto al espíritu peleador: y por lo mismo los toros son la divisa de los españoles, lo imprescindible

Si un día no hay toros, será porque los toros hayan acabado con los toreros; pero mientras haya en Espa-

ña un buen mozo que suelte un capotazo á un par de cuernos y dé una patada en el suelo, y exclame con acento feroz: ¡Jé! habrá toros en este país, á pesar de todos los diputados que se levanten armados de todo cuanto pueden decir la civilizacion y la Sociedad protectora de los animales, pidiendo su prohibicion.

Y luego, que si los españoles se callan por miedo de que les peguen un sartenazo sus conciudadanos, que la han cogido por el mango, en la plaza de los toros hay libertad absoluta, y tal libertad, que allí se llega hasta á silbar á la autoridad que preside, sea cual fuere su supremacía; en una corrida de toros, el pueblo español respira, está en su terreno propio, en su casa; allí nadie le tose ni le moja la oreja. No hay quien lo beba ¡Quíá! ¡Cualquiera le toma la barba á los nenes, cuando tapan con sus personas los tendidos! Y vamos, ahora, porque á ellos les dá la gana, porque no les sale de adentro, no hay tumulto: en otros tiempos, allá en los del absolutismo, en que parecia que el rey tenia poder, porque los españoles se lo daban, era otra cosa: la media corrida de por la mañana era un tumulto que preparaba otro tumulto mayor en la media corrida de la tarde.

¡Pobre del chulillo que no corria bien un toro, ó que ponía las banderillas en el suelo, ó que no caía en gracia á los señores! ¡Infeliz del picador que no aguantaba, ó que era tumbon, ó que no se rompía bien la crisma! ¡Pobre del matador si daba con un toro aplomado y perron, de esos que para matarlos es menester una escopeta! Los chifidos, los alaridos, el cencerreo, los dicterios, los improperios, los ruidos más extraños, más atronadores, más incalificables, se oían desde cien leguas: toda aquella tormenta caía sobre el torero chiflado, y no sólo con ruido, sino con lluvia

de bastones, palos, banquillos, cuanto tenían á mano para arrojar, hasta los sombreros los hombres, y los abanicos las mujeres.

El diestro necesitaba una serenidad heróica para no aturdirse con esta tempestad; vez hubo en que los cogines y las sillas fueron al redondel, y detrás arrojaban las tablas de los andamios y los ladrillos de la fábrica.

Lo incomprendible, lo terrible, de lo que no hay una idea; y todo ¿por qué? por un capotazo mal dado, por un par más ó ménos, por un pinchazo, por un mete y saca torpe, por un golletazo, ó por no haber podido componer á un marrajo. Por cualquier cosa, ó porque habian ido con mal vino; que tambien habia mucho de eso.

Y era el caso, que en estas turbulencias tomaban tambien parte, y no pequeña, las señoras de los balcones (que así se llamaban entonces los palcos), que no parecia sino que el diablo se les metia en el cuerpo y las convertia en furias. La tiranía, en fin, y la locura. La misma embriaguez que producía en todos la lidia.

Con mucha frecuencia se daba el espectáculo de una verdadera lucha civil, por decirlo así, en que el público se dividía y se acometía de una manera encarnizada.

Cada torero tenia sus padrinos, sus admiradores, su partido.

Hoy es lo mismo; pero no con tal fuerza, con tal intensidad.

Sobre si Costillares la puso mejor y más alta y más derecha que Romero; por comparaciones que son siempre odiosas y ocasionadas á disgustos, se agarraban dos á palos ó á cachetes, si no era que salían á relucir

las navajas; y despues otros, hasta que la batalla se hacia general en todo el tendido, soliendo á veces pasar de unos á otros.

Entonces les tocaba á los toreros ser espectadores, y los alguaciles y la guardia corrian á evitar el conflicto, y el verdugo se preparaba para azotar allí mismo al que habia delinquido, á quien ejecutivamente sentenciaba á una repasata su señoría el corregidor.

Porque han de saber ustedes, mis queridos lectores, que el verdugo asistia entonces á la corrida por mañana y tarde, y tenia su lugar aparte, encima del toril.

Los excesos habian provocado los rigores. Los carteles no eran entonces verdaderamente carteles, sino bandos, reales órdenes, que estaban concebidos en estos términos:

«Manda el Rey Nuestro Señor (Q. D. G.) que el dia tantos de tantos se corran en la plaza de Madrid..... (aquí el pormenor de la funcion: si era media corrida ó corrida entera, los toros que habian de correrse, con sus nombres, sus pelos y las divisas de sus ganaderías; los nombres de los espadas y de los toreros, y todo lo demás concerniente al espectáculo.»)

Despues venian las disposiciones para el órden público; la calificacion de las faltas con sus correspondientes castigos, que eran multas, prision ó azotes, ó todo á la par; no embargante la formacion de proceso, si habia lugar.

Entonces lo primero que aparecia cuando se despejaba el redondel para empezar la media corrida, no eran los toreros. Se abria la puerta del arrastradero, y por ella aparecian dos alguaciles de córte á caballo; detrás venian á pié algunos otros alguaciles, entre los cuales

se veía un notario y el pregonero. Esto aparecía en medio del estruendo de trompetas y timbales; daban un paseo é iban á colocarse en medio del redondel; el escribano apuntaba el pregon, que no era otra cosa que el programa ó cartel con el aditamento de las preveniciones del órden y las penas, y el pregonero lo repetía con voz estentórea.



EL PREGON.

Concluido el pregon, el escribano y el pregonero se retiraban cada cual á los asientos que les estaban destinados; los alguaciles de á pié se quedaban á disposicion de la autoridad, entre barreras, y dos de á caballo permanecian en el redondel, como se hace ahora en las

funciones reales, para hacer cumplir las órdenes del corregidor.

Al empezar el presente siglo cesaron estas formalidades; lo que quiere decir que el público se había morigerado. Pero mientras duró el régimen absoluto, aunque no se pregonase el bando, continuó asistiendo el verdugo á las corridas. Por último, cuando llegó la hora de la libertad, desapareció aquel: solo quedaron los alguaciles. Y esto como visualidad y formando parte del espectáculo, y para los recados á los toreros.

.....

---

## CAPITULO VII.

### José Delgado (Hillo.)

Tenemos delante de nuestra pluma á Pepe-Hillo. No sabemos la fecha de su nacimiento, como sabemos la de su desgraciada muerte; era sevillano, y se dice que vió la luz del día, si de día nació, en una humildísima casa del Baratillo.

Un honrado prosecutor de San Crispin, un zapatero, para hablar claro, fué el feliz progenitor del que debía ser apellidado el rey del toreo; y si no, vean lo que de él dijo otro torero, que no era rana, Curro Montes:

«José Delgado fué un torero de encargo, y mas general que cuantos se han conocido; y no es necesario haberle visto, para juzgar así de él; no hay más que fijar la vista en las heridas que recibió y en las suertes que se deben á su invencion, y notaremos que son las más difíciles y expuestas que se conocen en el toreo; y esto no es capaz de hacerlo sino el que tiene mucho valor y grandes conocimientos.»

Así, pues, el que traía en su alma y en su cuerpo la predisposición para ser una tal lumbrera del toreo, no podía avenirse con el ruin oficio de su pobre padre, que entonces, como el de cortador y otros, estaba, no sabemos por qué, muy mal mirado. Las tendencias que determinan el ser moral del hombre, le arrastran. Pepe-Hillo huyó del banquillo de su padre, y se fué al matadero. Al olor de los cuernos. A su destino.

Cansóse el tirapié paterno de azotar al chico: más de una horma fué á su cabeza. En vano le pellizcaba su madre. El banquillo fué abandonado, desatendido el cerote, olvidadas las lesnas y la chaira.

Así, dejando el trabajo por su afición; sufriendo una paliza por cada escapatoria, y siguiendo el chico sus estudios prácticos, instintivos, con las reses bravas del matadero, pasaron algunos años: el muchacho se hizo jóven. Con el ejercicio rudo, sus facultades físicas, que eran excelentes, se habian desarrollado. Habia contraído la costumbre de las reses. Habia perdido el miedo. Era ya torero al natural. Pero le faltaba el arte.

Su ambición era presentarse en el redondel. Ya se habia construido la plaza de Sevilla, pero ¿cómo llegar á su deseo? ¿Dónde encontrar un padrino? Su buena suerte le deparó á Costillares, que estaba entonces en su apogeo. Puede deducirse que Costillares era algunos años mayor que Pepe-Hillo; éste debió nacer por los años 50 ó 60 del siglo pasado.

En cuanto vió Costillares al chico, le *caló*; Pepe-Hillo era buen mozo, desarrollado, fuerte, ágil; en fin, de buen trapío, y sobre todo, valiente, arrojado y soberbio: Costillares le tanteó, y se encontró con que el chico tenía unos tales alientos, y una tal ansia por llegar á ser persona, que no habia que pensar en que él se redujese al ruin y miserable oficio de su padre.

Pepe-Hillo habia nacido con el alma levantada; y como el valor enaltece á los más humildes, no habia nada que le espantara, y amaba el peligro: cuanto más feroz era el bicho delante del cual se ponía, más se crecía, y á él se iba sin más ni más, y no de otra manera, que si hubiera tenido los cuernos como los del caracol, que cuando se les toca se encogen, ó como si el testarazo de un toro hubiera sido tan blando y tan sabroso como u nbeso.

—A tí hay que pararte los piés, muchacho,—le dijo Costillares,—ó en mal oficio te has metido, y no durarás mucho: en fin, así y todo, vente conmigo; que ya veremos lo que de tí se hace.

Costillares se lo llevó de banderillero en su cuadrilla, que se componía de los dos Malignos, (Gerónimo y Francisco), Francisco Garcés, Vicente Estrada y otros, que aparecen en los carteles ó bandos de aquel tiempo. Eran todos buenos mozos, de génio, y empapados en la buena escuela de su maestro Costillares.

Muy pronto el aprendiz los sobrepujó á todos. Tan rápidos fueron sus progresos, que consta que por los años de 1774 toreó con su maestro, como media espada en la plaza de Madrid.

De tal manera lo hizo el muchacho, que el estipendio de quinientos reales que le dió la Junta de hospitales de Madrid por su faena, se le aumentó para la segunda corrida en que debió estoquear.

En el siguiente año de 1775 fueron escriturados para la misma plaza de Madrid, Costillares y Juan Romero el Rondeño, que al tenor del bando ó cartel, *con amistosa emulacion debian servir al público, con el valor y destreza que tenían acreditado*. Esto prueba la rivalidad que enemistaba á los dos diestros. Cada cual de ellos tenia su escuela, y pretendia que la suya era su-

perior á la del otro. Lo hicieron muy bien y merecieron la mejor acogida del público, no sin que disputasen grandemente los aficionados y amigos de cada cual de los diestros, y aunque no pudiese cuidarse de las ventajas que como entendido innovador habia llevado Costillares al toreo, empezando á hacer un arte de lo que hasta entonces no habia sido más que una práctica más ó ménos acertada. Pero aparecia una nueva escuela, ó por lo ménos habia un torero que ni seguia á Juan Romero ni á Costillares, sino que él se las *buscaba* de una manera peculiar, á costa de cogidas y testarazos. Este torero era Pepe-Hillo. La independencia y la altivez de su carácter, y su atrevimiento con las reses, le llevaban á cada momento á pruebas peligrosas, á invenciones de suertes, á verdaderos prodigios.

Se comprendia que queria sobrepujar á todos los que hasta entonces se habian distinguido en el toreo, y era evidente que para lograrlo no reparaba en el peligro de su vida. Asi fué fijando y perfeccionando muchas suertes de su invencion.

Espada ya, y con pretensiones de maestro, nuestro buen mozo empleó el año de 1776 en varias plazas de Andalucía, luciendo en todas ellas, con asombro y beneplácito del público, sus invenciones. Pero en este mismo año le salió un rival á Pepe-Hillo: una criatura, que debia llegar á ser el asombro del toreo, como el cual no habia habido ninguno antes, ni debia haberlo despues. Hablamos de Pedro Romero, del que ya nos hemos ocupado.

Le sacaba á la plaza de Madrid su padre Juan Romero. Con ellos debian torear otro excelente diestro, Juan Miguel Rodriguez, y dos medias espadas, Francisco Herrera y Miguel Arocha, con los picadores Ignacio Nuñez y Juan Ortega, primeras varas muy estimadas

del público. El arte de la lidia iba llegando á su apogeo.

El jóven Pedro Romero fué muy bien acogido, y todos los inteligentes vieron en él la promesa de un gran torero. Era una sombra que se levantaba delante del soberbio Pepe-Hillo, crecido ya tanto, que se habia nivelado con su maestro Castillares, hasta el punto que se les escrituraba ya con iguales estipendios, como consta de los datos de 1777, en que ambos diestros torearon juntos en la plaza de Madrid. Pero tres años despues, en 1780, el jóven Pedro Romero, ya con una reputacion envidiable, dió el mismo estiron que habia dado Pepe-Hillo.

Fué escriturado para trabajar en la plaza de Madrid, y á entrambos se dió una igual cantidad, mil quinientos reales por corrida.

Pepe-Hillo se estimuló: continuó con ardor su estudio sobre los toros á costa de cogidas, que no se pueden hacer pruebas con tales animalitos sin exponer la piel; y era lo admirable que las cornadas y los revolcones no achicaban á Pepe-Hillo, antes bien, se crecia, como quien dice, al palo, y se metia en mayores honduras, haciendo conocer por la práctica los adelantos en el toreo, que despues debia consignar en su tauromaquia ó arte de torear.

Asomaba un sol del toreo. Los viejos toreros despreciaban á los nuevos. Se reian cuando oian hablar del arte. Decian que no habia más arte que irse al toro con mucha alma, con una vara de trapo y agilidad para el quiebro, y que con conocer las mañas del bicho bastaba; que todo lo demás era pamplinas para canarios; y apoyaban sus razones en que con todo su arte, Pepe-Hillo estaba siempre en las astas del toro; y que ellos, á la buena de Dios, hacian lo bastante para ponerse, cuando era necesario, fuera de cacho.

Juan Romero sostenia, que á su padre y á él nadie les podia quitar la gala de haber sido los primeros que habian estoqueado toros con muleta; que los que habian venido detrás se lo habian encontrado todo hecho, y que lo que habia sacado Costillares, y lo que ponderaba de sí mismo Pepe-Hillo, no era más que pinturas y mojigangas; y que allí estaba su hijo Pedro Romero, que sin más enseñanza que la de su padre y su abuelo, era capaz de matar limpiamente, por todo lo alto, y sin riesgo suyo, un toro caido del cielo. Costillares sacaba á cuento su volapié y otras muchas cosas buenas y útiles que habia inventado, y decia que los Romeros eran toreros porque sí, sin saber por qué lo eran, á lo vaquero, y que aquello que ellos hacian no tenia otro mérito que el de exponerse á ser cogidos por una rés que tuviese más talento que ellos, lo que no era difícil: en fin, que los aficionados y los amigos de los Romeros no sabian ni lo que querian ni lo que veian, y que para ellos, los toros no eran más que bichos que tenian cuatro patas y dos cuernos, y que embestian.

Quejábase al mismo tiempo de que á un mozuelo vanidoso que no sabia lo que se hacia, y que no toreaba á los toros, sino que los toros le toreaban á él (se referia á Pepe-Hillo), se le escriturara por la misma cantidad que á él, y se dijese que era el rey del toreo, cosa que no era para oida, ni para sufrida, y que ya se desengañarian cuando le viesen hecho pedazos por un toro.

Por último, Pepe-Hillo miraba desde todo lo alto de su soberbia á los otros toreros; se crecia con los aplausos que sus novedades arrancaban al público, y no consentia que se le comparase con nadie.

Pedro Romero oia y callaba; estudiaba profunda-

mente la lidia; no se metia con nadie, ni daba motivo á que nadie sin justicia se metiese con él.

Retiráronse al fin, viejos y cansados, Juan Romero y Costillares, y se quedaron en el redondel, con otros diestros de segundo y tercer orden, Pepe-Hillo y Pedro Romero.

Entonces empezó una lucha magnífica. Pedro Romero y Pepe-Hillo trabajaban con mucha frecuencia juntos. Romero, siempre prudente y generoso. Pepe-Hillo, siempre violento é irritado.

Llegó, en fin, el año de 1800, y Pedro Romero, ya cansado, se retiró, abandonando el campo ó la arena á aquel á quien habia matado tantos toros. Pepe-Hillo se quedaba descollando, luminoso con la aureola de gloria que le habia procurado su valor, nunca desmentido; su aficion, que habia acabado por ser una pasion y su arte del toreo.

Habia diestros muy apreciables. Pero ninguno podia competir con Pepe-Hillo. El público le adoraba, porque estaba fascinado por su valor. Apenas restablecido de una cornada, se le veia presentarse en la arena tan altivo y tan confiado, como si nunca le hubiese pasado una desgracia, y yéndose siempre, sin vacilar, á la cabeza del toro.

Esto era verdaderamente admirable. Pepe-Hillo era un prodigio. No habia nada que le achicara. Los hombres deseaban el honor de que los llamara sus amigos; las mujeres, la felicidad de que las quisiera.

Llegó en tanto el domingo 10 de Mayo de 1801.

Al dia siguiente debia tener lugar una corrida de toros en que matarian Pepe-Hillo, José Romero (hermano del famoso Pedro), y Juan Conde.

Habia una gran curiosidad.

Los aficionados que habian ido al arroyo Abroñigal

á ver los bichos, decian que eran del mejor trapío del mundo.

Entre ellos los habia de Peñaranda de Bracamonte, famosa ganadería que ha dejado una gran memoria en el toreo.

La corrida amenazaba ser muy peligrosa para las cuadrillas, y singularmente para los matadores, porque los bichos habian sido corridos y estaban picardeados.

Hoy, ningun espada hubiera corrido con su cuadrilla unos tales toros.

Però aquellos eran unos buenos muchachos, y entraban por todas. Tenian mucho peto, y allá se iban al diablo mismo, con tal de que el diablo tuviese cuernos y figura de toro.

Don Francisco Goya (el famoso pintor), don Leandro Fernandez de Moratin, los duques de Osuna y de Hijar y otros muchos señores, personas notables y aficionadas, habian ido al arroyo á ver el ganado; unos en calesin, otros á caballo, y en union con los toreros se habian ocupado de las cualidades que dejaban ver para la lidia, los toros que debian correrse al dia siguiente.

## I.

Eran las cinco de la tarde, que ya aquel año por Mayo hacia calor, y no podia irse al campo cómodamente más temprano.

Los vaqueros, por lo mismo que los toros eran de sentido y se alegraban con cualquier cosa, estaban á caballo, vara en mano, y apercebidos, no se huyese algun bicho, se entrase en Madrid, como habia ocurrido ya alguna vez, y hubiese desgracias, como tambien habia acontecido.

Los cabestros rodeaban los toros y pastaban la poca yerba que allí habia, haciendo sonar las cencerillas.

Los aficionados se mantenian á alguna distancia, porque los toros se avisaban con mucha facilidad.

En los ventorrillos del puente de Vallecas hervia la gente de poco pelo, que habia ido tambien á ver los toros, á comer la consabida tortilla de bacalao ó los callos y caracoles, y á echar un trago.

Y entre el *pópulo* abundaban las buenas mozas, empavesadas, con cada arracada y cada gargantilla y cada mantilla de blonda que metia miedo.

Las manolas, las buenas mozas de los barrios bajos, se morian por los cuernos.

Y no eran ellas solas, que tambien las señoras de los altos barrios, es decir, las de la córte, en cuanto veian cuernos sentian vértigos.

Sus maridos veian tranquilamente su aficion; eran unos buenos hombres de bien. ¿Por qué no habian de entusiasmarse sus costillas por las astas, si esto era una costumbre inmemorial, que venia á determinar el carácter nacional?

Distingamos; entonces no se decia aún *nacion*, sino por los de la Convencion francesa, que por aquellos tiempos habia sucumbido ya bajo el nuevo astro.

Napoleon se habia encargado de convertir en gloria nacional toda la sangre que la tremenda Convencion habia vertido en la Plaza de la Revolucion, hoy de la Concordia; sangre que habia producido todas las dramáticas recriminaciones de Thermidor, de aquellas tumultuosas sesiones en que los *sansculottes* se habian llamado los unos á los otros, á boca llena, asesinos, y que parecia como que el tremendo espectro del remordimiento se levantaba terrible é implacable, fatal, sobre las orgías de la gran revolucion.

Napoleon habia sido el aborto de aquella fiebre, y aún continuaba Francia llamándose nacion; pero la nacion tenia ya por representante un tirano.

La palabreja no habia franqueado el Pirineo sino para unos pocos rapsodistas, que allá en el año 1812 hicieron de España el arrendajo político de nacion, en tanto que aquella, sin pararse en calificaciones ni en nombres, mantenía bravamente su nacionalidad en los campos de batalla contra aquel gran ambicioso que pretendía sofocar bajo su planta de hierro todas las nacionalidades.

España tiene la gloria de haber ayudado poderosamente á Europa á encerrar al mónstruo en Santa Elena.

Cosas nuestras, hechas sin pensar, por instinto, por carácter; pero cosas grandes, como las hará siempre la nacion española con todo aquel que quiera torearla.

Nosotros lo tenemos bien probado; nos vamos al bulto y mojamos, y en la mojadura nos llevamos las entrañas del que se mete, sin saber lo que se hace, con nosotros.

Sin fanfarronería, que es de veras; que el que no lo quiera creer que venga y que nos alegre el ojo y nos meta en ganas, y ya se verá lo que sucede: lo que siempre, por todo lo alto, porque sí.

Y siempre tranquilos y sin *jindamí*, y venga lo que viniere, que ya veremos por dónde salimos.

En España, en 1801, nadie sabia lo que era ó lo que queria decir nacion: bien es verdad que hoy, en 1879, no hay muchos que lo sepan; y por cierto que el vocablo es de una acepcion muy vária y muy ocasionada á aberraciones y disparates: ahora bien, los que entonces, y eran pocos, conocian entre nosotros la palabra nacion, la oian ó pensaban de ella, como si tal pala-

bra no significara otra cosa que el sansculotismo, el jacobinismo, el fracmasonismo, el carbonerismo; lo infernal, lo horrible, la maldicion, la herejía, el crimen de los crímenes, que determinaba la lesion de todas las majestades divinas y humanas; por el contrario, á los que eran ya el gérmen del liberalismo de Cádiz, les encantaba la palabra nacion, como si hubiese significado lo supremo de la libertad, de la independencia, y de la dignidad y de la felicidad humana.

Hoy la palabra nacion no significa otra cosa que la colectividad de pueblos contenidos en una extension mayor ó menor del globo, que viven independientes bajo unas mismas leyes y unas mismas costumbres.

## II.

Decíamos que en los tiempos de nuestro relato, uno de los rasgos característicos de nuestra nacionalidad era la aficion á los cuernos.

## III.

Verdad es que hoy sucede lo mismo; no habrá dinero para una suscripcion para el establecimiento de una cosa útil, pero para los toros nadie es pobre.

Tampoco para la lotería; *Pan y toros*, sangre y bullicio; hé aquí todo.

## IV.

El camino era una romería; el campo, en derredor de los toros y del ventorrillo, un conjunto abigarrado de gentes de ambos sexos de todas clases y condiciones; hasta frailes y clérigos, y si no había monjas

era porque no se las habia ocurrido pedir licencia para exclaustrarse y asistir á los toros, como todas las otras hembras españolas; que sabian vivir por su patria y para su patria, y ayudar á todo lo que á la misma enaltecía.

¿Y quién duda ni ha podido dudar que las corridas de toros eran, son y serán el mayor enaltecimiento de nuestra patria? Esto no admite discusion.

Así es que nuestros buenos hombres, singularmente los aristócratas, están muy obligados á sostener el esplendor nacional; cumplen con su deber siendo aficionados á los toros y favoreciendo especialísimamente á los toreros, sin los cuales serian las corridas imposibles, como no fuese que los toros se corriesen los unos á los otros.

Así como así, tal se vá poniendo el toreo, que es muy de temer que, vueltas las tornas, los toros acaben con los toreros, y para ver toros en plaza sea necesario emplear el medio de que los toros se hagan mutuamente la guerra, lo cual sería un espectáculo muy curioso, sobre poco más ó ménos, como los combates de gallos, aunque más en grande.

Sin guasa ninguna: se nos ocurre que dentro de algunos años se van á acabar los toros por sí mismos.

Y es que todo envejece, se gasta y se muere, y las corridas de toros están ya en su decrepitud; hoy, por regla general, no se mata, se pincha, y los toros mueren desangrados, ó más bien debilitados por la pérdida de la sangre, y se entregan, verdaderos mártires, al puntillero, que les hace la obra de caridad de despedarlos.

No son ya estos los tiempos del toreo; él mismo lo dice; no hay que preguntárselo á nadie.

Pero en aquellos tiempos, cuando estaba vivo el recuerdo de Costillares y de Pedro Romero; cuando los continuaba el otro Pepe Romero y Pepe-Hillo, entonces, entonces sí; aquello era el apogeo, lo sublime, el arte, el valor, lo grande por todo lo alto. Desde Pedro Romero acá, el toreo viene descendiendo y dejando ver, sólo por intervalos, algunos grandes toreros, tanto de á pié como de á caballo; pero como Pedro Romero y como el tío Manuel..... ¡cá! ya no se bebe: se ha secado la cepa.

Y que no se diga que soy yo tan viejo que lo ví; que yo diré que sin ser viejo, y estando en el seno de Dios cuando aquel grande hombre toreaba, yo le ví; y le veo siempre que quiero, porque tengo un espíritu, amigo mio, que me trae como si fuera verdad, para que yo lo vea, todo lo que yo quiero ver.

## V.

Y estoy viendo á Pepe-Hillo aquella tarde del 10 de Mayo de 1801, sobre una jaca alazana; alto, cenceño, nervudo, moreno, de buen semblante, pero un tanto nublado por una expresion de orgullo y de prepotencia.

Le veo con su sombrero de tres picos, á lo manolo, su redecilla, su capotillo de lamparilla, su chaqueta, su chupa, sus calzones cortos y sus botas vaqueras, hecho todo un mozo, como de cuarenta años, y diciendo con su seriedad: aquí voy yo; el que ha sido cogido cien veces y ha aguantado, y no le ha entrado *medrana*, ni más ni ménos que si los toros fuesen de alfeñique..... y ¿á mí qué? y todos afuera, porque sí; y el que no, que vaya á embraguetarse, como yo, con un berrendo de diez años.

Pepe-Hillo causaba admiracion. Los españoles se han

perecido siempre por los valientes, y no podía dudarse que Pepe-Hillo lo era hasta la temeridad.

Muchos decían:

—Le lleva ventaja Pedro Romero, porque nunca fué cogido, porque cree que ningún toro puede cogerle; y miren ustedes cómo ahora, por los años que tiene y trabajos que ha pasado, ha tomado el olivo y soltado los trastos, y se ha ido á comerse en paz lo que ha ganado, á Ronda; tiene muchas picardías, y ya sabe lo que se hace; si hubiera sido tan cogido como Pepe-Hillo, sabe Dios cuánto tiempo hace que torearía en el plato, con una chuleta á la derecha y otra á la izquierda, y en medio el jarro de vino: para valiente, José Delgado, y si es tan bravo es porque los toros se le figuran cabras, y los desprecia.

## VI.

En fin, cosas de aficionados, pasión disculpable; pero no había comparación posible entre Pedro Romero y Pepe-Hillo, ni aun entre éste y Costillares, como no fuese en cuanto al valor, que sería injusto negárselo á Pepe-Hillo.

Pero cuando el valor está subordinado al aplomo y á la prudencia, luce ménos.

Y esto era en Costillares y Pedro Romero; prudentes, como es necesario serlo delante de un toro; aplomados y serenos, á más de inteligentes para ver el peligro, y evitarle, y aun sacar partido de él.

## VII.

Junto á Pepe-Hillo, y á caballo sobre una jaca torda, cuatralba en negro, iba otro torero como de cuarenta

años, buen mozo, morenote, de fisonomía franca y abierta, que parecía estar siempre en su tierra, pero que no lo lucía ni miraba á nadie de reojo ni sobre el hombro: este era José Romero, hermano menor de Pedro, que mantenía en todas partes la escuela de Ronda, y que decía que el volapié lo había inventado el gran Costillares de lástima, para que pudiesen matar aquellos á quienes alcanza el gallo con el pico á las asentaderas, y que sin el volapié hubieran necesitado de un trabuco para matar al toro. Además de esto, con el volapié no hay que sudar tanto ni ponerse en la recitud, ni aguantar tanto, ni ponerse en tanto riesgo, y que el volapié acabaría con el mérito del toreo, que era matar por todo lo alto, recibiendo; porque todos se irían á lo más fácil y ménos comprometido, y así podría ser matador hasta el menor chulillo.

En cuanto á lo de las suertes de capa, inventadas por Costillares, decía que no eran más que pinturas para entusiasmar bobos, y que la gran suerte la *verónica* la había inventado su abuelo Francisco y la había perfeccionado su hermano Pedro. ¿Quién ha usado del engaño mejor que él?—añadía.—¿Quién más que él ha hartado de trapo á las reses?

Y así andaban siempre los toreros y los aficionados, cada cual con su escuela, y en frente Sevilla de Ronda, y encontrándose en frente Ronda y Sevilla en la plaza de Madrid.

## VIII.

—Me parece, compañero,—dijo José Romero á Pepillo,—que la Junta de los Hospitales hace con nosotros judiadas, como si Dios nos hubiese traído al mundo para ser carne momia: toros nos traen corridos y

picardeados, que mire usted que ya nos están mirando, y que parece que nos dicen: ¡ya nos veremos mañana!

—¿Y eso qué le hace?—dijo Pepe-Hillo, que estaba distraído y mirando atentamente á un toro negro de los de Peñaranda de Bracamonte, que al acercarse los toreros se habia avisado y los miraba ya al uno, ya al otro, como si hubiese comprendido que tenia que hárselas con los dos.

—Sí le hace,—dijo Romero;—aunque usted perdone, compañero, yo le conozco á usted, y me va usted á permitir que le diga una cosa.

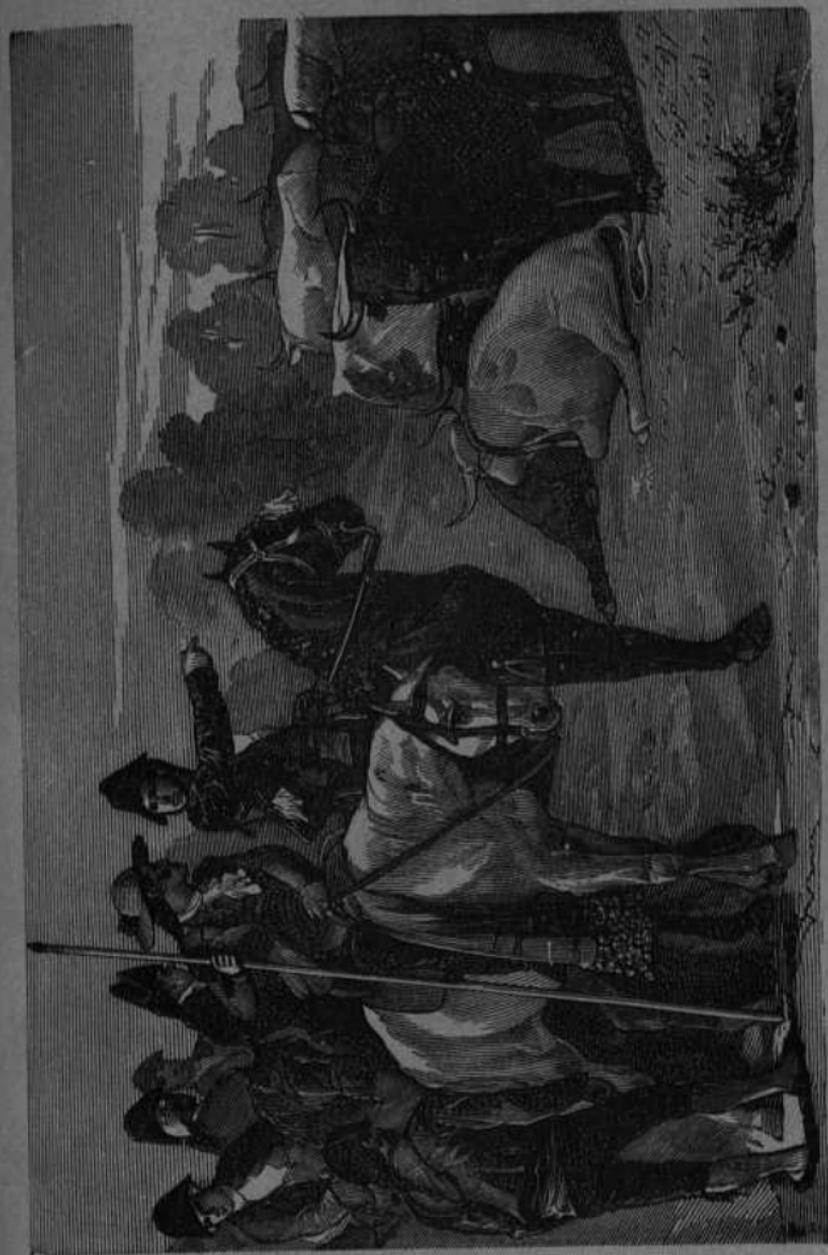
—Usted puede decirme cuantas cosas quiera, compadre,—dijo Pepe-Hillo, que continuaba absorbido en la contemplacion del toro.

—Pues á mí me ha dicho la señora Mariquita que usted anda pensando hace mucho tiempo en que le ha de matar un toro negro de Peñaranda de Bracamonte.

—Es verdad que lo he soñado,—dijo Pepe-Hillo;—pero sólo ha sido un sueño.

—No sabemos, compañero,—dijo el otro con una profunda fé,—si los sueños son avisos de Dios; y mire usted que negro es y de Peñaranda de Bracamonte, y de buen trapío, y de muchas libras, ese buen mozo que nos está mirando, que no parece sino que nos desafía; y le voy á decir al tío Castueras que lo enchiquere para mí, y todos los otros, que son tambien negros y de Peñaranda de Bracamonte, que para mí es igual; todos están picardeados, y yo no le tengo más aprension á los negros que á los blancos. Y dejémonos de empeños, y á la buena amistad, y andando.

Recordósele á Pepe-Hillo aquella otra ocasion en que él y Costillares, cuando las fiestas de la proclamacion de Cárlos IV, pusieron por condicion que no matarian toros castellanos; y que Pedro Romero dijo: que



Tío Castuerras, ese toro lo enchiquera Vd. para mí.



con tal de que aquellos toros no pastasen estrellas, sino yerba, él los mataría todos. Se acordó también de que enchiquerado por equivocación para él un toro castellano, le había dado una cogida grande, y que Pedro Romero, que le había advertido el peligro, le había matado aquel toro, como le había matado tantos otros, y se lo llevó el diablo, y se le aumentó el odio á los Romeros cuando vió que otro le decía, poco más ó menos, lo que entonces le había dicho Pedro.

Disimuló, sin embargo.

—Mire usted, señor Pepe,—dijo,—yo no permito que usted se vaya al tío Castueras á decirle de mi parte que enchiquere para usted todos los toros negros de esta corrida, porque es lo mismo que decirle que yo tengo miedo; y lo que es eso de miedo, no lo he tenido yo en todos los días de mi vida, y pienso irme á la otra, Dios mediante, sin conocerlo: y yo le doy á usted muchas gracias por su buena voluntad, pero eso no puede ser.

Y luego, volviéndose á uno de los vaqueros, le dijo:

—Oiga usted, tío Castueras.

El vaquero revolvió su caballo, y se acercó saludando muy cumplidamente á Pepe-Hillo.

—¿En qué hay que servir á usted, señor José?—le dijo.

—¿Vé usted ese toro que nos está mirando?—dijo Pepe-Hillo.

—Sí que le veo,—dijo el vaquero con un acento singular.

—Pues bueno, tío Castueras,—dijo Pepe-Hillo,—ese toro lo enchiquera usted para mí.

—Pues bueno; eso y todo lo que usted quiera, señor José,—dijo el vaquero;—¿tiene usted alguna otra cosa que mandar?

—Nada, tío Castueras; muchas gracias y salud.

Y dicho esto, Pepe-Hillo recogió su jaca y salió con ella al trote hacia el puente, diciendo á José Romero:

—Hasta luego, ó hasta mañana, compañero; quede usted con Dios.

Y esto fue dicho de una manera seca: la soberbia era el gran defecto de Pepe-Hillo.

—¡Válgame Dios!—dijo José Romero,—aunque yo no hubiera hablado, hubiera sido mejor. Pero le tiene asco á los toros negros y á los de Peñaranda, y ese amigo es de Peñaranda y negro. Más valia habérselo dicho, sin decirle á él nada, al tio Castueras. En fin, vámonos á ver á Nuestra Señora de la Soledad, de la calle de la Paloma, que ella lo puede todo y es muy milagrosa.



---

## CAPITULO VIII.

**En que se ven el corazon de un hombre y el de una mujer.**

### I.

Algunos años antes del de 1796, unos muchachos habian encontrado en un almacen de leña de la calle de la Paloma, un viejo cuadro al óleo, renegrido y estropeado, en el que apenas si se distinguia una imágen de la Virgen.

Desde el momento que se le encontró, empezaron á notarse maravillas.

Se sucedian los milagros; el cuadro arrojaba de sí un olor suavísimo.

Los estropeados que le tocaban, sanaban; aun se dice que habian resucitado muertos, con solo poner delante de ellos la santa imágen.

Algunas beatas cuidaron de este cuadro y le dieron una especie de culto.

Cundió la fama de la milagrosa imágen, y de tal manera fué la piedad por ella, primero en el barrio de

Toledo y luego en todo Madrid, que la reina María Luisa, en gran parte por su grande piedad, pero mucho más aún por dar gusto á los buenos vasallos del rey, su esposo, en Madrid, erigió una capilla para la santa imágen milagrosa, que fué consagrada en 1796, y que continúa siendo el tesoro del barrio de Toledo, con la advocacion de Nuestra Señora de la Soledad de la calle de la Paloma.

A esta capilla se encaminó José Romero, desde el arroyo Abroñigal.

Llegó, ató su caballo en la verja y entró.

Habia algunos devotos: entre ellos se veía una mujer que, aunque de rodillas y muy recogida, dejaba ver su esbeltez.

Era una morena, más que hermosa, agraciada; con grandes y elocuentes ojos negros, cabellos negrísimos y una brava expresion de energía, que no perjudicaba á la dulzura de las formas ni á lo simpático de la expresion.

Vestia con lujo, á la manera de las sevillanas; pero sin abuso de flores, alhajas ni colorines.

Al verla José Romero, dijo:

—¡Calla! ella tambien ha tenido miedo y ha venido á rezar á la Virgen;—y sin llamarla la atencion, se arrodilló detrás de ella.

Pasaron así algunos minutos, y al fin la mujer se levantó, y al levantarse vió á José Romero, que se habia levantado tambien.

Le saludó sonriendo tristemente; él la devolvió el saludo, y salieron juntos. Ambos se encaminaron á la casa del capellan.

—¡Cómo se conoce lo devota que es usted, señora Maria, de la Santísima Virgen!—dijo Romero.

—Ya lo creo,—contestó con acento triste Maria:—si

ella no nos saca de amarguras; ¿quién nos va á sacar? Si estuviéramos en Sevilla, yo me hubiera ido á Triana á rezarle á Nuestra Señora de los Remedios; pero como estamos en Madrid, he venido á pedirle que nos ampare á Nuestra Señora de la Soledad.

—Muy bien,—dijo Romero;—yo tambien he venido, he rezado una salve á la Virgen, y ahora le voy á dar al capellan para que ponga mañana dos cirios que estén ardiendo todo el día, y para que se digan dos misas por mi intencion.

—¡Calle! ¿usted tambien tiene miedo, señor José?—dijo Maria, en cuyo acento crecia la tristeza.

—Miedo no,—contestó Romero,—pero siempre es bueno ponerse bien con Dios por medio de su Santísima Madre.

En esto llegaron á la habitacion del capellan.

Maria y José Romero encomendaron cada cual dos cirios y dos misas, y pagaron largamente la limosna. Aquella dió además dos onzas para que se repartiesen entre los pobres más pobres de la calle de la Paloma.

José Romero, que no quiso ser ménos, aflojó otras dos, que el mozo *aviyaba parné* y siempre llevaba en la faja una docena de *jaras*.

Desató Romero su caballo, y Maria hizo seña á su calesin para que se acercara.

—Deje usted la jaca, señor Pepe,—dijo María á Romero,—y monte usted en el calesin, que le tengo que hablar.

—Pues mire usted, señora Maria, mejor hablaríamos en esa taberna de enfrente, echando un trago; digo, con licencia del compadre Delgado.

—Mi hombre sabe quién es usted y quién soy yo,—dijo Maria,—y tenemos licencia para echar juntos los

tragos que queramos, que nuestros tragos no se le han de subir á él á la cabeza.

—Cállese usted, señora, y no se encastille usted, que yo con usted no sé trastear, sino mirarla como una cosa bendita.

—¿Y quién dice otra cosa, señor Pepe? Ven acá, Quico, y ten la jaca del señor Romero.

Llegó el calesero y tomó el caballo del matador; él y ella se entraron en la taberna, y luego en la trastienda; y Romero pidió escabeche aliñado con aceitunas y huevos duros, y vino blanco.

—Para usted será el escabeche, señor Pepe,—dijo María,—que tengo un tarugo aquí,—y señaló su hermosa garganta, en que habia una cinta de terciopelo rojo, con una cruz de oro;—pero beber sí, porque me estoy ahogando.

Y se la llenaron los ojos de lágrimas.

—De modo,—dijo conmovido José Romero,—que no hay que llamar á la mala suerte con lágrimas que no sirven para nada.

—¡Ay, señor Pepe!—exclamó María;—mi hombre está en pecado mortal, y á los que están en pecado mortal no los atiende Dios.

—Todos estamos empecatados, señora,—dijo José Romero,—y no se cansa por eso la misericordia divina.

—¡Malditas sean todas las duquesas y condesas!—exclamó con acento de ódio y celos María;—que como no tienen nada que hacer y están *refoyantes* de todo, las rebose el vicio. ¿Pues no sabe usted que desde que vinimos de Sevilla, no está en la posada más que para dormir, y para encontrarle es menester ir á la casa de la duquesa..... (María pronunció un título ilustrísimo): ¡pero, señor, ese *abanto* de duque debe ser ciego!

—¡Ah! mire usted, señora María, nosotros, por nues-

tro oficio, tenemos que tratarnos con todo el mundo y con todo el mundo comer; que no hay hombre sin hombre; y cosas parecen que no son; y no hay que atosigarse por imaginaciones, que muchas veces no son más que espantajos, con los cuales nos damos tormento á nosotros mismos.

—¡Ay, no! que Pepe es muy tentado de la risa, señor José,—dijo María;—mire usted que yo sé bien lo que es; que este invierno le tuve que cortar el moño á una gitana de Triana, que me lo estaba *jonjabando* la mala *gachi*; y para él todas son buenas, gitana ó castellana; y si es una señorona, no se lo quiero á usted contar; y mire usted que ya se me vá subiendo el humillo, y me falta muy poco para ir y cortarle la *fila* á la señora duquesa, para que tenga más vergüenza y no ofenda á nadie; que si es buen mozo, es para mí; y si le hacen palmas, es para que yo me las goce y no ninguna desastrada.

—Dejemos esa conversacion, y vamos á hablar de otras cosas, que esas la irritan á usted.

—Dice usted bien; más vale dejarlo, que esto es para hacer una *aratada*; y como siga la desvergüenza, yo la hago. Me alegro de haber encontrado á usted, porque así como así, en cuanto hubiera llegado á la posada lo hubiera á usted llamado.

—Pues aquí me tiene á su disposicion con alma y vida.

—Pues ha de saber usted, señor Pepe, que José soñó un día que le había de matar un toro negro; y mi hermano me ha dicho que mañana se van á correr algunos toros negros, y entre ellos uno de Peñaranda de Braçamonte.

Nuestros lectores habrán comprendido que la hermosa morena era la mujer de Pepe Hillo.

En efecto, era María Conde, y el hermano á quien se referia era el matador Juan Conde, que al dia siguiente debia estoquear en tercer lugar con Pepe-Hillo y José Romero.

—Ya lo sé todo eso,—dijo con voz apagada Romero, que veia venir á María.

—¡Ay! sí, señor, señor Pepe, y voy á decirle á usted en qué pienso que me sirva; he dicho mal, que usted me ampare. ¿No es verdad, señor Pepe, que usted no le teme á los toros negros?

María hizo esta pregunta con ansiedad, y comiéndose con los ojos á José Romero.

—Ni á los negros ni á los azules, si los hubiera,—dijo el diestro.

—Ni mi hermano tampoco: y mire usted, mi hermano no tiene inconveniente en que sean negros los dos toros que tiene que matar, y que se los enchiqueren para él; pero son cuatro: ¿por qué no manda usted que le enchiqueren los otros dos? Y que uno es de Peñaranda de Bracamonte, el que ha soñado mi marido que le ha de matar.

José Romero se puso pálido; retiró la copa en que iba á beber, y se le atravesó el bocado que iba á tragar.

—¡Ay, señora Mariquita! que eso ya está andado, y que por eso he venido yo á rezarle á la Virgen de la Paloma,—exclamó Romero con la voz insegura.—¿Y sabe usted lo que la he pedido? Pues la he dicho: Madre mia, que se ponga malo; que no pueda torear mañana mi compañero Pepe-Hillo, y yo mataré sus toros, y tú me ayudarás.

—¿Pero no puede ser lo que yo quiero?—exclamó con ansiedad María.

—¡Ay, no, señora! y yo he tenido la culpa; porque pensando hacerle un bien, le he dicho que si él te-

nia aprension á los toros negros, yo los mataria todos: y él se ha picado, y le ha dicho al tío Castueras, el vaquero, que le enchiquere un maldito negro de Peñaranda; un toro tunante, con más intencion que todas las cosas, y que nos miraba que parecia que nos queria comer.

—¡Ay, y qué imprudencia ha cometido usted! ¡María Santísima!—exclamó María;—pues buen génio tiene el alma mia para que le lleven la contraria, y más en esto que le vá la honra. Esto era menester haberlo hecho sin que él lo hubiese sabido.

Y Maria se echó á llorar.

—¿Y por qué no ha visto él con el buen corazon con que se lo decia?—exclamó con un acento ambiguo José Romero;—¿he podido yo hacer más? ¿Quién habia de creer que tenia que ser tan soberbio conmigo?

—Por su soberbia le han cogido tantos toros, y por su soberbia le matarán,—dijo María:—que él sabe cuanto hay que saber, y es tan buen matador como el primero, sin ofender á nadie, y tiene más corazon que un leon; pero en cuanto tarda en poner bien á un toro y oye gritar á los de los tendidos, ciega, pierde la cabeza, y no sabe lo que se hace. ¡Malditos sean los aficionadores! ¡Malditos! ¡Malditos! ¿Por qué no se meten ellos á hacerlo, á ver lo que hacen?

—Mire usted, compañera de mi alma,—dijo José Romero,—no hay que atosigarse tanto; que yo estaré al quite, y si es menester, ya sabe usted que yo sé bien meter el capote; que á esto no hay quien me gane, como no sea mi hermano Pedro.

—Bueno, que sea lo que Dios quiera,—dijo María,—y vámonos.

Y se levantó, y sin más despedida salió y se metió en su calesa.

El calesero desató la jaca de Romero, que la tomó. La calesa salió en seguida al trote largo del jamelgo.

Romero montó en su jaca, murmurando:

—¿Qué haría yo para que se pusiese malo y no pudiese torear mañana? No; sería peor. No cometamos otra imprudencia. Si yo pudiera ponerle *curda* para seis días..... pero él no bebe; no, no puede ser; que la Virgen nos ampare.

Y partió á escape hácia la posada de la Cava Baja, donde estaba su cuadrilla.

---

## CAPITULO IX.

**De cómo José Romero tuvo motivo para creer que la Virgen de la Paloma habia oido sus votos y hecho el milagro de poner malo á Pepe-Hillo.**

Pepe-Hillo se habia ido desde el arroyo Abroñigal á la calle de Atocha, á una antigua posada que aún existe y que está frente al hospital de San Juan de Dios, un poco más abajo.

Dejó allí su jaca y salió, y bajó la calle hasta el hospital de la Pasion.

Este hospital era de mujeres; se habia fundado en el año de 1565 en la calle de Atocha, manzana número 2, en las casas núms. 1 y 2, siendo regidor de Madrid Juan Gonzalez de Armunia.

Los productos de las corridas de toros se destinaban al cuidado de los enfermos de este hospital y del de los del General, fundado en 1563 por Bernardino de Obregon, en la manzana núm. 1, en la misma calle de Atocha.

Cuidaban de los enfermos del hospital de la Pasión las principales damas de la grandeza, entre las que se contaban las madrinas de los toreros.

Amadrinar á los toreros estaba de moda, de la misma manera que los confesores de estas nobles damas fuesen frailes franciscos.

De modo que no podían quejarse aquellas señoras: un valiente á quien proteger, y un santo de quien aconsejarse, y un noble marido, cuyo nombre ilustrar y aumentar su esplendor por medio de todas las virtudes.

Cuando llegó á la puerta del hospital Pepe-Hillo, encontró delante de ella una magnífica carroza con las portezuelas blasonadas; el cochero y los caballos estaban de gran librea.

—Ya sabía yo que ella estaría aquí,—dijo para sus adentros Pepe-Hillo.

Y apenas lo había dicho, cuando apareció en la puerta del hospital una dama rozagante, espléndidamente ataviada, ya de edad madura, pero pintada y retocada de tal manera y con tal arte, que representaba quince ó veinte años ménos de los que tenía.

Al ver á Pepe-Hillo se la encandilaron los ojos.

—¡Ah! ¿Eres tú, Pepe?—le dijo;—¿qué se te ocurre?

—Yo, señora,—dijo Pepe-Hillo, que se había quitado respetuosamente el sombrero,—tenía que hablar á vucencia de una cosa en que me van el alma y la vida.

—Pues mira,—dijo la duquesa,—ahora voy á casa; vete allá al oscurecer y entra por la puerta del jardín.

Estas palabras las dijo la duquesa en voz baja, y acompañándolas de una mirada de fuego.

Se conocía harto claro que estaba enamorada hasta el fanatismo, hasta la locura de Pepe-Hillo.

Este la besó la mano.

Luego entró ella en la carroza, que partió.

Pepe-Hillo permaneció algun tiempo inmóvil en la puerta del hospital.

Aparecía profundamente preocupado: estaba pálido y sombrío.

Echó andar lentamente: aún quedaba media hora de tarde; llegó á la posada donde habia dejado su jaca, montó en ella, y partió hácia la Cava Baja.

Dejó su jaca en la posada donde paraba José Romero; éste no habia vuelto aún.

Pepe-Hillo tomó hácia la Puerta de Moros: empezaba á anochecer cuando llegaba á ella; poco despues llamaba al postigo de un gran jardin.

El postigo se abrió inmediatamente, apareciendo una dama. Estaba completamente vestida de blanco, con un cendal azul y con diamantes y perlas en la cabeza.

Era la duquesa, la madrina de Pepe-Hillo en persona; sin duda no habia querido que nadie viese entrar al célebre diestro.

Le llevó á una gran sala que daba al jardin, y de ella pasaron á un gabinete alhajado con un lujo imponderable y perfumado de una manera demasiado fuerte; ningun ruido llegaba á aquel sitio; las ventanas estaban cerradas; las colgaduras caidas; dos grandes lámparas, con bombas blancas de porcelana trasparente, difundian una luz blanca que embellecia á la duquesa.

Cerró ella la puerta y fué á sentarse en un ancho divan ó canapé de damasco amarillo, que cogia casi todo un testero, adornado con cogines de seda de la China, ricamente bordados.

Aquello era un templo profano, y aun más que pro-

fano, si se quiere, pero siempre un templo, del cual era la divinidad la hermosa duquesa; hermosa, sí, porque ese primero y leve ajamiento que dan los años, en vez de perjudicar á la belleza, la dá cierto encanto, cierta dulzura que no deja de tener aficionados: el de las frutas maduras antes de estar pasadas.

—Conque vamos,—dijo la duquesa inclinándose indolentemente en el divan;—¿qué querias, Pepe? Me parece que estás triste.

—Sí, sí, señora,—dijo Pepe-Hillo,—estoy triste; más de lo que vucencia puede creer.

—¿Por qué? ¿por qué estás tú triste?—dijo con una impaciente viveza la dama;—¿qué te hace falta? No me hace gracia que estés tan triste delante de mí.

—De modo, que cuando un hombre sabe que está viendo por última vez á una persona á quien quiere con toda su alma....—dijo tímidamente Pepe-Hillo.

—¿Qué? ¿qué estás diciendo?—exclamó incorporándose violentamente la duquesa;—¿tendremos aquí una insolencia que nos haga arrepentirnos de haber sido demasiado bondadosos? ¿Sabes tú quién soy yo, y quién eres tú?

—Vucencia es mi querida madrina,—dijo acreciendo en tristeza Pepe-Hillo,—y yo soy un hombre que vá á morir.

—Yo no entiendo esto: esto es incomprendible,—dijo la duquesa:—ó esto es una locura, ó una impertinencia: ¿qué dices tú de morir? ¿A qué viene eso?

—Yo he soñado, señora, que me cogía un toro negro de Peñaranda de Bracamonte, y que me hacia pedazos.

—¡Cuánto valdrias tú,—dijo la duquesa,—si no fueras supersticioso!—y desmintiendo la intencion de sus palabras se estremeció; estaba pálida como una muerta, y miraba con ánsia á Pepe-Hillo.

—Será lo que vucencia quiera, señora: pero voy á torear mañana con miedo; y el que torea con miedo, á la fuerza es cogido.

—¿Hay mañana algun toro negro?—dijo con ansiedad la duquesa.

—Sí, señora; y de Peñaranda de Bracamonte.

—¿Y lo tienes tú que estoquear?

—Sí, señora; he mandado al tio Castueras, que hace el encierro y enchiquera, que lo enchiquere para mí.

—¿Y por qué?

—Por mi honra: aunque lo tengo, no ha de decir nadie que he tenido miedo, y mucho ménos un Romero; suceda lo que quiera, yo estoqueo al toro, y si muero, en paz.

—Pero yo no te entiendo,—dijo la duquesa.

Pepe-Hillo la refirió entonces lo que habian hab'ado él y José Romero en el arroyo Abroñigal.

—Pues el pobre Romero es un buen hombre,—dijo la duquesa,—y tu has sido demasiado soberbio.

—Haré mal, señora; pero no puedo ver á los Romanos: son muy *fachendosos*; creen que no hay en el mundo más toreros que ellos.

—Cosas que te se ponen en la cabeza. Yo he oido decir á Pedro Romero que tú eres un torero de encargo.

—Tambien dice que yo á ser cogido y él á matarme toros, nos hemos ido allá.

—La soberbia te pudre, Pepe.

—Pues bueno; así me ha hecho Dios.

—Pero todavía es tiempo; yo lo arreglaré,—dijo la duquesa.

—No, no y no,—dijo Pepe-Hillo;—si yo no estoqueo á ese toro, no vuelve vucencia á verme.

—Yo te juro que no lo estoquearás; y aunque no me vuelvas á ver, vivirás, á lo ménos.

Y la duquesa se levantó violentamente, y se dirigió á la puerta.

—¿A dónde vá vucencia, señora?—dijo Pepe-Hillo interponiéndose.

—¡Cómo!—dijo con altivez la duquesa;—¿no podré yo en mi casa entrar y salir?

Pepe-Hillo se sobrecogió: dejó el paso franco á la duquesa, y ésta salió cerrando la puerta.

La duquesa subió por una escalera de servicio á sus habitaciones, y llamó á una de sus doncellas.

—Que venga al momento don Francisco.

Poco despues se presentaba un hombrecillo, ya viejo, vestido pulcramente, á la duquesa.

Era el mayordomo.

—Frasquito,—le dijo la duquesa,—necesito que me busques al momento un brevaie ó una pócima que pueda poner mala á una persona, que la obligue á guardar cama por dos ó tres dias.

Parecia que la Virgen de la Paloma habia oido la súplica del buen José Romero y se valia de la duquesa para otorgársela.

Don Francisco volvió al cuarto de hora y entregó una cajita de plata á la duquesa.

—Todo lo que hay ahí, señora, en una copa de agua ó de vino,—la dijo.

—¿Y cuándo sobrevendrá la calentura?

—A las tres horas.

—¿Y durará mucho?

—Tres ó cuatro dias.

—Bien: véte.

La duquesa guardó la cajita y mandó á la doncella de su confianza, á su *factotum* femenino, sirviese una cena de fiambres y conservas en el gabinete del salon del jardin; la dió la cajita y la previno que cuando sir-

viere el vino á Pepe-Hillo, echase el contenido de ella en su copa, á lo que ella le ayudaria distrayéndole.

Volvió entonces la duquesa al gabinete.

Habia estado fuera cerca de media hora; Pepe-Hillo se impacientaba.

—He ido á mandar que nos sirvan de cenar, como otras veces,—dijo la duquesa;—Trinidad es de confianza; es necesario que bebas, que te alegres: todas esas cosas con que me has venido son cavilaciones tuyas.

Lo primero que se le ocurrió á Pepe-Hillo fué que la duquesa queria hacerle coger una borrachera tal, que no pudiera lamerse en tres dias, y evitar de este modo que toreade al siguiente.

Se propuso no embriagarse.

Sobrevino Trinidad: traia una gran cesta, que colocó sobre un velador.

La duquesa sirvió un pedazo de riquísima empanada de chochas-perdices á Pepe-Hillo: Trinidad habia llenado la copa; la duquesa llamó la atencion al torero, sacando un retrato del bolsillo y abriéndole.

—¿Qué te parece de este retrato mic en miniatura?—le dijo.—Lo ha hecho Goya; es una maravilla.

Pepe-Hillo se puso á examinar el retrato con interés.

En este tiempo Trinidad vertió en la copa de Pepe-Hillo el contenido de la cajita de plata.

Distraido Pepe-Hillo no lo notó.

Elogió mucho el retrato.

—Pues guárdalo,—dijo la duquesa.

—Muchas gracias,—dijo Pepe-Hillo:—si no muero mañana, yo le traeré á vucencia otro retrato mio, hecho por el mismo don Francisco. Somos muy amigos.

—Pues bebamos á la salud de nuestro comun amigo Goya,—dijo la duquesa.

Pepe-Hillo bebió confiadamente hasta apurar la copa.

Continuaron bebiendo y comiendo por espacio de media hora.

—¿Sabe vucencia que me duele la cabeza,—dijo Pepe-Hillo,—y que siento un no sé qué?... Vamos, que no estoy bueno.

—Pues mirá, vete, vete cuanto antes,—dijo la duquesa;—toma el aire libre. Eso te hará mucho bien.

—Perdone vucencia,—dijo Pepe-Hillo,—pero todavía no he dicho á vucencia para qué he venido, y es necesario que se lo diga.

—Pues bien, habla.

—Señora,—dijo con timidez Pepe-Hillo,—yo tengo una mujer jóven y tres niños.

Frunció el gesto la duquesa y guardó silencio.

—Señora,—continuó Pepe-Hillo,—lo que yo he ganado con el toreo no me ha lucido: entre curarme las cornadas y socorrer á otros toreros más pobres que yo y dar limosnas á los necesitados, allá se ha ido todo: si yo muero, mi mujer y mis hijos quedarán pobres.... y yo muero mañana: prométame vucencia que amparará á mi mujer y á mis hijos.

—Tú no morirás,—dijo la duquesa;—pero si tú mueres, á tu mujer y á tus hijos no les faltará nada.

—Dios se lo pague á vucencia, señora; y con que vucencia se acuerde de que la he querido bien y que la he adorado, iré contento al otro mundo. No tengo miedo, no; yo no conozco el miedo, pero me duele morir, por vucencia y por mi pobre familia.

—Anda, anda con Dios, Pepe,—dijo la duquesa,—que no tardarás mucho en cenar otra vez conmigo, y sin cuidado ninguno.

Pepe-Hillo se levantó y salió.

Atravesó el salon, se acercó al postigo, le abrió y le dejó encajado.

Luego se alejó triste y pensativo.

—No morirás,—dijo la duquesa,—porque no torearás mañana.

Y entró en sus habitaciones.

Entretanto, Pepe-Hillo atravesaba la plazuela de Puerta de Moros, en dirección á la Cava Baja de San Miguel. Al llegar á la posada donde paraba José Romero con su cuadrilla, y donde habia dejado su jaca, sentia ya un insoportable dolor en la cabeza y una terrible descomposición de cuerpo.

No podia atribuirlo á lo que habia bebido, porque habia sido muy poco.

Lo que sentia no tenia nada de embriaguez. Se tenia firme.

Le vieron los muchachos de Romero y acudieron á saludarle.

Romero bajó tambien, y oyéndole decir que estaba malo, le subió á su cuarto.

El malestar de Pepe Hillo crecía.

—Compañero,—dijo á José Romero,—envíe usted por una silla de manos; yo quisiera irme á mi posada.

Se envió por la silla de manos.

Juan Romero y todos los de su cuadrilla acompañaron á Pepe-Hillo.

Uno de ellos llevaba su jaca.

—¡Gracias á Dios!—dijo José Romero al entrar en la calle del Cármen, en la posada del mismo nombre, donde Pepe-Hillo paraba con su familia.—La Virgen de la Paloma me ha oído, le ha puesto malo, y no toreará mañana.

.....

---

## CAPITULO X.

En que se vé hasta donde llegaba la fuerza de voluntad de Pepe-Hillo.

### I.

Se llamaron médicos: éstos dijeron que la cosa no era de cuidado, que se trataba de una fiebre ligera, pero no tanto que Pepe-Hillo pudiese torear al dia siguiente, lo cual le sentó á Pepe-Hillo muy mal, porque se le ocurrió que se sabia, porque él lo habia dicho á todo el que se lo habia querido oir, que él habia soñado que le mataria un toro negro, y en otra ocasion habia soñado tambien que acabaria en las astas de una res de la ganadería de Peñaranda de Bracamonte; de donde el temor de Pepe-Hillo, de que se creyese que habiéndose de correr al dia siguiente toros negros y de Peñaranda de Bracamonte, él habia sentido la *basca*, y habia hecho por que le diese calentura, que hay medios para esto, y que por eso se habia metido en la cama, y habia dicho que no podia lamerse del calenturon que tenia encima.

Hay que conocer bien el corazón humano, y tener en cuenta lo que Pepe-Hillo era, para comprender lo quemado que estaba porque sentía que le pesaba más la cabeza que los pies, y que sobre éstos no podía tenerse.

Pepe-Hillo era duro, y estaba hecho de una manera tal, que en él el valor no tenía mérito, porque su valor consistía en que no conocía el miedo: y esto era lo que le había valido el prestigio que gozaba con el *pópulo*, completamente entregado á los valientes.

Ya hemos dicho que Pepe-Hillo despreciaba á los toros, y este desprecio se le conocía en la facilidad y en la seguridad y en el descuido con que se iba á ellos, estuvieran en el estado que estuvieran, fuesen claros ó turbios, inocentes ó tunantes, y hubieran sido más ó menos castigados.

Nada: los toros para Pepe-Hillo eran su vocación, su afición, sus vasallos, por más que estos vasallos le diesen con mucha frecuencia una paliza.

No importaba: él firme, y siempre firme, creciéndose en las cornadas, como hay toros pegajosos, de cabeza y de sentido que se crecen al palo, y cuanto más reciben más dan, mientras la plebe taurómaca grita desaforadamente y llena de entusiasmo: —¡Caballos! ¡caballos! ¡caballos!

El valor, y siempre el valor: que es valiente un toro, avisgado, de piernas; que cuando un chulillo asoma la pata á la barrera ya está encima; que vaquetea á los picadores y deja llena de mómias la plaza: ¡gran toro! y muchas veces llega á tal punto el entusiasmo que el público soberano grita: —¡Al corral! ¡al corral!

O con otra manifestación cualquiera indica claramente que perdona al toro, que le indulta, que le deja la vida para que se muera de viejo en la dehesa.

El público no sabe que un toro garrocheado y banderilleado es toro perdido; que sobrevienen la inflamación y la gangrena; en fin, que el toro, con toda su potencia, con toda su ferocidad, es uno de los más delicados animales.

Pero cuando se trata de un torero que con los toros de punta, de gran trapío, no conoce el miedo ni el peligro, que se le vé siempre en la cabeza del bicho, encunándose, embraguetándose, embrocándose y sin maldita la aprension, y respirando poder, y magnífico en la lidia, y centelleándole los ojos de entusiasmo, y buscando el mayor riesgo, y cogido hoy, y mañana, y más fuerte pasado mañana, y siempre, y aquí ha de ser, y hasta morir, el entusiasmo del *pópulo* llega hasta la admiracion, hasta la veneracion, hasta la idolatría. Y si á un torero de tal calibre se le antojase ser hombre político y revolucionario, arriba hasta el supremo poder en los hombros del pueblo español: rey, emperador, papa, lo que le diera la gana; porque sí, porque en España un valiente puede serlo todo.

Y esta es nuestra nacionalidad: nuestra adoracion por el valor; esta es la tierra del Cid, de Mudarra, de Barceló, de Francisco Esteban, de Pepe-Hillo, de Espartero y de Prim; en una palabra, de los valientes por todo lo alto, aunque se llamen José María, ó Juan Caballero, ó el sargento Marco Bomba.

Y no se nos tache de irreverentes porque hemos hecho una tal mezcla de condiciones, de posiciones y de maravillas y de glorias, que para el pueblo español la primera condicion de los hombres es el valor y la tremenda, y el no dejarse mojar la oreja, y el hablar gordo; y tanto dá un héroe como el Cid ó un *barbican* como José María; tanto un gran soldado como Espartero, como un atroz cual Martín Varea (ó léase Zur-

bano), ó un tirado adelante como Prim, que un tunante racimo de horca, con tal de que sea tan valiente como los otros; porque el valor, y no más que el valor, la temeridad y el aguante, y esto es todo; una cualidad en que se confanden para nuestros compatriotas que no han degenerado, que siguen siendo españoles, todas las castas y todas las condiciones; no importa lo que sea el hombre, ladrón ó santo, con tal de que sea valiente.

Y obsérvese que todos los ídolos del pueblo español han sido y son de origen popular, de la plebe, sea cualquiera la altura á que por sus merecimientos hayan llegado, al trono, al semi-trono ó la horca; porque no se sabe á punto fijo, á pesar de toda la tinta que se ha sudado, la procedencia del Cid: unos dicen que fué hijo de un molinero judío, otros que descendiente de Lain Calvo y Nuño Rasura; en fin, no hay quien se entienda: en cuanto á Mudarra, ella es una leyenda árabe; pero suenan como valientes: apócrifos ó verdaderos, ¿qué importa? ¿representan el valor español? Adelante; esto basta. El pueblo español se había visto representado en ellos como en los otros, y al adorarlos se ha adorado á sí mismo. No toqueis á los ídolos del pueblo español, porque podreis encontraros con una cogida.

¡Ah gran pueblo! ¡por eso eres tan libre! ¡por eso haces todo lo que quieres, ménos tener dinero! ¡por eso lo has dominado todo, todo, hasta á los tiranos! ¡por eso escarmentaste al del Dos de Mayo, le soterraste en Bailen, le humillaste en Zaragoza, le avergonzaste en Gerona, le escarmentaste en Medellin y en Talavera, y le hiciste confesar que se había engañado buscándote las cosquillas! ¡por eso te respeta el mundo entero y tiene asco á tus bayonetas, que son tus astas!

¡por tu afición á los toros, por tu adoración al valor, y por nuestro mal genio, que lo tenemos tal que no hay quien nos tosa!

## II.

Todo esto, si no lo sabía Pepe-Hillo porque no lo había estudiado, lo sentía. Valiente, de sangre negra, le pudría aquella calentura, que no le dejaba tenerse de pié; que lo había probado tirándose de la cama, y se le había ido la cabeza: nada, que no podía. A él todo se le volvía recordar cómo y por dónde le había venido aquella calentura. Él no había bebido, ni se le ocurría que la duquesa había podido darle un vino compuesto. Estaba, en fin, que se lo llevaban los diablos.

## III.

Lo que es su mujer, la buena María Conde, lo atribuía, así como el creyente José Romero, á un milagro de la Santísima Virgen de la Soledad, de la calle de la Paloma, y todo se les volvía rezar y más rezar para que durase el milagro, esto es, la calentura, y no tuviese que habérselas Pepe-Hillo con el negro de Peñaranda. El medio espada Juan Conde, que allí también se encontraba, se sentía también contentísimo, y el buen picador Juan Lopez, y el excelente banderillero Antonio de los Santos y el otro picador, el tío Manuel, estaban *buten* de satisfechos.

Sólo Pepe-Hillo rabiaba.

## IV.

A las doce de la noche, María Conde los despidió á todos para que fuesen á descansar y estuviesen listos

para la brega del día siguiente, que debía ser grande, tratándose de diez y ocho reses corridas ya, y por consecuencia avispadas y picardeadas.

Pepe-Hillo se había amodorrado, y nadie hacía falta.

## V.

Pepe-Hillo pasó la noche adormilado. Amaneció Dios, y se presentaron en la posada, ya vestidos y á punto para entrar en lidia, los picadores y los chulillos de la cuadrilla de Pepe-Hillo. Este había despertado, y con gran miedo de María Conde, parecía más despabilado.

Pidió su traje de torear y se echó fuera de la cama: en pocos minutos había que ir á la Plaza: la media corrida de la mañana empezaba á las ocho: ántes era preciso oír misa y disponerse, que era la buena costumbre de entonces. La capilla de la Virgen estaba esperando.

Pero no fué necesario sacar el rico traje ni preparar los trastos. Apenas puso los piés en el suelo Pepe-Hillo, á pesar de toda su voluntad, de su valor, se cayó, le recargó un vértigo. Tuvieron que ponerle de nuevo en la cama y llamar á los médicos. Estos certificaron, despues de haber reconocido al enfermo, y para satisfacción de la Junta de los reales hospitales General y de la Pasion, que el matador José Delgado (a) *Hillo* estaba imposibilitado de torear y estoquear aquel día, por enfermedad, consistente en esto y en lo otro, y así lo certificaron y juraron; con lo cual el medio espada Juan Conde se llevó á la plaza la cuadrilla de Pepe-Hillo, dejando muy consolada, y casi feliz, á su hermana María Conde. Para ella, el peligro había pasado: tenía marido.

## VI.

Súpole al público á cuerno quemado el anuncio que se hizo al pregonarse el cartel, de que el famoso diestro Pepe-Hillo no estoquearia aquel dia, á causa de enfermedad, y á nadie se le ocurrió lo que témia el celebrado matador; es decir, que él escurriese el bulto de miedo.

Tenia bien acreditado su valor, y hasta tal punto, que no lo hubiera pasado bien el que se hubiese atrevido á decir que Pepe-Hillo se habia puesto malo de miedo; pero todos se habian disgustado. Se habia agurado la corrida, particularmente para los partidarios de Pepe-Hillo. De éstos, solamente habia una persona contenta, y tal vez la más partidaria del matador, la duquesa de..... que, hermosa como un ángel y vestida de maja, con un lujo asiático, estaba en su balcon resplandeciente de alegría. Su Pepe-Hillo se salvaba; por lo ménos no se ponía en peligro. ¡Y esto se le debia á ella, ó ella se lo debia á sí misma! ¡Qué grande debia ser su primera entrevista con él!

## VII.

Bien mirado no hizo maldita de Dios la falta Pepe-Hillo para el lucimiento de la fiesta en aquella mañana. A las doce salía de la plaza la gente muy satisfecha.

La plaza habia estado magníficamente dirigida por José Romero, que habia dejado secos de cuatro estocadas por en mitad de los rubios á cuatro bichos, po-

niéndolos antes brevemente á la muerte, con mucho desparpajo, con mucho aquel, de dos capotazos y como con la mano.

Juan Conde habia cumplido con su deber. Los picadores habian deteniço y aguantado y castigado, que no habia nada que pedir. Los banderilleros y los chulillos habian puesto sus pares y habian corrido como ángeles los bichos.

¡Gran media corrida! Para la otra media de por la tarde se esperaban maravillas. Pero no habia salido á plaza el negro de Peñaranda que Pepe-Hillo habia mandado al tío Castueras enchiquerase para él: era el sétimo de por la tarde: José Romero estaba inquieto. La nube de mal humor y de tristeza, que desde el dia anterior cubria su semblante, aún no se habia desvanecido. Sin embargo, dijo á María Conde que el toro que daba asco á Pepe-Hillo lo habia él despachado.

#### VIII.

Llegó la hora de que los toreros volvieran á la plaza, y Pepe-Hillo probó de nuevo á levantarse: no pudo tenerse de pié, pero se defendia más que por la mañana. Al fin los toreros se fueron y María Conde se tranquilizó de todo punto.

Avanzaba la tarde. De improviso Pepe-Hillo se lanzó de la cama y gritó:

—¡Mis vestidos, mis trastos! ¡que pongan el calesin! ¡yo voy! ¡yo voy, aunque sea muerto! ¡yo no quiero que digan que me he hecho el tumbon de miedo!... ¡El toro negro! ¡el toro negro!

Pepe-Hillo deliraba, pero se tenia de pié. Le ardian los ojos. Estaba terrible.

Habia tenido lugar un fenómeno nervioso: la fuerza de voluntad se habia sobrepuesto á la fiebre. La dominaba. Y sin embargo, la fiebre existia.

María Conde se abrazó llorando á su marido, se arrojó á sus piés, hizo cuanto pudo para disuadirlo. Todo en vano. La voluntad de hierro de Pepe-Hillo se sobreponia á todo.

—Pues bien, yo tambien voy, dijo María Conde: ¡yo tambien voy!

Y luego añadió para sí:

—¡La Virgen Santísima tendrá lástima de mí! ¡no querrá que yo lo vea morir!

Y mientras Pepe-Hillo se vestia con impaciencia temiendo llegar tarde, ella se vestia tambien y se ponía sus mejores galas. Era necesario que Pepe-Hillo no conociese que ella tenia miedo, y sonreía y se manifestaba al fin tranquila, aunque tenia la muerte en el alma.

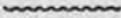
Nunca iba María Conde á las corridas en que estoqueaba su marido: si era en Madrid, se iba á rezar con toda su alma á la capilla de Nuestra Señora en la Soledad; si en Sevilla, al oratorio de Nuestra Señora de los Remedios. Todas las mujeres de los matadores hacian lo mismo, salvas excepciones. Ya hemos dicho que algunas iban con su torero en el calesin; pero eran las menos. Las que creian que no habia toro que pudiese coger á su marido. Entre ellas la de José Romero.

## IX.

Pepe-Hillo tenia calesin propio, y muy lindo, muy abigarrado, muy reluciente, y para llevarle un jaco muy grande y muy buen mozo, que tirados á la calle valia cien doblones.

---

El doble valia por lo menos lo que llevaba encima María Conde cuando montó en el calesin con su marido, y toda una eternidad de sufrimiento, el terror que llevaba en el alma.



---

## CAPITULO XI.

**En que parece que se cumplió aquello de que «lo que ha de ser está escrito.»**

### I.

Era ya media tarde, cuando saliendo de la calle del Cármen al gran trote, se lanzó en la Puerta del Sol, con dirección á la calle de Alcalá, el bonito y elegante calesin que llevaba á Pepe-Hillo y á su mujer.

Los días de toros se conocian en Madrid: las calles estaban casi desiertas.

A más de la multitud que contenia la plaza, habia otra multitud no menor para ver los arrastrados; es decir, los toros muertos que las mulillas sacaban del circo, para conducirlos á la carnicería de la plaza. Mucha gente acudia tambien por carne.

El calesin de Pepe-Hillo no encontró un solo carruaje. Las gentes se paraban con extrañeza al verlos pasar. ¿Por qué iba á aquella hora Pepe-Hillo, vestido como para la lidia, y acompañado de su mujer, cuando ya debia estar muy vencida la corrida?

Esto era verdaderamente extraño.

## II.

Dentro de la plaza José Romero empezaba á mostrarse tranquilo: Juan Conde acababa de despachar el sexto bicho, de dos muy bajas y de un volapié muy señalado.

La plaza se hundia á aplausos en honor de Juan Conde, cuyo volapié habia sido magnífico.

Arrastraron las mulillas el sexto toro y sonaron el timbal y el trompetin para la salida del sétimo, cabalmente el que habia mandado Pepe-Hillo enchiquerar para él.

## III.

Se lanzó el bicho á la arena: se fué á Juan Lopez, que le esperaba en los tableros á la izquierda, le miró, escarbó, mugió, arrancó, se cernió sin rematar y escapó, yendo á dar en el tío Manuel, del que se quitó cabeceando una vara y se largó á los medios.

Aún no habia pasado un minuto desde su salida y ya estaba aplomado; pero no huido. Dejábase ver claro que sabia donde estaba y que se ponía en defensa. ¿Qué importaban los capotes? No hacia caso de ellos; pero se le veía intencionado, arrancando y con muchos piés cuando creía que podia coger el bulto, colándose á los picadores, haciendo, en fin, todo lo que puede hacer un toro de sentido amaestrado en la lidia.

José Romero no quitaba ojo del toro, y dirigia los chulillos con una inteligencia suprema. El bicho no tomó mas que tres ó cuatro varas huyéndose siempre de los caballos y haciendo creer á los inteligentes que era cobarde, cuando no hacia otra cosa que defenderse.

Tocaron al fin á banderillar. Antonio de los Santos le puso un par al cuarteo, con gran maestría, porque esta suerte de banderillas no puede ni debe hacerse sino con toros boyantes y sencillos, y después Manuel Jaramillo y Joaquin Diaz le colgaron tambien con mucha inteligencia y peligro tres pares á la media vuelta. El bicho cortaba con mucha agilidad el terreno al diestro en el arranque, y para evitar el embroque se veian negros los muchachos. Al fin el toro se fué á suquerencia del toril, se aplomó definitivamente, se armó y fué ya de todo punto imposible ponerle más pares.

Iban á tocar á muerte los instrumentos, cuando se sintió un gran alarido en la puerta del arrastradero. Era de la gente de afuera. Se abrió la puerta y apareció Pepe-Hillo.

José Romero se inmutó y salió al encuentro.

—Aquí estoy yo, dijo Pepe-Hillo.—Vengo á mi vez; vengo á mi toro.

—Pues bueno,—dijo despechado José Romero;—veremos si eso puede ser.

Pero podia ser, porque el público aclamaba.

Hay muchas versiones acerca de estos sucesos. Hay quien dice (esto está consignado en cartas de aquel tiempo) que Pepe-Hillo no toreó por la mañana por estar enfermo, y no falta quien afirma que toreó y sufrió un varetazo, que le impidió presentarse por la tarde, y que llegó á la plaza estando ya empezada la corrida de la tarde; pero en datos de que no podemos dudar, consta que llegó cuando se acababa de banderillar el sétimo toro.

Aun siguiendo los otros datos que afirman que llegó al principio de la corrida, no debió torear aquella tarde, porque se habia anunciado que no se presentaría á causa de enfermedad, porque el corregidor no

debió consentirlo, á lo ménos sin un prévio reconocimiento facultativo, porque, en fin, no se contaba ya con él: era por lo menos una situacion de consulta; pero nada se consultó, ya fuese que Pepe-Hillo llegase despues de empezada la corrida, ya á la hora misma de matar el sétimo toro: el público voceaba pidiendo que Pepe-Hillo matase al toro, y la voz del pueblo es la *voz de Dios*: un señor tan cristiano como el corregidor no podia tener para la voz de Dios oídos sordos. Pepe-Hillo tomó los trastos y se fué al toro.

A su izquierda, y á una distancia regular, con arreglo á las prescripciones del arte, le siguió José Romero con su capote recogido: á la derecha, y atentos á José Romero, se veia á Juan Conde y á Joaquín Diaz, tambien recogidos los capotillos. Entre las puertas del toril y del arrastradero se veia al picador Juan Lopez apoyado en la vara, recogido el caballo y atento. Los otros muchachos aparecian en semicírculo hácia los medios y no quitaban ojo de José Romero. Comprendian lo que sucedia; temian lo que podria suceder, y todos estaban en órden de combate, ó mejor dicho, de salvamento.

#### IV.

No se notaba debilidad ni vacilación alguna en Pepe-Hillo. Aparecia como siempre desembarazado y sereno. Sólo aparecia densamente pálido y con un extraordinario brillo en los ojos. Tenia miedo, pero le dominaba, que es lo supremo del valor. El bicho estaba entablado.

—Hay que sacarle de ahí, compañero,—dijo José Romero.

—¡Todo el mundo fuera!—gritó Pepe-Hillo.

Y se fué al toro desplegando la muleta: le dió tres pases al natural y otro de pecho, con el cual se salió de los tableros, contra los cuales le habia encerrado la ligereza con que se habia revuelto el toro. Despues de este quiebro quedó el bicho á la derecha del toril, á poca distancia de él y con la cabeza terciada á los tableros.

Pepe-Hillo se acercó, tanteó al bicho, le citó, se detuvo sesgándose más de lo conveniente, se arrojó á toro parado, dió una mala estocada atravesada y arrancando..... pero en este momento el toro le enganchó con el piton derecho por el calzon izquierdo y le arrojó en una violenta cabezada por encima de la espaldilla.

Pepe-Hillo quedó tendido boca arriba á la cola del toro, delante del toril, y ya que el golpe le hubiese quitado el conocimiento, ya que comprendiese que debia permanecer inmóvil, no se movió.

Dos gritos horribles de mujer sonaron entre el profundo silencio de la plaza en el momento de la cogida. El uno habia salido del tendido sobre la puerta del arastradero. El otro de un balcon situado junto á la presidencia. Aquellas dos mujeres eran María Conde y la duquesa de..... sus gritos precedieron un solo instante al grito unánime, horrible, atronador que produjo la multitud.

Fué aquel un momento supremo, una situacion indescribible: todos comprendian que aquella era una cogida de muerte, y todo el mundo queria á Pepe-Hillo. Era el ídolo.

José Romero, con peligro de su vida, se fué al toro y metió el capote: pero el bicho se iba al bulto. En vano metieron sus capotes tambien Juan Conde y Joaquin Diaz. El bicho se revolvió como un rayo, recargó sobre el desventurado Pepe-Hillo, le metió el cuerno

izquierdo en el estómago, le levantó y le campaneó de una manera horrible. En este momento espantoso dió Pepe-Hillo su última muestra de valor: se le vió agarrarse al cuerno, hacer esfuerzos sobrehumanos para desengancharse. Este insoportable espectáculo duró algunos segundos. Sus compañeros capoteaban al toro hasta tocarle; al fin soltó á Pepe-Hillo; iba á recargar de nuevo sobre él, cuando el bravo Juan Lopez llegó á caballo levantado y echó fuera, por medio de un terrible garrochazo, al toro. Es la única vez que se ha visto venir al quite ó salvamento un picador. Los muchachos lograron al fin apartar el toro del desventurado que agonizaba y hacer que fuera posible llevarle á la enfermería.

Cuando estuvo fuera de la plaza Pepe-Hillo, al tiempo que todo el mundo se salía horrorizado, tomó los avíos Romero, y se fué al toro. Muy pocos le vieron; en algunos segundos la plaza había quedado desierta: podia decirse que sólo quedaban la presidencia, los toreros y los demás auxiliares y operarios. Para Romero no era esta cuestion de lucirse; era cuestion de vengar á Pepe-Hillo. Se fué al toro con saña, pero con calma: le dió dos pases al natural y le soltó una estocada por todo lo alto; como no cayese, le dió un cambio en la cabeza, y le remató de una buena por todo lo alto; tiró los trastos y se fué á la enfermería. No habia á quien saludar: la plaza estaba completamente desierta. Faltaban tres toros que lidiar; eso no importaba: todo habia concluido por aquel dia; el público que habia presenciado el terrible acontecimiento, llevaba la consternacion á todo Madrid.

José Romero encontró ya sin conocimiento, espirante á Pepe-Hillo, que poco despues acabó. Se habia quedado en la cura. La cornada era horrible: le habia des-

hecho el estómago, los pulmones y le habia fracturado diez costillas.

Todos sus compañeros y muchas de las más notables personas de Madrid le rodeaban ansiosas y no pudo reconocer á ninguno; ni aún á su pobre mujer, que agonizaba de dolor. Cuando espiró Pepe-Hillo, la pobre María Conde perdió el conocimiento, y fué necesario llevarla en una silla de manos á su casa, ó más bien, á la posada del Cármen.



---

## CAPITULO XII.

### **En que termina la trágica historia de Pepe-Hillo con un entierro en San Ginés.**

La muerte de Pepe-Hillo fué un acontecimiento terrible para el pueblo de Madrid. Produjo un efecto solemne. Puede decirse que todos los semblantes se pusieron de luto.

Pepe-Hillo era una celebridad, un ídolo del pueblo, un afecto para altos y bajos. Y no era sólo en Madrid donde se le estimaba por todo lo alto, sino tambien en Sevilla, que se enorgullecía de ser su madre, en otras poblaciones donde habia toreado, y donde no, por la fama de su nombre.

Si ha habido una celebridad popular ha sido él, y aún dura. ¿Quién que haya nacido en la hidalga tierra de España, no conoce el nombre de Pepe-Hillo? Puede darse por seguro que hay millares de españoles á cuyas aldeas, á cuyas breñas no llegó, ni llega, ni llegará el nombre de Cervantes. Pero el de Pepe-Hillo le conocen en nuestro suelo hasta los reptiles que habitan á mil

metros bajo él, y los peces que nadan en las mayores profundidades de sus aguas, y las águilas que anidan en lo más alto de sus rocas. El mismo sol, cuando vierte sus rayos estivales sobre los hispanos redondos durante las corridas, mira con hastío á los lidiadores: se acuerda de Pepe-Hillo, y guiña y se siente una ligera oscilacion en la luz. *Il était, donc, le dernier mot du courage*, como diria un francés: esto es, la última, la más grande expresion del valor. Y ya lo hemos dicho, tratándose de la valentía para los españoles... ¡qué, hombre! ¡ni el abismo! No hay palabras. Y esta era la gran celebridad de Pepe-Hillo, y esta lo es y esta lo será: el valor, el valor y el valor. Si los madrileños hubieran dado en ello, y se hubieran impuesto á Manolito, Manolito, consuelo de SS. MM., hubiera sabido imponerse al Papa y á la Santa Congregacion, que debe haberla de Canonizaciones (no estamos fuertes en esto) y tendríamos á San Pepe-Hillo, y le hubieran puesto en lugar de Santa Mónica, con beneplácito ó no de San Isidro, frente á él, en el puente de Toledo, lo cual no hubiera sido del todo impropio, porque San Isidro es hasta cierto punto un santo de cuernos, por lo de los bueyes. Y ahora se nos ocurre que San Isidro debió torrear, porque no hay ni se concibe un gañan boyero que no tenga necesidad de ser algo torero; y no de los comunes, porque hay que tener en cuenta que los bueyes embisten y cabecean con los ojos abiertos como las vacas, de donde se deduce, por lo de las vacas, que las mujeres se vayan siempre, aun las más inocentes, al bulto del hombre; y de aquí resulta que *cógeme esa vaca por el rabo*, y cuenta con la coz.

Y que no se diga que exageramos cuando decimos que Pepe-Hillo, á causa de los madrileños, no figura en el martirologio romano, porque ahí tenemos otro va-

liente de veras, Espartero; y sabido es que los aragoneses le hicieron, por valiente y porque sí, doctor *in omnia* de todas las universidades de España, sin constarles (esto les importaba muy poco) si sabia leer y escribir, y las Academias, inclusa la Real de la Lengua española, le hicieron académico. Conque entre hacer á un hombre sabio de todas las ciencias por sufragio universal ó hacerle santo, allá se vá.

En todo caso, esto prueba lo ciego del entusiasmo por la valía del héroe laureado ó glorificado. Los franceses tienen en su almanaque á San Cárlo Magno, y los alemanes á San Cárlos Quinto, y no tenemos noticias de que los haya canonizado nadie. Por lo que se ve que el valor es la virtud que más se estima por los hombres, ya sean españoles, franceses, alemanes, rusos ú hotentotes.

Pero descartando aquel valor ingénito y hasta podremos decir que absurdo, por lo grande, de Pepe-Hillo, queda un buen torero, pero no de espantar, infinitamente inferior á Pedro Romero, y áun á Montes y al Chiclanero y á Cúchares, y comparable á alguno más moderno, á quien no queremos nombrar, no se crea él ó crean otros que le adulamos, que por aquí no se acostumbra eso, ni tenemos, gracias á Dios, tienda de esponjas. La prueba es que Pedro Romero sabia de cierto á lo que se ponía delante del toro; que los dos Curros y el Chiclanero eran doctores en Tauromaquia, y maestros de muleta, que no habia más que pedir, y que el buen Pepe-Hillo se iba al toro como Manuel Lavi, diciéndole:—Cacho de buen mozo, ¡ó tú ó yo!— Y sucedía lo que Dios queria.

No sabemos si en aquellos tiempos Manuel Lavi se hubiese hecho una reputacion enorme.

Dice muy sério el señor Curro Montes hablando de

Pepe-Hillo: «Mucho debía saber quien recibió tanta cornada.» Y nosotros decimos: «Indudablemente sabía demasiado á qué sabía el cuerno,» y añadimos: «Para saber esto sirve cualquiera: no tiene que hacer otra cosa que irse de buena fé al toro.» Apaga y vámonos, y Guillen fué torero.

Pero si se tiene en cuenta lo que valen como corazon los que, como Pepe-Hillo, una vez cogidos y mal heridos, vuelven á ponerse delante del bicho sin acordarse de lo que les pasó, y sin sentir ni siquiera *basca*, hay que quitarse para saludarles el cráneo, achicarse, reducirse á la menor expresion y exclamar: «todo lo que se diga de ellos es poco: ¡vivan los valientes! El pueblo español, bravo por excelencia, está en carácter levantándolos por encima de las nubes; inmortalizándolos. Pero en cuanto al arte, ya es otra cosa; hay que andarse más despacio. Donde están los Romeros y otros buenos diestros que han matado siguiendo la buena escuela del aplomo y de la inteligencia, no hay que sobreponer á nadie, aunque haya sido más valiente que el que se casa con viuda pobre, vieja, fea y con hijos.

¿Y para qué ocuparnos del juicio de Pepe-Hillo como torero? No tenemos de donde sacar noticias. De lo que de él se conoce, de su *Tauromaquia*, se deduce que conocia y practicaba todas las suertes conocidas en su tiempo, que perfeccionó algunas, que inventó otras; que tenia de los toros nociones muy generales, y á veces inexactas, puesto que le convenció de error en su *Tauromaquia* el señor Curro Montes: que más que gran toreo, era un gran matador con desgracia, y que lo que más que todo ha contribuido á su gran celebridad, ha sido lo horrible de la cogida á que sucumbió y el valor de que dió muestras en ella; valor inconcebible

en un hombre agonizante, valor que espanta. Pepe-Hillo luchó con la muerte hasta que no pudo más.

Tal vez fué tan gran torero como valiente matador; tal vez sus numerosas y casi siempre grandes cogidas, tuvieron por razon su soberbia y su impaciencia. El amor propio ciega. El público impaciente y poco entendido, que se echa encima de un torero y le aturde: la propia cólera, que se irrita con las tardanzas y las dificultades, que apresura la accion de una manera indebida... ¿quién sabe? Todo pudo ser. Pero su soberbia, su impaciencia, fueron en todo caso funestísimas para Pepe-Hillo, al paso que fueron siempre una garantía para Pedro Romero, y lo han sido para otros, la serenidad y el aplomo.

Conste, sobre todo, que admiramos la gran valía de Pepe-Hillo, y que su nombre nos es simpático. Que nos trasladamos con la fantasía y con el sentimiento á la hora y trance en que murió y nos lastimamos. Experimentamos algo que nos hace soñar que le hemos conocido y que hemos sido buenos amigos. Ahora bien, añadimos que Pepe-Hillo es para nosotros, y debe serlo para todos los que gustan de los toros, una de las más legítimas glorias del toreo.

Se le hizo un ostentoso entierro, al cual asistió todo Madrid, y se le sepultó en la bóveda de San Ginés, donde es posible reposen aún sus cenizas.

\*\*\*\*\*

---

### CAPITULO XIII.

**En que el autor da una corrida de poesía taurina en que hay de todo como en la viña del Señor.**

La muerte de Pepe-Hillo causó espanto, dolor, cuanto puede causar la muerte de un hombre estimado como él lo era.

Parecía que había caído una atonía sobre Madrid: no se hablaba de otra cosa: todos los semblantes estaban tristes: todos los ojos aparecían espantados: la plaza de toros causaba horror: á las corridas que siguieron á la en que pereció Pepe-Hillo, apenas asistió gente: se llegó á temer que con Pepe-Hillo hubiesen muerto las corridas de toros; pero en fin, no hay dolor, por agudo que sea, que no se calme, y la excitación que causó aquella desgracia se fué calmando.

Los mismos que en cartas y papeles impresos habían llegado á decir en su excitación, no que las corridas de toros fuesen bárbaras, sino que había en ellas abusos que rayaban en la barbarie, tales como el de

que se vendiesen por los ganaderos para la lidia toros ya corridos y picardeados, se fueron consolando y volvieron á los toros, aunque muchos picardeados por corridos continuaban vendiéndose por los ganaderos para echarlos á los redondeles: las musas que habian llorado la muerte de Pepe-Hillo y que parecian inconsolables, se quitaron el luto, y templaron de nuevo las bandurrias para cantar las nuevas hazañas de los adalides del toreo que quedaban aún de pié y ardiendo de valor y ansia de gloria sobre la roja arena de la lidia.

Y ya que de musas hablamos, permítasenos que copiemos composiciones que nos encontramos insertas, entre otras, en una antigua historia del toreo escrita por el Sr. Bedoya.

Hélas aquí: son ambas una muestra de la inspiracion del cuerno: tienen un olor y un color particulares: capotean y recortan. Allá van.

## SONETOS.

### I.

Se precipita al caudaloso rio  
El nadador jugando con las olas,  
Y del centro registra las más solas  
Alcobas de Neptuno sin desvío:

A donde la olla que el remanso oculta  
Le arrebató, le lleva y le sepulta  
En su muy arenoso centro frio:

A este modo *Pepchillo* jugueteaba  
Con los toros, burlando su braveza:  
A los unos rendia, y á otros daba  
La muerte con ardid y con destreza:  
Mas cuando menos su valor pensaba,  
Le sepultó de un toro la braveza.

Este soneto no tiene más que trece versos: el quinto, que es el que falta, debió llevarse un varetazo.

Si le llegan á soltar al celebérrimo Pinto este *soneto*, yo juro á Dios que no le aguanta, ni montado en el mismo jamelgo de Santiago, ni aún con una puya más larga que la moharra de la lanza del Cid, que dicen tenía tres varas: la tal poesía merece sin favor ninguno seis pares de las de fuego puestas por el Regatero á la media vuelta y en los mismísimos rubios.

Vuelvo por el soneto.

## II.

Hombre, tanto en la suerte desgraciado  
Cuanto animoso en la difícil suerte,  
¿Cuántas veces en brazos de la muerte  
Te vió el espectador por arrestado?

Lidiador, que á las fieras presentado  
Con arte y gracia, osabas atreverte,  
Despreciando el peligro de exponerte,  
Por agradar á tanto apasionado:

¿Qué mucho que tu muerte yo temiera  
Si para tí guardaba yo mi gloria?  
Escena tal, ¡oh, nunca yo la viera!

Mas no podré olvidar tu triste historia,  
Que aunque postró tu vida horrible fiera,  
Eterno vivirás en la memoria.

¡Oh literatura taurina! ¡académico era á la fuerza el  
que soltó al redondel un tal soneto. Hay que echarle  
al corral. ¿Al autor ó al soneto? A los dos.

Veamos el

## III.

Aquí yace, mortales, quien venciendo

Del feroz bruto la violenta saña  
Triunfó mil veces con destreza extraña,  
Vítoreos repetidos consiguiendo.

Murió por fin al golpe más tremendo  
Que en su cerco gentil miró la España,  
Y áun viéndole discurro que se engaña,  
Y que no escucha el popular estruendo:

Vosotros, lidiadores, que animados  
De aplausos necios, é intereses pocos,  
A igual riesgo correis precipitados,  
Dejad en el momento de ser locos,  
Conociendo en tan trágica experiencia  
Que no hay arte á frecuente contingencia.

De este soneto se puede decir lo de la gitanilla de  
*La flor de la canela* del malogrado Sanz Perez:

*Yo consivio lo que è,  
pero no lo pueo parì.*

Para entenderlo es necesario *ensèndé er faró*.  
A ver la composicion siguiente:

#### IV.

Aquel valiente toreador que el pueblo  
Aclamó justamente veces tantas,  
A cuyo brazo fuerte, é invencible,  
Despojos abortó Tajo y Jarama;  
Aquel, que á la cerviz más fulminante,  
De Jijon, Colmenar ó Guadarrama,  
Vió rendida á sus piés los que glorioso  
En raudales de púrpura asentaba,  
Yace al golpe fatal de armada testa;  
No el mieló lo causó, sí la desgracia;  
Que si del gran Romero la fortuna,  
PEPE-HILLO el animoso disfrutara;

Ni la fama de aquel fuera tan una,  
Ni éste en la sepultura se encontrara.

Este romancejo sí que tiene olor académico: un poquito ménos tumefacto, y ménos descuidado en alguna de sus partes, y se lo colgábamos á Moratin. ¿Y quién sabe? Moratin era muy torero: y lo eran tambien Isidoro Maiquez y Manuel García, el padre de la Malibrán García, dos grandes actores que hacian entonces quiebros á las musas Melpómene y Talía en el coliseo de los Caños del Peral.

Veamos para fin de corrida el siguiente bicho, que su autor llamó

EPITAFIO.

Pasajero, aquí yace sepultado  
Aquel famoso HILLO, aquel torero  
*Que en un pequeño barco deslastrado*  
*Con solos diez pasó el desaguadero* (1),  
Que habiendo sido siempre celebrado  
Tuvo el fin desgraciado paradero:  
Detén el paso: míralo postrado,  
No celebres su orgullo lisongero;  
Pues toda gloria vana desfallece  
Y el que busca el peligró en el perece.

El que escribió esta octava que nosotros hemos convertido en décima por un *lapsus*, debió ser romerista, porque en vez de compadecerse del pobre Pepe-Hillo, suelta á su memoria un puyazo; véase si nó con qué impiedad le llama temerario y orgulloso, y llama vana

---

(1) ¡Diablo! Nos hemos trastornado, nos hemos ido por la consonancia á la *Araucana* de Ercilla, en los versos de letra bastarda: pero no importa: quiere decir que la octava se convierte en décima, y adelante.

á su gloria, y le desjarreta por último, diciendo que *el que ama el peligro en él perece*; lo que es lo mismo que decir:

Tu lo quisiste,  
fraile mosten,  
tu lo quisiste,  
tu te lo ten.

Hay barbianes que queriendo dar un beso aciguatan un bocado y se quedan tan completos. En fin, cada cual acaricia como sabe: buen consuelo para aquel á quien una mula falsa arrime un par de coces.

¿No es verdad que no hemos tenido mal gusto dando á nuestros lectores esa corrida de composiciones taurinas? Nuestra poesía de fines del siglo XVIII se barbeaba, más aún, se embraguetaba con los toros, y aún se embrocaba por el gusto de los quiebros de lucimiento y se ceñía á los bichos como una señora.

¿No se estuvo lo menos tres meses concibiendo y nutriendo y sudando para darlas á luz Moratin, padre, aquellas laboriosas quintillas, que empiezan

Madrid, castillo famoso,

que al rey moro alivia el miedo,

dando lugar á que se crea que el Cid fué torero?... Bien es verdad que el autor de este libro, en su drama *Cid Rodrigo de Vivar*, presenta á aquel héroe estoqueando á un toro, y engañándole con su gaban, en los versos siguientes, puestos en boca del pastor Artal, que dirige la palabra al noble y viejo conde Diego Lainez, padre del Cid:

ARTAL. . . . . Estaba yo  
con sus toros á la siesta  
en la cañada allá abajo,  
cuando de repente suena  
grande estruendo de bocinas,

y salen por una senda  
 un jabalí como un cerro,  
 y la jauria que en pos lleva.  
 Con el ruido un negro toro  
 se asombra y el pasto deja,  
 y á la senda como un rayo  
 parte y en medio se muestra.  
 A este tiempo un caballero  
 cabalgando en una yegua  
 con gaban rojo en los hombros  
 llevando en la mano diestra  
 una azagaya moruna  
 y un bonete en la cabeza  
 dorado, como el que tiene  
 Nuestra Señora en la Iglesia,  
 al revolver el sendero  
 delante el toro se encuentra.

D. LAINEZ ¡El rey! ¡has salvado al rey!

ARTAL. Yo no supe que el rey era  
 hasta que despues..... mas sigo:  
 al ver ante si la bestia  
 lánzala el rey la azagaya,  
 mas con el miedo acierta. (1)

D. LAINEZ ¡Miedo el rey don Sancho dices,  
 villano!

ARTAL. Cuando la tierra  
 escarba un toro, y resopla,  
 y mira, y el ojo ceba  
 en un hombre, y al tal hombre  
 la sangre no se le huela,

---

(1) Esto se llama un marronazo; pero no importa: el rey don Sancho II era tambien torero, pero con *gindama*.

don Rodrigo de Vivar  
es aquel hombre por fuerza.

D. LAINEZ ¡Sigue! ¡sigue!

ARTAL

Cerró el toro, (1)

rodó con el rey la yegua,  
desciñome yo la honda,  
parte zumbando una piedra,  
y aunque en las astas alcanza  
al bruto, nada aprovecha. (2)  
Iba á tirar la segunda  
cuando miro con sorpresa,  
sin saber por donde vino,  
puesto entre el rey y la bestia,  
á don Rodrigo ¡Dios vive!  
señor, que no lo creyera  
á no haberlo visto: al brazo  
izquierdo el gaban rodea,  
al sol reluce su espada,  
con el toro bravo cierra  
y en la ancha cerviz le esconde  
de un golpe la espada entera (3);  
negra sangre vomitando (4)  
el toro á sus plantas rueda;  
alza don Rodrigo al rey,  
escapa, y por la maleza  
del cercano monte vase

(1) Como si dijéramos, arrancó, se coló.

(2) Buen vaquero, buen brazo y buen toro: ¿pegagossillo, eh?

(3) Esto se llama arrancando y por todo lo alto. Como del Cid.

(4) No vayan ustedes á decir golletazo, señores inteligentes: no señor, no: sangre de los pulmones; rec-ta, alta y hasta las uñas; como de quien la dió.

sin esperar á que vuelva  
del susto el rey, que asombrado  
el toro á sus pies contempla.

Pues sí, señor, sí, caballeros: yo tambien he echado mi cuarto á espadas en esto de la poesía taurina, y en una de mis obras á que tengo más cariño: y ¿cómo no habia de hacerlo, si soy español y tengo en el cuerpo el humor que hace que todos los españoles nos desvivamos por los toros? Así es que Moratin, padre, cumplió como yo con el deber que le imponia la sangre; entre los dos hemos hecho al Cid torero de á pié y de á caballo: completo, completísimo: y para que mis lectores no se queden con la gana de conocer las quintillas de Moratin, padre, en que se trata del Cid como torero, allá van. Además que un libro de toros, ó en que dancen toros, que no contuviera las tales quintillas, aparecería como incompleto, manco, renco ó tuerto ó desnarigado.

«Madrid, castillo famoso,  
Que al rey moro alivia el miedo,  
Arde en fiestas en su coso,  
Por ser el natal dichoso  
De Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,  
De la hermosa Zaida amante,  
Las ordena celebrar,  
Por si la puede ablandar  
El corazon de diamante.

Pasó vencido á sus ruegos  
Desde Aravaca á Madrid;  
Hubo pandorgas y fuegos,  
Con otros nocturnos juegos  
Que dispuso el adalid.

Aja de Getafe vino,  
Y Zahara la de Alcorecon,  
En cuyo obsequio muy fino,  
Corrió de un vuelo el camino  
El moraicel de Alcabon.

Jarifa de Almonacid,  
Que de la Alcarria en que habita,  
Llevó á asombrar á Madrid  
Su amante Audalla, adalid  
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa,  
Meco llegaron allí  
Dos, cada cual más hermosa,  
Y Fátima, la preciosa  
Hija de Alí el Alcadí.

Y en adargas y colores,  
En las cifras y libreas,  
Mostraron los amadores  
Y en pendones y preseas,  
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas  
de toda la cercanía,  
Y de lejos muchas de ellas,  
Las más apuestas doncellas  
Que España entonces tenia.

El ancho circo se llena,  
De multitud clamorosa,  
Que atiende á ver en su arena,  
La sangrienta lid dudosa,  
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó  
Sus dorados miradores  
Que el arte afiligranó,  
Y con espejos y flores

Y damascos adornó,  
Añafles y atabales,  
Con militar armonía,  
Hicieron salva y señales  
De mostrar su valentía  
Los moros más principales.

No en las vegas de Jarama  
Pacieron la verde grama  
Nunca animales tan fieros,  
Junto al puente que se llama,  
Por sus peces, de Viveros,

Como los que el vulgo vió  
Ser lidiados aquel día;  
Y en la fiesta que gozó  
La popular alegría  
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril,  
Y á Tarfe tiró por tierra,  
Y luego á Benalguacil;  
Despues con Hamete cierra,  
El temeron de Conil.

Traia un ancho liston  
Con uno y otro matiz,  
Hecho un lazo por airon  
Sobre la enhiesta cerviz  
Clavado con un arpon.

Todo galan pretendia  
Ofrecerle vencedor  
A la dama que servia;  
Por eso perdió Almanzor  
El potro que más queria.

El alcaide, muy zambrero,  
De Guadalajara, huyó  
Mal herido al golpe fiero;

Y desde un caballo overo  
El moro de Horche cayó.  
Todos miran á Aliatar,  
Que aunque tres toros ha muerto,  
No sé quiere aventurar,  
Porque en lance tan incierto  
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparia,  
Va á ponérsele delante:  
La fiéra le acometía,  
Y sin que el rejon le plante  
Le mató la yegua pía.

Otra montó acelerado:  
Le embiste el toro de un vuelo,  
Cogiéndole entablero;  
Rodó el bonete encarnado  
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando  
A los de á pié que encontrara,  
El circo desocupando,  
Y emplazándose se para  
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir,  
La plebe grita indignada,  
Las damas se quieren ir,  
Porque la fiesta empezada  
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,  
Y está en medio el toro fijo,  
Cuando un portero que llega  
De la puerta de la Vega,  
Hincó la rodilla y dijo:

—Sobre un caballo alazano,  
Cubierto de galas y oro,

Demanda licencia urbano,  
Para alancear un toro  
Un caballero cristiano.

Mucho le pesa á Aliatar,  
Pero Zaida dió respuesta  
Diciendo que puede entrar,  
Porque en tan solemne fiesta  
Nada se debe negar.

Suspense el concurso entero  
Entre dudas se embaraza,  
Cuando en un potro ligero  
Vieron entrar por la plaza  
Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,  
Belfo labio, juveniles  
Alientos, inquieto ardor,  
En el florido verdor  
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja,  
Por donde el almete sube:  
Cual mirarse tal vez deja,  
Del sol la ardiente madeja  
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,  
De una cristiana primores,  
Por los visos y celajes;  
En el yelmo los plumajes  
Vergel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza  
Con recamado pendon,  
Y una cifra á ver se alcanza  
Que es de desesperacion,  
O á lo ménos de venganza.

En el arzon de la silla

Ancho escudo reverbera,  
Con blasones de Castilla,  
Y el mote dice á la orilla:  
*Nunca mi espada venciera.*

Era el caballo galan,  
El bruto más generoso,  
De más gallardo ademan:  
Cabos negros y brioso,  
Muy tostado y alazan;  
Larga cola recogida  
En las piernas descarnadas,  
Cabeza pequeña, erguida,  
Las narices dilatadas,  
vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo  
que da Betis, con tal fruto  
Pudo fingir el deseo  
Más bella estampa de bruto  
ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta alrededor:  
Los ojos que le veían  
Lleva prendados de amor:  
«Alá te salve, decían;  
Déte el profeta favor.»

Causaba lástima y grima  
Su tierna edad floreciente:  
Todos quieren que se exima  
Del riesgo, y él solamente  
Ni se precia, ni se estima.

Las doncellas al pasar  
Hacen de ámbar y alcanfor  
Pebeteros exhalar,  
Vertiendo pomos de olor,  
De jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para  
Y de más cerca le mira  
La cristiana esclava Aldara,  
Con su señora se encara  
Y así le dice y suspira:

—Señora, sueños no son:  
Así los cielos vencidos  
De mi ruego y afliccion  
Acerquen á mis oidos  
Las campanas de Leon,

Como ese doncel que ufano  
Tanto asombro viene á dar  
A todo el pueblo africano,  
Es Rodrigo de Vivar,  
El soberbio castellano.

Sin descubrirle quién es,  
A Zaida, desde una almena,  
Le habló una noche cortés  
Por donde se abrió despues  
El cubo de la Almudena.

Y supo que fugitivo  
De la córte de Fernando  
El cristiano, apenas vivo,  
Está á Jimena adorando  
Y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca  
Con frecuentes correrías  
Y todo en torno le cerca,  
Observa sus saetías,  
Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido:  
Que en medio de aclamaciones  
El caballo ha detenido  
Delante de sus balcones,

Y la saluda rendido.

La mora se puso en pié,  
Y sus doncellas detrás;  
El alcaide que lo vé,  
Enfurecido además,  
Muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero  
Entre el vulgo de Madrid;  
No habrá mejor caballero,  
Dicen, en el mundo entero;  
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él,  
Torciendo las riendas de oro,  
Marcha al combate cruel,  
Alza el galope, y al toro  
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado  
Desde que le vió llegar,  
De tanta gala asombrado,  
Y alrededor le ha observado  
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó  
Despedida de la cuerda;  
De tal suerte le embistió;  
Detrás de la oreja izquierda  
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada,  
Segunda vez acomete  
De espuma y sudor bañada,  
Y segunda vez le mete  
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera  
Con heróico atrevimiento;  
El pueblo mudo y atento;

Se engalla el toro, y altera,  
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,  
Sobre la espalda la arroja  
Con el hueso retorcido;  
El suelo huele y le moja  
Con ardiente resoplido.

La cola inquieta menea,  
La oreja diestra mosquea,  
Vase retirando atrás.  
Para que la fuerza sea  
Mayor y el impetu más.

El que en esta ocasion viera  
De Zaida el rostro alterado,  
Claramente conociera  
Cuánto le cuesta cuidado  
El que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay! que le embiste horrendo  
El animal espantoso.  
Jamás peñasco tremendo  
Del Cáucaso cavernoso  
Se desgaja estrago haciendo,

Ni llama así fulminante  
Cruza en negra oscuridad  
Con relámpagos delante,  
Al estrépito tronante  
De sonora tempestad;

Como el bruto se abalanza  
En terrible ligereza,  
Mas rota con gran pujanza  
La alta nuca, la fiereza  
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería  
Que en tal instante se oyó,

Fué tanta, que parecía  
Que honda mina reventó,  
O el monte y valle se hundia  
A caballo como estaba  
Rodrigo el lazo alcanzó  
Con que el toro se adornaba:  
En la lanza le clavó  
Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos  
Le alarga á Zaida, diciendo:  
—Sultana, aunque bien entiendo  
Ser favores excesivos,  
Mi corto don admitiendo,

Si no os dignáredes ser  
Con él benigna, advertid  
Que á mi me basta saber  
Que no le debo ofrecer  
A otra persona en Madrid.

Ella, el rostro placentero,  
Dijo, y turbada:—Señor,  
Yo le admito y le venero,  
Por conservar el favor  
De tan gentil caballero.—

Y besando el rico don  
Para agradar al doneel,  
Le prende con aficion  
Al lado del corazón  
Por brinquiño y por joyei.

Pero Aliatar el caudillo  
De envidia ardiendo se vé,  
Y trémulo y amarillo  
Sobre el tremendo rosillo  
Lozaneando se fué.

Y en ronca voz,—castellano,

Le dice: con más decoro  
Suelo yo dar de mi mano,  
Si no penachos de toro,  
Las cabezas del cristiano.

Y si vinieres de guerra  
Cual vienes de fiesta y gala,  
Vieras que en toda la tierra  
Al valor que dentro encierra  
Madrid, ninguno se iguala.

Así,—dijo el de Vivar,  
Respondo:—Y la lanza al ristre  
Pone, y espera á Aliatar:  
Mas sin que nadie administre  
Orden, tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos  
Su muerte ó prision pedia,  
Cuando se oyó en los distritos  
Del monte de Leganitos  
Del Cid la trompetería.

Entre la Moncloa y Soto  
Tercio escogido emboscó,  
Que viendo cómo tardó  
Se acerca, oyó el alboroto,  
Y al muro se abalanzó,

Y si no vieran salir  
Por la puerta á su señor,  
Y Zaida á le despedir,  
Iban la fuerza á embestir,  
Tal era ya su furor.

El alcaide recelando  
Que en Madrid tenga partido,  
Se templó disimulando;  
Y por el parque florido  
Salió con él razonando.

---

Y es fama que á la bajada  
Juró por la Cruz el Cid  
De su vencedora espada,  
De no quitar la celada  
Hasta que gane á Madrid.

Pues bien; con todo esto, los que crean, porque Moratin lo dijo, y porque lo he dicho yo, que el Cid fué torero, no están en lo cierto. No conocemos ninguna crónica que diga que el Cid estoqueó ni alanceó toros; pero esperen ustedes; si no hay datos de que el Cid combatiera con toros, los hay cumplidísimos de que á centenares alanceó moros; y de toros á moros una letra. Además, que debió alancear muchos moros casados y con siete mujeres. ¡Para que se escapara el *chavó!* Decididamente sí; el Cid fué torero.

Y con esto baste de este capítulo y vamos á otro, y á cojer un torero de aquel tiempo del que ningun cronista de toros ha hablado, y que si no es una gloria del toreo, es por otro estilo una gloria nacional de las más altas. Nos referimos al gran Goya.

~~~~~

#### CAPITULO XIV.

#### Goya torero.

—¿Qué me cuentasté, señor esplicaor? ¿me podría decir si un *mozo gueno*, er señor Goya, er que pintó los fusilamientos del 2 de Mayo de 1808, toreó? ¡Vaya, hombre!

—¡Pues sí, señor! ¡vaya, hombre! toreó: ¿y qué? toreó maridos, toreó frailes, capoteó brujas, las tomó y las dió por lo alto y por lo bajo, y se embraguetó con más de un cornúpeto, á la manera del gran Pedro Romero; cuando yo me lo digo, yo me lo sé; y no hay que dementirme á mí, que tengo mal genio y he andado cuando muchacho en el matadero sin ser matachin, por pura aficion; y si no he sido torero es porque desde que nací soy burriciego ó miope, como usted quiera; y ya ve usted, me faltaba la facultad principal, la vista, tan necesaria para ver los *clisos* al toro y conocer la intencion; que el toro no está sólo en las orejas y en la cola y en el escarceo y en el morro para conocerle los intentos: donde más está el toro para el diestro es



D. Francisco Goya.



en los ojos: que algunas veces miran los animalitos que hablan como si fueran personas de entendimiento, y hay diestro que, por experimentado, por sabio y por tunante que sea, en viendo que un toro le guiña de una cierta manera, tira los trastos y sale de piés; y si no lo hace, es un torpe y se le cuela el bichito y le da una que lo pone azul; y hay ciertos lances en que mejor es que le toquen á un hombre el cencerro que no la campana de la parroquia; y á más que por ser prudente y tomar la polvorosa á tiempo, no se ha deshonrado todavía nadie.

Pues volviendo al cuento, si yo digo que Goya fué torero es porque lo sé, y con quién toreó, y por qué se echó al toreo, que fué por una mujer, por la Cariblanca, honor de la calle de Galatrava, y del barrio de Toledo, y áun de Madrid, y áun de toda España, y áun del mundo entero, donde quiera que hubiera una niña que dijera:—¡Alce osté el párpado!

Y empecemos y dejémonos de más circunloquios.

## I.

Revolviendo papeles de aquella época en busca de datos para ocuparnos con acierto de Pepe-Hillo, nos hemos encontrado con una cosa que ignorábamos. Esto es, con que el famoso pintor de cámara de Carlos IV fué torero.

Digamos ahora, para los que no lo sepan, quién era Goya.

Pues era hijo de un honrado destripaterrones aragonés, que habitaba un cortijillo comprendido en la jurisdicción de Fuentodos, pueblecillo perteneciente entonces al corregimiento de la muy perinclita, invicta y gloriosa y nunca bien como se debe ponderada y exaltada ciudad de Zaragoza.

- En el susodicho cortijo nació en 30 de Marzo de 1746, no sabemos á qué hora ni á qué minuto, que bien quiéramos saberlo, de la honrada señora María de Gracia Lucientes, esposa del honrado labrador José de Goya, una criatura del sexo masculino, que vino al mundo para ilustrar de una manera inmortal á su humilde familia.

Un buen aragonés, otro labrador amigo de los padres, Francisco de Grasa, cogió al mamon en sus brazos, se lo llevó al pueblo y allí le echaron el agua del bautismo y le pusieron por nombre Francisco, del nombre de su padrino.

El cura que le bautizó se llamaba don Félix, y sentimos no saber el nombre de la comadre que ayudó á la madre á dar á luz al *Mónstruo de la pintura*, como hoy se llama á don Francisco Goya y Lucientes.

Toda minuciosidad es poca cuando se trata de la historia de los grandes hombres.

Se crió Goya fuerte y despelotado, aspirando el puro ambiente de las riberas del Ebro, teniendo por espíritu la franqueza y la buena fé aragonesa, oyendo en la leyenda de la patria, una leyenda de gloria, en los cantares y en las tradiciones, y aspirando la fé religiosa en la idolatría que los aragoneses tienen por la *Pilarica*, es decir, por Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, la Madre de Aragon y de España.

Siendo Goya aragonés, no hay que preguntar si era valiente: en Aragon el valor es ingénito, lo produce la tierra, y un cobarde es una excepcion: todos eran, son y serán como los tremendos almogavares de don Jaime el Conquistador: Aragon es la tierra de los grandes melocotones y de los hombres que con la razon y la buena fé en el corazon ni temen ni deben, y que en diciendo que dicen que han de meter la cabeza por una

muralla, contra la muralla se van de cabeza, sin pararse á considerar que se pueden romper la crisma. Yo saludo respetuosamente, con admiracion y con toda mi ardiente simpatía, al noble y bravo pueblo aragonés, de cuya sangre tengo yo por derecho de abolengo alguna parte y no pequeña.

—Pues como íbamos diciendo, nuestro Goya se crió muy bien, sin otra educacion que la cristiana que le dieron sus padres, y la de primeras letras que le enseñó el dómíne del pueblo. Pero era de despierto ingenio, cáustico, y libre en la palabra, y arrojado y tirado para adelante, de tal manera que si tenia una rebujina con otros muchachos, el primer trompis era el suyo y suyo el último, hasta el punto de que rara vez estaba sin chichon, cardenal ó descalabradura.

Tenia dos aficiones, ó por mejor decir, tres marcadísimas: el toreo, el manejo de las armas y el dibujo.

Desde muchacho provocaba á topar á los chivos y á los carneros; más tarde se metió con los bueyes, las vacas y los novillos; incitaba á su padre y á su padrino á que le diesen lecciones de espada prieta (que entonces todo el mundo en España sabia menear la espada), y los gañanes y gente del comun que de espada no entendian le daban lecciones de palo y de cuchillo, en lo que eran muy diestros: á todo esto Goya tenia llenas las paredes de su casa de dibujos hechos con carbon, que daban una grande idea de su aficion al arte, que sin conocerle aún, y como una predestinacion, practicaba, aunque limitado á sus primeros y más rudos principios.

## II.

Diez años contaba ya nuestro mozolejo, cuando acertó á pasar por el cortijo un padre grave de los del

convento de Santa Fé, próximo á Zaragoza. Era este religioso don Fray Félix Salvador, un varon docto si los habia y lo más aragonés del mundo. Cuando el fraile llegó, Goya estaba distraido, dibujando en la blanca pared del cortijo con un carbon un puerco que cerca de alli pastaba; y de tal novedad y verdad era el dibujo, y con tal riqueza de accesorios, y ejecutado con una tal facilidad, una tal espontaneidad y una tal fuerza, que el entendido don Fray Félix Salvador no pudo dudar de que tenia ante sí á todo un grande artista en ciernes.

### III.

Paró el religioso en el cortijo, examinó al muchacho, se persuadió de lo mucho que por todos conceptos valia, y persuadió tambien á los padres para que lo enviasen á Zaragoza, donde bajo la proteccion del convento se dedicaria al estudio de la pintura con el buen pintor aragonés don José Lusan Martinez. Hubo óbices y réplicas, se discutió el asunto, y al fin los padres entregaron su hijo al fraile, que se lo llevó triunfante, y lo puso bajo la férula del pintor Lusan.

Y hétenos ya á Goya, no ya campesino, sino ciudadano; despues le veremos, no ya ciudadano, sino cortesano, y uno de los cortesanos más atendidos, más empingorotados y más respetados y admirados.

### IV.

No hay noticias durante ocho años de los sucesos de nuestro mozo. Sábese sí que permaneció en Zaragoza estudiando la pintura, y sólo nos lo encontramos en el año de 1765, metido en un *desavio* y obligado á escapar de las garras de la inquisicion.

No echen nuestros lectores la imaginacion á volar

creyendo que nuestro buen Goya huia de la inquisición porque fuese herege ó judaizante, ó cosa por este estilo. La causa era otra. Ya hemos dicho que las cofradías eran, han sido y serán, ya á lo divino, ya á lo profano, la subdivision necesaria del pueblo español, ninguno de cuyos individuos puede vivir sin tener en algo voz y voto, es decir, medios para poner de manifiesto su idiosincrasia, su autonomía, sus ideas, en una palabra, su opinion y sus creencias.

Por el tiempo en que anda nuestro relato las cofradías estaban en un auge formidable, y mucho más que en ninguna otra parte en Aragon, donde hubo, hay y habrá mucha mas potencia autonómica que en ninguna otra parte del mundo y aún del universo: y si no véase la forma del juramento que hacian prestar á sus reyes: *«Nos, que cada uno de nosotros valemos tanto como vos y todos juntos más que vos, os hacemos rey, con tal que guardéis nuestros fueros, libertades etc., y si non non.»*

De la misma manera que un aragones se rompe la crisma ó se da una *punsadica* con otro por quitame allá esas pajas, las cofradías andaban entre sí á garrotazos ó á tiros sobre si aquí te las puse ó no te las puse, y la justicia, y la inquisición, y los cónsules, y el gran justicia se veian negros á veces para evitar que una riña de cofradías se convirtiese en un movimiento popular, de incalculables consecuencias; que los aragoneses, como cosa de la coronilla de Aragon, y nuestras provincias de levante, por la concomitancia, tienen mucho de levantiscas, así como en la poesía mucho de lemosinas y de provenzales.

## V.

Ahora bien, Goya pertenecia á la cofradía de San Lúcas (sin duda esta cofradía tenia en su seno muchos

aficionados al toreo, puesto que su patron era el evangelista del toro, y en esta cofradía Goya, por valiente, arrojado, inteligente y vivo, llevaba la batuta.

Tenia 19 años y estaba en todo su desarrollo. Se habia hecho además músico: cantaba como un ruiñeñor y rasgueaba la vihuela como un barbero de Córdoba; y en cuanto á guapadas y tunanterías, no habia en Sevilla, ni aún en el barrio del Baratillo, un buen mozo que á buen mozo le ganara, ni con él se quedara por ninguna causa, motivo, ni estilo.

Tenia muy mal genio, y le duraban muy poco las guitarras, porque las rompía con mucha frecuencia sobre la cabeza del prógimo.

Y tenia Goya una de sus novias, que jamás tuvo una sola, en una callejuela inmediata á la catedral, por cuya callejuela, ya en altas horas de la noche, y á tiempo que Goya *pelaba la pava* con su *chiquia*, pasaba el rosario de Nuestra Señora del Pilar: y era el caso que los de esta cofradía estaban enemistados con los de la de San Lucas, á la cual pertenecia Goya, y en la que podia decirse era el jefe de la gente de puños y mal genio. Y como los de Nuestra Señora no querian bien á Goya, delante de la casa de su novia, cuando con ella estaba gustosamente entretenido, detenian el rosario y la gran farola y no se iban sino cuando habian cantado todos los kiries, y todas las letanías, y todo cuanto se podia cantar á lo divino.

Aguantó Goya una, dos y tres veces este sobo, que aunque violento, no se iba fácilmente del seguro, y ménos mediando el nombre de la *Pilarica*, que era la santa patrona de aquella cofradía, cuyos individuos le buscaban las cosquillas. Pero como suele decirse que á la tercera va la vencida, Goya se cansó de que le bucheasen, que no era él hombre muy á propósito para

aquellos bucheos, y una noche que debia pasar el rosario de Nuestra Señora por la casa de su novia, se fué á esperarle con lo más agrio y más dispuesto á todo de la cofradía de San Lucas, que era embestidora, yendo cada cual armado de lo que pudo. Se prescindia de la cosa santa y se iba con el decidido propósito de romper el alma á la cosa profana.

## VI.

Allá á las doce se oyeron á lo léjos los *Ave-Marias*, los *Glorias Patri* y los *Pater noster* de los de la Pilarica, que se fueron acercando hasta que al fin la gran farola de vidrios de colores se metió por la callejuela, siendo al mismo punto hecha añicos por una descarga de pedradas.

El ruido que hicieron los cristales al romperse y al caer al suelo, fueron la señal del combate, que se trabó encarnizado; que no iban sino muy prevenidos los de Nuestra Señora, ni eran ranas, ni tenian por qué correr de los de San Lucas. Y aunque éstos habian embestido y se colaban, los otros aguantaron firme, y se armó la culebra, que muy pronto no fué ya culebra, sino serpiente, y más grande que el *Leviatan*, demonio de los mares.

Y llovieron garrotazos, y se escupieron tiros y se lanzaron piedras y se mojó por lo corto, y hubo despazzurados y descalabrados y perforados, con un tumulto y una bataola de quince mil y más demonios; todo perfectamente á la aragonesa, y más áun á la zaragozana.

Acudieron alcaldes y alguaciles, y tambien hubo para ellos zurra. Sobrevino el bailio con sus oficiales y le hicieron bailar como una peonza.

Se presentó la inquisicion y la apedrearon. En fin, fué aquella una *rondalla* de las de padre y muy señor mio, que se acabó, no porque pusiera fin nadie, sino porque todo tiene fin en este mundo.

Escapó todo el que pudo escapar, que muchos se quedaron sobre el campo estropeados, y al dia siguiente cada jurisdiccion por su parte, y entre ellas la inquisicion, se ocupó en hacer la lista de los que se debian prender por riña, tumulto y desacato.

A la sazón que esta lista se hacia estaba en la casa del inquisidor que de esto se ocupaba, don Fray Félix Salvador, inquisidor tambien, y no de los menudos, y viendo que en la tal lista se ponía á su protegido Frasquito Goya, no así como se quiera, sino como cabeza de motin, se aguantó, se despidió, se fué á casa de Goya, se lo llevó al convento, lo disfrazó y sin perder tiempo le montó en una mula, y con un mozo le puso en camino de Madrid con una carta de recomendacion del pintor Lusan, su maestro, para el pintor Bayeu, que residia en la córte.

## VII.

Se ensanchaba el horizonte del mozo: si le faltaba algo que aprender, la córte era buena universidad para enseñárselo. Agraciado, jóven, vivo, simpático, lleno de espíritu y de travesura, arrojado á todo, sin temor á nada, se relacionó muy pronto con todo lo que habia de más luciente, de más saliente, de más notable en todas las esferas de la sociedad madrileña: enamorado y libertino, impetuoso y audaz, lo mismo llevaba su amor á las gitanas del Barranco de Embajadores, á las manolas del Avapiés ó á las chisperas de Maravillas, que á las *madamiselas* de la clase media y á las grandes damas de la córte.

Su facilidad para la pintura, su gracia para los caprichos que fantaseaba hasta sobre las mesas de las tabernas, sirviéndole á veces para el claro-oscuro el vino; sus admirables retratos improvisados en un minuto, y sobre todo sus lances de toros, que no habia un chiscon en que no apareciesen, le habian dado muy pronto una gran celebridad. Se derretian por él las *jembras cruas*, se reblandecian las beatas, se enternecian las damas. Frecuentaba tanto el burdel como el salon, y en todas partes era bien recibido y festejado. Iban con él el escándalo, la palabra procaz y epigramática, el cuento libre, la expresion mordiente, y la viveza y la alegría, y el valor y la audacia. Meneaba bien la espada y mucho mejor el cuchillo, y tanto andaba á estocadas, como á mojas. Era familiar del matadero por aficion al cuerno, y amigo íntimo de todos los toreros, especialmente de Juan Romero, por el que sentia una verdadera veneracion.

—Usted acabará por venirse conmigo, don Francisco, —solia decirle muy seriamente Juan Romero.

—De ménos nos hizo Dios,—respondia Goya.

Y seguia pintando en todas partes, sobre las mesas, sobre las vidrieras, sobre las paredes, sobre el lienzo, y enamorando, y bebiendo, y cantando, y entrándose en todas partes como en su casa, y sacando con mucha frecuencia de la suya doncellas y casadas, y áun viudas, y áun se dice escaló alguna vez algun convento, y se metió en algun grande apuro, de que le sacaron sus altos conocimientos en la córte.

Una de las grandes cosas de Goya era la habilidad que tenia para pintar al pastel las caras á las mujeres: por este procedimiento, Goya hacia pasables á las feas, á las pasables hermosas y á las hermosas divinas.

Y figúrense nuestros lectores á un jóven agraciado,

vivo, audaz, irreverente, pintando con las yemas de los dedos y color en polvo, la cara, la garganta, los hombros, el seno y los brazos de una mujer bonita, de una duquesa como la de Alba, ó de una condesa como la de Benavente.

Figúrense qué era lo que le podia hacer falta á este mozo. Así era que por endiablada que fuese la trabacuenta en que se metia, siempre salia en palmas.

### VIII.

Llegó en esto el mes de Mayo de 1768, y empezaron las fiestas de toros. Costillares era todavía entonces el rey del toreo: rivalizaba con Juan Romero, lo que hacia que las corridas tuviesen un gran lucimiento.

Ya por este tiempo empezaba á hacer sus pruebas en el redondel madrileño, adolescente casi, niño aún de catorce ó quince años, el que debia ser la gloria del toreo, Pedro Romero: Pepe-Hillo empezaba á formarse, más jóven aún, en el matadero de Sevilla, y aún se dice que becerreaba: Francisco Romero dormitaba sobre sus laureles en Ronda y se relamia oyendo leer las cartas en que se ponderaba á su hijo Juan y se daban grandes esperanzas de su nieto Pedro: José y Antonio, niños aún, estaban bajo el techo paterno, y se amantaban ya en el oficio de su abuelo, de su padre y de su hermano.

Las corridas de toros estaban en auge y les faltaban muy poco para llegar, con Pedro Romero y Pepe-Hillo, á todo su esplendor. Las escuelas de Ronda y de Sevilla tenian ya grandes representantes en Juan Romero y en Costillares.

Se nos hace la boca agua suponiendo lo que sería en aquellos tiempos el toreo. Particularmente en Madrid se parecia la gente por las corridas.





Ahí va la gracia de Dios!

## IX.

Era una plácida tarde del mes de Mayo de 1768. La calle de Alcalá, entre una y dos de la tarde, era una corriente humana dividida en dos raudales: entre estos raudales de gente á pié iba otro raudal á caballo, ó en coche ó en calesin.

Por la acera de la izquierda, y ya cerca de la iglesia del Cármen, iba Goya con algunos de sus condiscípulos y con su maestro el buen Bayeu, que llevaba del brazo á su hermosa hija Pepa. Frasquito y la Pepa no se quitaban ojo. Se querian, eran novios; todo con conocimiento y consentimiento de Bayeu. No podia ser de otra manera; que Pepita estaba muy bien criada, era muy obediente á sus padres y muy pudorosa, lo que no quitaba que se la ardiesen los ojos y relampagueasen cuando encontraban la mirada de hambre y de malicia de los ojos de Goya, que se paseaba por el semblante, por los hombros, y especialmente por el seno y por la garganta de su novia.

Distraidos iban y de prisa para no llegar tarde, cuando se dejó oír muy cerca de ellos una voz que gritó:

—¡Ahí va la gracia de Dios!

Era la voz de un calesero.

## X.

Llevaba el jaco del morro y corria con él que iba como un relámpago.

A poco más el calesin agarra á Goya, que iba distraido mirando á Pepita.

A este tiempo una voz femenina, enérgica, imperativa, desenfadada, timbrada por un acento sonoro y punzante á la par, exclamó, ó más bien, gritó:

—¡Eh! ¡Cantuso! ¡clávate ahí, hijo, que nos hemos encontrado más que lo que queríamos!

Cantuso, que era el calesero, en el mismo punto en que oyó la voz de una de las dos manolas que llevaba todo orgulloso en su calesin, se tiró para atrás: el jaco, que era de poder, se encabritó, aguantó sobre las piernas y luego se quedó inmóvil.

La Cari-blanca, que era la que habia hablado, avanzó el cuerpo fuera de la calesa, se volvió para atrás y dijo á Goya:

—Oiga usted, señor, haga usted el favor de llegarse aquí, si es usted servido.

Esto fué dicho con ese aire de dominio y de facilidad y de poder que tenian las manolas, aquellas buenas hembras que siempre estaban en su tierra; aquel hermoso y característico tipo madrileño que ya no existe, aunque se le encuentre acá y allá, si no en conjunto en detalle, en esta ó la otra buena moza de los barrios bajos.

Goya, al *diquelar* la reina que le habia hablado y que le estaba mirando como diciéndole:—Hombre, cuando yo le llamo á usted, ¿qué hace usted que no viene?—Goya, decimos, miró rápidamente de soslayo á la Pepita, luego á Bayeu, dejó ver un momento de vacilacion, pero como él no habia nacido para vacilar, cargó al trapo con que le alegraban, y remató en el bulto; es decir, se fué á la calesa.

Miró á la Cari-blanca y á la Miraflores, que así se llamaban las dos princesas que iban en el calesin, y quitándose con mucha gracia su sombrero, las dijo:

—Señoras mias, muchas gracias por el favor.

—No las merece,—contestó la Cari-blanca con una sonrisa de resaca, y una mirada de gancho que hubieran derretido á una piedra:—pero ya está usted montando, que hace falta que nosotros echemos un párrafo y no ha de ser corto: vamos á ver si tu y yo le hacemos un ladito á esta cuña, Maruja, que bien cabemos los tres, y si no, irá encima el que no se quede debajo.

Goya soltó otro par de miradas á su novia y al padre de su novia, que estaban, la una confusa y ansiosa, y escandalizado y enojado el otro; sintió una nueva vacilacion, pero ya le habia asido de una mano para ayudarle á montar la Cari-blanca, y Goya se habia encendido: aquella mano no era mano; parecia hecha por Dios para convencer, para persuadir, para arrebatarse, segun que era de pequeñita y suave y mórbida.

Las dos reinas se estrecharon, se redujeron cuanto se lo permitieron sus magníficas anchuras, y Goya se quedó entre ellas deliciosamente prensado, y con unos contactos que no eran para sufridos.

—¡Ea!—dijo la Cari-blanca,—ya estás tú picando, Cantuso, pero no á la plaza, sino á las ventas y por el aire.

—¡Ay, señoras mias, que esto es robar en medio del dia y sin temor á la justicia!—dijo Goya.

—Si se ha sofocado usted—dijo la Cari-blanca,—tome usted el abanico y échese usted aire.

—Con el aire que me viene por la derecha y por la izquierda hay bastante para salir hecho un toston en dos minutos.

—¡Hombre, á pares!—dijo la Cari-blanca.

—Por aqui se pasa, que no hay con qué pegar,—dijo la Miraflores.

La miró de reojo Goya, pero se hubo de volver á la izquierda.

La Cari-blanca le habia dado ligeramente en la mejilla con el abanico.

—¿No oye usted, señor?—le dijo:—con quien va usted desafiado es conmigo.

—Pues, gloria mia, usted á la fuerza se desafía siempre con muertos.

—Eso es muy antiguo; estoy yo ya que regorguto de oír decir que como Romero mato los bichos con la muleta.

—Me ha dado usted dos de pecho—dijo Goya,—que me ha quebrado usted los piés: ahora no falta sino que me la suelte usted por todo lo alto.

—¡Ay, que es usted un p-quito pegajoso, hijo, y me parece que va á ser menester escupirle á usted por el lado de afuera!

Y era que Goya, como quien no hace la cosa, se habia ido sobonamente al bulto de la Cari-blanca por el lado del corazon.

—Usted perdone, señora, que es que yo me alegre y cierro los ojos y allá voy.

—No hay de qué, cristiano, pero pare usted los pies, no sea que tenga usted una cogida: ¡ya se vé, como las señoras duquesas se embrocán y se dejan arrollar!..

—¡Ay, madrecita mia, que tiene usted un trasteo que yo no lo entiendo!

—Usted cargue el trapo limpiamente y déjese usted de historias, y vamos andando, y usted verá que todo viene que ni de encargo.

—¡Válgame Dios y para qué ha nacido un hombre! —dijo Goya;—esto es una perdicion.

—Y diga usted que sí—dijo la Miraflores, que hasta entonces se habia estado callada:—pero en fin, cada cual hace de su capa un sayo y no está decente meterse en negocios ajenos.

—¿Es que tiene usted amo, niña?—dijo Goya.

—¡Amo! ¡pues á fé que no soy yo blanca!—dijo la Caraidem,—para que me echen á mi el sello como á un morenito! Déjate tú, Maruja, que quien la ha de besar la buscará la cara y no será cosa de cuidado.

—Pues mire usted, gitana, por aqui no hay más cuidado sino el que usted no me quiera.

—De modo que ya se verá si usted se lo merece.

—Si á usted le han hablado de mi y le han dicho la verdad, y ha sido mujer la que ha hablado, ha podido decirle á usted que yo tengo muy buenos merccimientos.

—Lo que á mí me han dicho es que usted es muy desvergonzado y muy *sí señor*, y que usted dice que para usted los hombres son cabras y las mujeres borregas... ¡Hombre, qué sofocacion! ¡redios! ¡que me va usted á echar fuera del calesin! ¡qué angustia! ¡téngase usted derecho!

—¡Ay, tormento, que estoy yo más derecho que la torre de Santa Cruz!

—Yo no sé qué gusto ha tenido la Antonia de que perdamos los toros, para meternos en estas estrechuras, y con este hombre, que no parece sino que ha estado en las minas del azogue.

—Déjate tú, Maruja, que en llegando á las ventas ya estaremos anchos, y cada uno en su sitio; y un rato de sofocacion cualquiera lo pasa.

## XI.

De tal manera trotaban Cantuso y el jamelgo, que hacia ya algun tiempo que habian dejado atrás la calle de Alcalá y cruzaban por la carretera, ya á mitad de camino entre la puerta y la venta del Espíritu Santo.

Las dos manolas eran la flor y la nata, la crema del barrio de Toledo.

En cuanto á estado, lo eran del libre: más que el aire; pero sin perjuicio, eso sí: ni de la Cari-blanca ni de la Miraflores habia quien pudiese decir otra cosa sino que iban y venian, y su onza era la primera, y tambien su *gofetada*, cuando venia á pelo que su blanca mano señalase sus cinco dátiles en la *fila* de alguno que se propasaba á lo que no era lícito y sin licencia de nadie; y como las dos eran apetitosas y la piel del diablo y arrancaban que no habia más que pedir, no solamente andaban locos tras ellas los príncipes del barrio, es decir, todos los que tenian poder y sentido, que los habia y muchos en el manolaje y de *órdago*, y echados, no digo yo para adelante, sino para todos los lados, sino que tambien se atragantaban por aquel par de prodigios, varones de órden y de virtud y aún de santidad reconocida, y peleaban á brazo partido con la tentacion, y andaban temerosos por la salvacion de sus almas. Que tales eran las dos buenas hembras que todo lo revolvian y lo ponian de punta, y lo traian á maltraer.

Ocupémonos algo más extensamente de ellas, mientras Cantuso, al morro del penco, recorre la distancia que les faltaba aún para llegar á la venta del Espíritu Santo.

Pero esto requiere capítulo aparte.

---

## CAPITULO XV.

**En que se ve que la Cari-blanca tenia mucho de duquesa y la duquesa de Alba mucho de manola.**

### I.

La Cari-blanca era, como lo decia su apodo, blanca como el marfil por lo dénso y mate de su cútis y como el nácar por los delicados tonos perlinos de su semblante oval, un poco prolongado, con una gracia y un vigor de líneas, que habia que decir en viéndola:—¡Bendito sea Dios y qué temeridad de la naturaleza!—Y juntan-do á esto los cabellos negros y encaracolados, y las ce-jas anchas, espesas y sedosas, resaltando sobre el blan-co resplandeciente y sonrosado y los ojos enormes y casi por completo negros, chispeantes, lucientes, adormidos bajo unas larguísimas pestañas que los sombra-ban, y bajo estos ojos unas leves ojeras, y entre estos dos ojos una nariz suavemente aguileña, de una gra-cia indecible, y bajo esta nariz un lábio con un lige-rísimo bozo, y rojo, como el inferior, componiendo una boca un poquitó grande, pero irresistible cuando son-reia, ó cuando tomaba una expresion de desden, con

dos hoyitos en las extremidades, y bajo esta boca una barba de—¡no me lo digas!—y una garganta de—¡yo me muero!—y unos hombros y un seno de—¡á tierra todo el mundo!—y un color ¡que ya!—y unas caderas más poderosas que la popa de un navío de tres puentes, y unos andares de—¡allá va eso y á un lado todo el mundo!—y luego la mantilla blanca, y la peineta de pedrería, y la gargantilla de siete vueltas, y las cadenas, y los relicarios, y el corpiño con hombreras y alamares, y la basquiña de encajes, y el pie diminuto con un chapin delicioso, y el aire de tormenta, y el resuello de poder, y diez y ocho años, y todo el cielo por delante, y una dote de muchos cientos de miles de doblones, se comprenderá lo que era la Cari-blanca, á la cual llamaban tambien *Reina* por sus excelencias y *Noche oscura* porque á veces, y con mucha frecuencia, se ponía la mujer, á poco que la contradijesen, más pavorosa que una noche de truenos y tormenta: y otros dicen que la llamaban *Noche oscura* porque no habia quien viese lo que ella guardaba en sus interiores, ni cuáles eran sus pensamientos, y porqué, cuando se ponía de levante, los negros ojos la relampagueaban como una tempestad.

## II.

Su padre el señor Francisco era díscolo, y no vivía más que para su hija, en cuyos ojos se miraba, y esto sin gran trabajo, que los ojos de la Antonia eran bastante grandes y bastante límpidos para servir de espejo. Lo que ella quería esto era, no embargante que de cuando en cuando su padre la menease el bulto y la hiciese bailar como una peonza, que quien bien te quiera te hará llorar, y no podía el señor Francisco permitir que

su hija armase un escándalo por aquí te las puse con las vecinas y á cada paso, y azotase sin consideracion á la una, haciendo en dia no festivo manifiesto sin órgano de cosas ajenas que debian estar reservadas, ó á aquella la cortase el moño, y acaso la hinchase un ojo, ni dijese las malas y *esconfiscadas* palabras y los ternos y juramentos con que acompañaba sus repasatas, ya que era una doncella honrada y debia tener sus labios más limpios que el agua caída del cielo: ni era tampoco para sufrido el que se saliese de su casa, sin licencia de su padre, de tiros largos y con la faltriquera llena de onzas, y no pareciese sino despues de muchas horas, cansada, lacia, sin un cuarto y con una enfermedad de hartazgo de broma para tres dias: ni era cosa de un padre tan cristiano viejo como el Sr. Francisco el sufrir que su única heredera y esperanza de su familia diese tales escándalos y tales asperezas como los que daba á más de un padre grave del cercano convento de San Francisco el Grande, ni aquel rompe y rasga de quince mil y más diablos que tenia la hija, que *le habia dado Dios, para probarle la paciencia y abrirle las puertas del cielo á fuerza de martirios y de pesadumbres.*

Pero, eso si, la moza era caritativa como un ángel, y no habia pobre que la encontrase que no se apartase de ella bendiciéndola; y tenia seis camas en el hospital General, y cuatro en el de la Pasion, y cuidaba de ellas como una madre, y era además camarista y guardajoyas de Nuestra Señora del Amparo de la parroquia y la hacia todos los años una novena un poquito más allá de lo que hubieran podido hacerla la duquesa de Alba, ó la de Osuna, ó la de Medinaceli, ó la misma reina, y gastaba en obras piadosas la mitad de lo que ganaba su padre, que era el chalan más rico de toda

la tierra de Madrid, y esto, en fin, valia la pena de que se la perdonasen sus diabluras, que nada tenian que ver con su honra, que la tenia ella más limpia que los rayos del sol.

Eso sí, aire de taco, pero con la gracia y el poder de Dios, lengua suelta y manos largas ¡eche usted! En fin, una manola que no habia más que pedir, y un encanto que volvía loco.

### III.

Maruja la Miraflores era otra por el estilo, aunque ya de veintiseis años, morena encendida, con los ojos gitanos, hembra de pocas palabras y mucha intencion, aplomada y con picardías, aunque nadie la habia corrido, ni la habia quebrado los pies, ni la habia dado un solo cambio en la cabeza; rumbona y poderosa, dura para azotar y repelar donde las habia, y ¡ay! con un alma que se llevaba detrás la de Dios Padre (y Él nos perdone): la llamaban tambien, á más de la Miraflores, la Chalana, porque hacia muchos años que su padre el señor Pacorro estaba impedido, y ella habia seguido en el trato de las bestias, y con tanta inteligencia y tan buena mano, que si el padre en los buenos tiempos habia ganado como diez, ella ganaba como ciento, y habia aumentado el caudal y lo habia tendido al sol en buenas viñas, en la jurisdiccion de Arganda, y tenia en la calle de Calatrava un despacho por mayor de vinos y el copeo para los amigos, que era un rio de oro.

El par de hembras eran las mandonas del barrio, y para hacer algo en el barrio habia que pedir las licencia.

## IV.

Pues han de saber nuestros lectores que un día la duquesa de Alba que iba en carroza, se encontró en una calle estrecha con la Cari-blanca, que iba en calesin hecha un brazo de mar, porque la había llamado de parte del rey el caballero mayor para tratar de un ganado, y ella no quería presentarse en la corte sino de gala.

El calesero de la Cari-blanca, como si dijéramos, su cochero, era un llamado tío Mustafita, más malo que el vómito negro, y que cuando iba con su ama no lo podía resistir ni el más pintado.

Era hombre duro y había estado diez años en galeras por algunas puñaladillas desgraciadas: había sido de los de á caballo y de vara larga y aguante de la cuadrilla del señor Costillares, y de un tumbonazo que le dió un toro que tenía más cabeza que él brazo, se le rompió la clavícula derecha y se quedó inútil para el toreo, de resultas de lo cual, y para ganarse la vida, se metió á calesero, por lo cual había empezado cuando muchacho.

Bigotillos, que así se llamaba el cochero que aquel día servía á la bella duquesa, lleno de rumbo y de poder, como si su pescante hubiera sido un trono, mandó descomedidamente á Mustafita que cejase y dejase la calle franca.

Al oír esto Mustafita, guiñando ferozmente su ojo izquierdo, que lo tenía remellado, sin hablar una palabra la emprendió á trallazos con las cabezas de los magníficos caballos de la carroza, que, como es natural, se irritaron, se encabritaron, se descompusieron y dieron con la carroza contra la pared de tal manera que se

rompió una de las grandes ruedas, inutilizándose la carroza.

Bigotillos cayó del pescante y se dió con la cabeza contra la pared, y los tres lacayos de la zaga se estropearon de manera que no quedaron hombres para nada.

## V.

El desavío habia sido por todo lo alto. La duquesa, que era una señora de mucha alma, se salió de la volcada carroza, por la portezuela que habia quedado para arriba.

Iba de corte, como que entraba aquel dia de servicio en el cuarto de la reina, y tan resplandeciente por su hermosura, por su distincion, y por las joyas que la cubrian, que quitaba la vista. La Cari-blanca, que iba tambien deslumbrante y que se habia tirado del calesin al suelo, se fué para la duquesa sonriendo de una manera que valia todos los insultos y todas las provocaciones habidas y por haber.

Estaban frente á frente dos grandezas: la de la córte y la del barrio de Toledo: dos rivales que en el fondo se parecian mucho: la alta dama y la alta manola: en la duquesa habia una gran parte de la Cari-blanca, y en la Cari-blanca una gran parte de la duquesa: y si decimos que entre ellas no habia más que diferencias de situacion social y de trage, no mentimos. Eran las dos de buen trapío, de arranque y de poder.

Se miraron como hubieran podido mirarse dos leonas.

—¡Vaya, hija, exclamó la Cari-blanca, no se sofoque usted, que si se la ha roto á usted el capachon, aquí

está mi capachito! Monte usted, que yo le daré á usted la mano y la llevaré á usted á la botillería para que tome un refresco y sosiegue la sangre.

La duquesa se puso pálida, lívida: ardieron sus ojos y tiró á la Cari-blanca su pesado abanico de oro y pedería.

La Cari-blanca le cogió en el aire y arrancándose del cuello un pesado relicario de oro guarnecido de diamantes y perlas que llevaba siempre para que no la tentase el diablo ni las brujas la hiciesen mal de ojo, se lo tiró á la duquesa y le dió con él en un ojo, que al poco tiempo se le puso como un tomate.

Los criados no habian podido socorrer á su señora, porque estaban derrengados: el tio Mustafita se habia puesto al morro del jaco y permanecia inmóvil como una estatua, dejando correr las cosas, porque estaba seguro de que su ama no queria que nadie se pusiese por medio: pero un guardia de Corps que sobrevino se interpuso: sobrevinieron tambien algunas gentes y separaron á las partes beligerantes.

Una mendiga, que debia ser honrada, recogió el relicario y se lo presentó á la Cari-blanca.

Esta tenia aún en la mano izquierda el abanico de la duquesa, que habia cogido en el aire,

—Quite usted, abuela—dijo á la mendiga,—que eso se ha manchado en la cara de *esa señorona*, y no quiero yo cosas súcias; y tome usted tambien eso, que es otra porquería, y que buen provecho le hagan á usted.

Y la dió el abanico de la duquesa, á la cual atendia el guardia de Corps.

La mendiga no se lo hizo decir dos veces, y escapó, rica ya por aquella aventura. La Cari-blanca se volvió al tio Mustafita.

—Revuelva usted el calesin,—le dijo,—y largando á

palacio: quien me quiera volver á ver la cara, que me la busque.

Y montó en la calesa. El tío Mustafita la revolvió y partió al trote.

—Gracias, Godoy,—dijo la duquesa al jóven guardia.—Deme usted el brazo y metámonos en cualquier parte mientras viene otra carroza: y en Dios y en mi ánima que esto no se ha de quedar así.

## VI.

Por más que hizo la duquesa, y á pesar de su influencia en la córte, no logró nada. La Cari-blanca tenía tanto lado como ella, si no más, y la cosa se quedó en tal estado, pero rehirviendo.

Aquellas dos buenas hembras, la de la córte y la del pueblo, aquellas dos grandezas que tanto se parecían en el fondo, se habian contrapunteado, y el contrapunteo debia resollar por alguna parte.

La ocurrencia dió escándalo: todos se reían: nadie sabia á dónde inclinar la balanza: era pública la vida galante de la hermosa duquesa, y la Cari-blanca, la reina del barrio de Toledo, tenía una gran fama y era muy estimada, porque se sabia que no partia peras con nadie, y que estaba por domar, con más viento que don Rodrigo en la horca y más fama que Barceló por la mar.

Aquello se redujo á que desde aquel dia la manola y la duquesa se aborrecieron de muerte.

## VII.

La Cari-blanca se aconsejó de su grande amigota la Miraflores, y se puso á buscar con ella los medios de

freirle la sangre á la duquesa, sacarla á los medios, y darla una de amiga: hé aquí lo que se le ocurrió á la Miraflores.

—Quítale el que ahora priva.

—¿Y quién priva ahora?—dijo la Cari-blanca con la extremidad de los lábios y haciendo un mohin de desprecio.

—¿Pues quién? el que la pinta.

—Pues calla, hija; vamos: ¿conque aquellos colores tan frescos que tiene la señora son pintura?

—¡Vaya! ¡al pastel!

—¡Qué vergüenza, y qué embusteras! ¡no, pues yo la friego! ¿y quien la pinta?

—¿Quién ha de ser sino el mejor pintor que hay ahora en Madrid? un buen mozo.

—¡Jesús! ¡calla, mujer, que me has parado la sangre! ¡pues el mejor pintor que hoy en día hay en Madrid es don Francisco de Goya!

—¡Pues que sí! ¡ese!

La Cari-blanca se calló: no volvió á hablar más de asunto: á los tres días fué la corrida de toros, á la cual iban cuando vieron á Goya.

—¡Mírale! dijo la Miraflores.

Entonces la Cari-blanca le llamó.

Ya sabemos por qué Goya se encontraba metido en aquella aventura con las dos hermosísimas manolus.

---

## CAPITULO XVI.

**En que se ve que Goya, entre dos fuegos, no sabia qué hacerse y desfogaba su rabia con la duquesa de Alba.**

### I.

—Gracias á Dios que hemos llegado—dijo Antonia cuando estuvieron delante de la puerta de la venta del Espiritu Santo.

Y se tiró del calesin al suelo y se entró de *estampía* en la venta. Goya y Maruja la siguieron.

—A ver un quarto para los tres, y lo mejor que haya de comer y de beber, tio Benitin, y que nos den una guitarra—dijo la Cari-blanca á un hombre ya viejo que la salió al encuentro solícitamente y sonriendo. Como que habia entrado una parroquiana que no ajustaba nunca las cuentas ni nada la parecia caro.

Lo mismo podia decirse de la Antonia.

En cuanto á Goya, era allí muy conocido y estimado; ¿y dónde no le conocian y no lo estimaban?

—Eche usted delante, amigo, que estas escaleras son muy pinas—dijo Antonia cuando al pié de las escale

ras hubieron llegado;—que no hay para qué se quede usted abajo.

Goya, que se habia hecho el reacio, hubo de obedecer.

Una de las mozas los llevó á un cuarto bastante limpio y pulcramente blanqueado, donde habia una mesa y algunas sillas.

## II.

—¿Conque usted pinta caras, señor?—dijo la Cari-blanca.

—Caras y carátulas—dijo Goya sonriendo maliciosamente, pero con una ligereza y una gracia y un guiñar del ojo izquierdo que se le revolvió toda la sangre á la Cari-blanca.

—Las carátulas van por lo grande: ¿no es verdad usted?—dijo la Miraflores.

—Lo más grande que hay en España—dijo Goya,—no es ni siquiera carátula, sino carantoña.

—Carroña diga usted, y es más corto—dijo con desprecio la Cari-blanca.—¡Vaya una vieja, que parece que le han dado un puñetazo de mala gana en las narices!

—Cállate tú, Antonia—dijo la Miraflores—no nos oiga un alguacil y nos lleven á la cárcel.

—¡Para nosotras la hicieron!—dijo ahuecando la voz y con un acento de desden la Cari-blanca;—no hay quien lo beba, que á estas no las han echado grillos todavía.

Y sonó las onzas que llevaba en la faltriquera.

Y al mismo tiempo miraba como quien acecha á Goya.

El sonido del oro no causó en él ningun efecto.

La Cari-blanca le sonrió con los ojos y con la boca, se lo tragó en una mirada, se puso encendida, bajó los ojos y suspiró.

—Aquí están el vino y unas aceitunillas para hacer boca—dijo entrando la moza de la venta.

—Pero ¿y esa *vigueta*, hija?—dijo la Miraflores con acento de imperio y de impaciencia.

—¡Pues no tiene usted poca gana de música, señora! —dijo picada la moza, que era voluntaria y bo-yante.

—¡Mire usted no le toque yo á usted un zapateado donde yo me sé y á nadie le importa!..

—¿A mí?

—¡Sí, á usted!

Goya se interpuso.

La Antonia se habia ido con cara de tormenta hácia la moza.

Esta ya se habia armado por si se la colaba el bicho.

—Haya paz—dijo don Francisco—y venga la guitarra, y no se hable más, hijas, que es lástima que tan buenas personas se contrapunteen.

—Es que yo—dijo la moza—aunque por aquí ando y sirvo á todo el mundo, en diciendo que hay que andar por lo alto á las nubes me subo: ¡redios y con las majas! ¡y eche usted! ¡y luego Dios sabe!

—Váyase usted, señora, mucho con Dios, y no se desvergüence usted,—dijo la Miraflores—si no quiere usted que la vean lo que no hay necesidad.

Apareció muy á punto con una guitarra en la mano el ventero.

—Siempre has de ser tu adelantada y bocarona, Micaela—dijo el tío Benitin;—y que me tienes hasta los pelos, y ahora te vas de mi casa, que no te tengo yo

para que tú la alborotes y les faltes al respeto á mis parroquianos.

—Pues cuanto más antes mejor—dijo la moza,—que ya estoy yo que me tienta la casa de usted.

—Eso sí que no, tío Benitin—dijo la Cari-blanca,—que Dios nos ha dado la lengua y las manos para que las usemos como nos dé la gana ó como podamos: y por dichós y diretes no es menester que nadie pierda; que si ella ha dicho se la ha dicho y en paz, y que ninguna pobre pague; que si usted la echa de su casa la recibo yo en la mia.

—No hay que hablar más—dijo el tío Benitin:—si usted está completa, señora Maruja, yo lo estoy tambien, y muy á gusto, porque la Micaela es los piés y las manos de mi casa, y buena persona; sólo que tiene el génio súpito el alma mia.

—*Gueno*—dijo la Micaela:—¿y á qué más? *Satisfaciones* pocas y bien *avenías*, y andando.

Y dando una rabotada se salió del cuarto.

—Pero ¿de veras ustedes se han *incomodao*, señoras?—dijo todo blanduras el tío Benitin.

—Hombre, calle osté ya—dijo la Miraflores—que el incienso cuando es mucho apesta y da desgano. ¡Pues para entretenerse con estas cosas! Ande usted, tío Benitin, y que avien lo que ha de ser pronto.

—¡Bendito sea Dios que ha hecho unas cosas tan buenas; ¡y que no tuviera yo gloria frita para ponerla á los piés de ustedes! Pero así y todo, yo he metido en el horno un cordero que parecia un buey, con su acompañamiento de codornices, y su por qué de salchicha que ni el papa: y estará dentro de cinco minutos. Y luego una empanada de anguilas que me habian mandado hacer para la noche. Pero ustedes son primero.

—¿Sabe usted, tío Benitín—dijo la Antonia,—que si usted dijese misa se llevaría usted en el ofertorio siete semanas y media? ¿No sabe usted que San Posma es un santo que le han puesto aparte para que nadie se arrepienta de haber ido á la gloria?

—Pues usted perdone, reina—dijo el tío Benitín—y á los hechos me remito, que ya se sabrá por ellos quien yo soy.

Y se fué.

### ·III.

La Miraflores se habia apoderado de la guitarra y la templaba.

—¿Y qué hace usted que no llena los vasos, señor? —dijo la Cari-blanca;—¿pues no comprende usted que con estas contestaciones se nos puede haber pegado la lengua al paladar? Y mire usted que no se cuentan dos: que mire usted que por menos que lo que esa ha dicho, se ha quedado sin moño alguna cristiana. Conque venga de ahí.

Goya llenó los vasos.

Los chocaron los tres y los apuraron. Era un vino tostado de Aragon que ardia en el aire.

Los tres parecian muy á gusto.

Goya no soltaba prenda, y se mantenía como el zancarrón de Mahoma.

Maruja se lo comía con los ojos. Antonia, ocupada en templar la guitarra, ni aún le miraba; pero se la agitaba el seno, y á la desecha, con el rabo del ojo, le miraba con más intencion que un torito de Colmenar Viejo.

La Cari-blanca, por el contrario, le miraba frente á frente y sin reserva, como diciéndole: tú eres mio.

La Maruja frunció imperceptiblemente el gesto. Goya sonreía. Veía que tenía ración doble.

Se cruzaban las bromas y las intenciones y los epigramas á lo manolo, y menudeaba el copeo, y ya se iban subiendo las cabezas donde no era menester.

La Antonia habia cantado con muy buena voz y muy buen estilo, y con un rasgueo de guitarra que decia: —¡viva el poder!— algunas coplas de las que entónces estaban en boga. De repente, viendo que por las gatomusas de la Maruja, Goya, á pesar de ser quien era, se iba reblandeciendo y quedándose en la jurisdiccion del bicho, cantó esta copla:

No te fies de apariencias  
cuando no sabes la causa,  
que á veces el que más quiere  
es aquél que más se calla.

La cosa se iba poniendo seria: para indisponer á dos mujeres, aunque sean las más amigas del mundo, no hay como meter entre ellas un hombre que les guste á las dos.

Afortunadamente, tan embebecida estaba en Goya la Cari-blanca, que ni aún oyó la copla de la Miraflores:

No así Goya: oir la copla y fijarse en la Antonia, fué todo uno: la Antonia lo recogió, lo embrocó en sus ojos, y le soltó una mirada por todo lo alto, que le tiró de espaldas. ¡Qué mujer! ¡qué morena! pero la Maruja, ¡qué niña, qué flor! Dos prodigios.

#### IV.

—Diga usted, amigo,—dijo la Cari-blanca—á tiempo que la moza entraba con una enorme cacerola:—hasta ahora se ha hablado mucho, pero no se ha dicho á qué ha venido usted aquí.

La moza hizo un movimiento de atención, para oírlo que diría Goya.

—Yo he venido aquí,—dijo Goya—á conocer todo lo bueno que hay en este mundo.

Y guiñó imperceptiblemente á la moza, que era una buena hembra, y que le soltó un relámpago y se fué.

—¿Eso que usted dice,—dijo la Cari-blanca—es de veras?

—Y usted, ¿por qué dice eso?—preguntó Goya.

—Porque me parece,—dijo la Cari-blanca—que como usted es pintor, todo en usted es pintura.

—Y pintura es todo cuanto hay en el mundo,—dijo Goya,—que si todo no fuese pintura no habria colores, y si no hubiese colores no se veria nada.

—Es verdad: hay muchas cosas que se ven y parecen muy hermosas, y no son más que pintura.

—¡Y al pastel!—dijo la Miraflores apoyando su dicho con un enérgico rasgueo de guitarra.

—Y oiga usted—añadió la Cari-blanca,—¿usted lleva siempre encima los avios?

—¡Vaya!—respondió por única contestacion Goya.

—A la fuerza usted ha pintado á alguna azucena ajada, para que parezca fresca y de color de rosa en un balcon de la plaza.

—¡Puede ser! ¡y aquí está la cosa!

Y sacó una caja de concha de uno de sus bolsillos.

—¿A ver hombre, á ver que es eso?—dijo la Maruja.

Goya abrió la caja en que habia otras más pequeñas, con una parte mayor ó menor de color en polvo. Era un surtido para el pastel, medio que él habia inventado para pintar á las damas, y que le abría, mejor que ningun otro, el camino hasta ellas.

Goya habia ido dos horas ántes de la corrida á pintar á la duquesa de Alba.

Desde allí, y muy complacido, se había ido á casa de Bayeu á acompañarle á él y á su hija, que, como se ha dicho, era su novia, á la corrida.

Llevaba, pues, en el bolsillo su caja de colores al pastel.

—Pues mire usted—dijo la Cari-blanca,—pínteme usted á mí.

—Dios la ha pintado á usted de tal manera, cariño, —dijo Goya,—que pintarla á usted sería oscurecerla, no iluminarla.

—Calle usted, hombre, —dijo la Cariblanca;— ¿y quién le ha dicho á usted, que usted me ponga á mí nada en el cutis de la cara, mas que la vista? Y eso como Dios manda: lo que yo digo es que me pinte usted á mí en un papel.

—Pero comamos ántes, que para todo habrá tiempo—dijo la Miraflores.

—¡Que comer! Venga vino,—dijo la Cari-blanca,— que yo estoy ahita.

—Y yo lleno—dijo Goya.

—No tengo yo mucha gana—dijo la Miraflores.

—Pero beber sí,—dijo Goya.

—Eso por largo,—respondió la Miraflores.

—Pues eche usted y que no se derrame,—dijo la Cariblanca.

Bebieron. Ya estaban todos como Dios quería. A la Cari-blanca la relucian los ojos: los de la Miraflores aparecian opacos, pero ardientes y profundos como un abismo.

—Vamos á ver como estoy yo pintada, que á mí no me han pintado nunca,—dijo la Cari-blanca.

—Pues ahí se va usted á quedar en la pared, para que asombre usted á todo el mundo, hermosa,—dijo Goya— y va á ser así.

Y cogiendo una copa de vino arrojó el que contenía á la pared.

Se produjo una gran mancha, que á nada se parecía más que á una monstruosa araña.

Goya llenó de nuevo la copa, y mojando en ella el dedo, fué fijando el vago parecido que con una araña habia en la mancha causada en la pared por el vino: el cuerpo del insecto aparecía de un tamaño semejante al de una cabeza humana, y sus peludas y fuertes patas daban horror.

—¡Calle usted, hombre!—dijo la Cariblanca:—le digo á usted que me pinte usted á mí, y pinta usted un arañon que mete miedo: ¡qué asco! borre usted eso.

—Espere usted que todavía no se ha acabado,—dijo Goya.

Con cuatro toques, el cuerpo de la araña tomó la apariencia de un semblante humano, pero indeterminado.

—Mire usted no me vaya usted á hacer á mí araña, don Francisco,—dijo la Cari-blanca, que pronunciaba ya las erres mal.

—Pues mire usted, reina,—respondió Goya— que para mí tiene usted dos cosas que son de araña.

—¡Hombre! ¿qué me cuenta usted? á ver si habla usted claro, no tengamos que ensartar la aguja á tientas.

—El alma la ensartaria yo á usted,—dijo Goya,— aunque fuese á oscuras.

—Lo que hace falta saber es por qué soy yo araña, —exclamó torciendo el *jocico* en un malicioso y agri-dulce mohin la Cari-blanca.

La Miraflores entretanto, con la guitarra panza arriba sobre los muslos, oía, callaba, observaba, como quien no hacía la cosa, y tomaba de tiempo en tiempo

un pequeño sorbo de vino. Estaba encendida, y á cada momento la relucian más los ojos.

—Pues ya sabe usted, señora,—dijo Goya sonriendo de una manera criminal,—que las arañas no hacen su tela sino para cazar moscas.

—¡Vaya, hombre! ¿y á qué vienen las moscas ahora?—dijo la Cari-blanca, que á cada momento se comia más con los ojos á Goya.

—A que yo soy un mosquito que me he enredado en su tela de usted, tirana, y no me puedo desenredar, ni quiero, y me va usted á chupar la sangre, y esto es otra cosa por la cual se parece usted á las arañas.

—¡Vaya, hombre! de tal modo va usted poniendo a cosa, que casi casi va una á sentir el no ser araña; pero usted se ha equivocado: las que ponen tela para que los tontos se enreden en ellas, son las que no valen dos maravedises, y las que les chupan la sangre á los hombres, es, ó porque los quieren mal ó porque están *dejambrias*, y gracias á Dios, por acá ni lo uno ni lo otro; que aquí no hacen falta garabatos, ¿usted sabe? ni se necesita la sustancia de nadie, que lo que sobra aquí es sustancia y poder para dar... vamos... para uno solo, usted sabe... que esto no es *hospital*; pero al que se le reciba solito, que otra cosa no puede ser ya, puede decir que tiene salud, y por todo lo alto, porque sí, que aquí no se gasta ménos.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Goya entusiasmado; que lo que es yo, aunque me rompa el alma allá voy.

Y se fué con los brazos abiertos á la Cari-blanca.

La Maruja le dejó meterse en jurisdiccion, y cuando él creía que la moza estaba encunada, ella le dió un cambio, que ni el Gordito ni toda su casta, y escupiéndose por el lado de adentro, le dijo alzando la mano con toda la gracia de Dios:

—No vuelva usted á querer colárseme de esa manera, mozo, que si ahora no, entónces le planto á usted el parche. Vamos jugando limpio, que para ponerse en jurisdiccion conmigo es menester venir con mucha gracia de trapo y muy bien armado y recibiendo. Y déjese usted de volapies, que aquí no sirven, porque yo no humillo, y á ver lo que hace usted con esa araña que ha pintado usted ahí.

—¡María Santísima!—exclamó Goya.

—¿Qué le ha pasado á usted, hombre,—dijo la Cari-blanca,—que no parece sino que se va usted á morir?

—A mí no me pasa; ya pasó,—dijo Goya.

Lo que pasó fué que la Antonia, viendo á Goya tan amartelado con la Cari-blanca, le habia soltado una cogida de ojos, que le habia dado alteracion del corazon y temblor de piernas. Aquella mirada habia sido el puntillazo del cachetero: le habia dicho claramente: —Hombre, no sea usted descortés ni torpe. ¿Pues no ve usted que hay alguien en el mundo que no se tiene por ménos que nadie en ninguna parte, ó está usted ya atontado, y no sabe lo que se pesca? Despavílese usted, que está usted en Madrid, y no ofenda usted á quien bien le quiere.

Y todas estas y otras muchas cosas que Goya entendió, y que no son fáciles de decir, ni pueden decirse tampoco, le dijo la Antonia con una sola mirada á Goya.

La Cari-blanca no se habia apercibido, porque estaba encandilada con el buen mozo, y tenia ademas cuatro dedos lo ménos del de Valdepeñas sobre el sentido.

Era indudable para Goya que aquellas dos hembras, cada una de las cuales era una conquista tan hermosa y tan rica, por lo ménos, como la de Méjico por Hernan Cortés, eran cosa suya, y que por ser suyas exclusiva-

mente y sin celos, acabarían por comerse la una á la otra.

Goya estaba en sus glorias. Se crecía como nunca se había crecido. No se podía resistir á sí mismo. Aquello era tener poder. Pero al mismo tiempo sentía un reconcomio que no le dejaba vivir. Le estorbaba el aire y por poco no brama como un toro con banderillas de fuego, que cada una de ellas le hartaban de pares con los ojos, y no al cuarteo ni al sesgo, sino á topa carnero, y metiendo los brazos que no había más que pedir.

—¿Pero acabará usted de pintar eso,—dijo la Cari-blanca,—que aquí estamos ya demás, y tengo ya gana de aire, que me ahogo?

Y la Cari-blanca resoplaba. La Miraflores no decía una palabra, pero achicharraba con los ojos á Goya.

Goya se fué á la pared, y mojando el dedo en vino, aquí toco, allá restriego, y luego sobre lo manchado rascando con el cuchillo, en ménos de cinco minutos hizo aparecer sobre la pared como cuerpo de la araña, y con tal verdad, que no parecía sino que estaba hablando; la misma mismísima fisonomía, sin quitar ni poner, de la duquesa de Alba.

—Si no fuera mirando á Dios,—dijo la Cari-blanca,—toda reblandecida y entusiasmada,—le daba á usted un beso, hombre.

—Pues no mire usted ni á Dios, ni al diablo—dijo Goya— ó figúrese usted que están ciegos.

Y se fué hácia la Maruja.

—Pare usted los piés, amigo,—dijo ella,—que esa y otras muchas cosas ya se verán, y no se ganó Zamora en una hora.

—¡Y como se conoce que tiene usted á la señora duquesa retratada en la memoria!—dijo la Antonia pro-

nunciando estas palabras como si se la hubieran caído.

La Maruja sintió el saetazo, se remordió los labios, y dijo:

—De modo y manera, que para acordarse de algo, no hay como estarlo sobando siempre, y estar hartizo. Y á mí me parece que esas señoronas han de ser como el jamon rancio y manido, que repite. ¡Quite oste, hombre, y qué fatiga! Y que hay cosas que parecen obras de caridad y merecen un tiro! ¡redios! ¡eche osté vino, hombre, que me parece que me van saliendo á mí telarañas, y es menester limpiarlas: que el que ciega no sabe lo que se hace: y en fin, hermano, póngale usted á esa señora un par de cuernecitos, que es muy hermoso, y si no le pone usted cuernos, le pueden hacer mal de ojo.

La Maruja iba ya hablando serio y tieso, y se iba poniendo encendida.

Los ojos la relampagueaban, y se comía con ellos á Goya.

La Antonia, cada vez más aplomada, hacía como que no entendía, y cuando no la veía la Maruja, soltaba unas atravesadas de soslayo á Goya, que le ponía á dar gritos.

¡Vaya unos ojos los de la Antonia! ¡pues no que los de la Maruja!..

Goya no se daba bien cuenta de lo que le acontecía. Sudaba como un señor; no se atrevía á hacer una de las suyas, porque no conocía bien los bichos con que se había liado y temía una cogida, y echarlo todo á perder, y perderlas á las dos por una imprudencia.

Había aprendido el trasteo en la buena escuela de los Romeros, y no se iba nunca al toro, sino cuando estaba seguro de que podía arrancar. Él prefería que el toro se le viniese al engaño. La verdad era que nin-

guna de las dos mozas estaba todavía á la muerte, y Goya se andaba con piés de plomo.

Le importaba mucho, porque las dos eran hermosísimas, y porque las dos tenían aroma.

¡Qué par de cuerpos! ¡y qué alma! ¡y qué quererres! ¡ni la gloria divina!

Pero no hay más que figurarse á un mozo en tales condiciones, para comprender lo que estaba aguantando Goya.

Todo se le volvía echar cálculos. Pero se embrollaba; no veía claro: entre tanto le pintaba dos largos cuernos de macho cabrío al magnífico retrato de la duquesa de Alba; no satisfecho aún, y por dar gusto á la Cariblanca, puso bajo la linda barba á la duquesa unas barbas de chivo y la prolongó las orejas.

Aquella hermosa cabeza con cuernos, orejas y barba de macho cabrío, con un asombroso parecido, y sostenida y como balanceada por ocho peludas y asquerosas patas de araña, era uno de los caprichos más fantásticos, más originales de la exuberante imaginación de Goya. Estaba además de tal manera tomada la luz, con tal verdad acusada la proyección, que aquella pintura hacía un sorprendente efecto de realidad. Espanataba y atraía.

—Pues si este hombre quisiera á esta mujer no la hubiera pintado así,—dijo la Cariblanca.

—De modo que cuando nos tratan mal, tomamos aborrecimiento á las personas, y todo nos parece poco para vengarnos,—dijo la Antonia.

—¡Para que no fueras tú la campana de espantaperros!—dijo la Maruja sintiendo en medio del alma aquel segundo saetazo.

La Antonia no contestó. Se redujo á redoblar con los dedos en la tapa de la guitarra.

Luego dijo soltando toda su voz, para que la oyesen bien y alargando el hermoso pescuezo:

—¡Tio Benitin!

—Allá va, señora,—contestó desde abajo la voz aguardentosa del ventero.

Goya entretanto se entretenía en poner una gargantilla de perlas con medallon y en colgar un par de pendientes de pedrería al retrato fantástico de la duquesa.

La Cari-blanca se embobaba.

Se sentía vengada.

## V.

Apareció el tio Benitin. En cuanto entró le dió en los ojos de una manera punzante el bellissimo retrato que de la duquesa habia hecho en la pared Goya.

—¡Animas benditas!—exclamó,—¡pues para echarme abajo la casa, con eso hay bastante! igual era que le hubiese usted pegado fuego, don Francisco.

—Pues su casa de usted—dijo la Maruja—vale ahora lo que no ha valido nunca, ni podia usted soñar que podia valer.

—Si á la señora la dicen que ahí está eso,—dijo el tio Benitin—todo lo que se diga es poco: vuela la venta como si se la hubieran llevado quince mil y más demonios, y yo voy á galeras por dos años y medio.

—Tio Benitin, deme usted la llave de este cuarto—dijo la Cari-blanca.

—¿Y para qué, señora mia?—dijo el tio Benitin.

—Que yo lo alquilo, y si á usted no le basta, lo compro. ¿Hay bastante con eso?

La Cariblanca sacó de la faltriquera un puñado de onzas y las echó sobre la mesa.

Algunas se fueron rodando al suelo.

—¡Vaya un poder,—dijo el tío Benitin,—y qué manera de sembrar! Pues ahí tiene usted la llave del cuarto, y aunque fuese de oro y de diamantes, señora.

Y el tío Benitin recogió las onzas que se habían caído.

—Ahora tome usted por el gasto, que nos vamos,—añadió la Cari-blanca.

Y arrojó sobre la mesa otra media docena de onzas.

—Si mi sangre la sirviera á usted para algo—dijo el tío Benitin,—ya estaba toda.

Y entretanto se guardaba las mejicanas.

—¡Vaya una sangre que tiene usted, hombre!—dijo la Maruja;—ni para emplasto. Ea, no busque usted, que ya no hay más; y ande usted y que arrimen el calesin que nos vamos: que mientras llegamos á Madrid ya es la hora; y esta hora va á ser señalada, y hay que aprovecharla. Conque lo dicho; este cuarto es mio; y en cuanto yo le desocupe, eche usted la llave y que no entre ni el aire sin mi licencia.

—Muy bien, señora, y pensamientos de ángeles que quiera su merced.

—Pues listos y andando—añadió la Maruja.

El tío Benitin hizo un giro de piés, y se volvió hacia la puerta.

—¿No oye usted?—dijo entonces la Miraflores.

El tío Benitin se quedó con una pata levantada y se volvió á la Miraflores.

—Usted mande, señora mia,—dijo:—¿en qué hay que servirla?

—¿Quién ha llamado á usted?—dijo la Antonia.

—Pues, usted, señora,—contestó el tío Benitin.

—¿Y por qué no me ha preguntado usted que era lo que á mí se me ofrecía?

—No habia pensado en ello:—usted perdone.

—No hay de qué: pero usted se cree que el mundo no se cae porque rueda.

—No entiendo.

—Pues mire usted, tío Benitin, mande usted que enganchen el coche de los borrachos; pues buenos estamos todos para que podamos ir encaramados en el calesin.

—Pues no has pensado mal, Antonia, que la cabeza se me va y se me viene. Ande usted con el coche de los pellejos, tío Benitin, que este es grande. No me ha pasado tal cosa en todos los dias de mi vida.

—Pues dentro de tres minutos—dijo el tío Benitin,—está puesto el *túmbulo*, y van ustedes á ir como los Padres Santos.

Y salió.

La venta del Espíritu Santo estaba entonces muy bien servida. Habia un coche en que cabian con comodidad seis personas y en casos graves diez, para cuando las tales personas no podian tenerse de punta y buscaban la posicion horizontal.

La excitacion sensual y espiritual que le habia causado Goya, combinándose con los vapores del vino, habian puesto á la Cari-blanca de tal manera, que empezaba ya sin guitarra el baile de—¡ay que te caes!—y le iba haciendo falta mudarse á la calle de ¡Tente tieso!

En cuanto á la Antonia, estaba completamente serena.

Se habia reservado. Estaba seria. Llamaba la atencion de Goya, que no veia en ella claro. Goya estaba sereno tambien: no porque no hubiese bebido mucho, sino porque tenia la sesera dura, y se necesitaba un mar de vino para reblandecérsela.

Pero si no estaba embriagado de vino, estaba embriagado de amor, ó más bien de deseo.

¿Pero por cuál de las dos? Para no andarse en cuestiones, ni con trabajos, ni con pesadumbres, y sobre todo para no equivocarse, las dos y más que vinieran.

Pero ¿y Pepita Bayeu? Seamos francos: en aquellos momentos no se acordaba Goya ni de Pepita, ni de San José. Pero para decirlo todo, Pepita Bayeu estaba donde no habia estado hasta ella ninguna mujer; esto es, en el alma de Goya. Sin embargo, Goya no se daba bien cuenta de esto. Miraba á Pepita como una cosa suya, aunque no dejaban de impresionarle los dulces y profundos ojos, la bonita garganta y el bonitísimo seno de la doncella. Pero aún por el lado de los deseos, los que inspiraba la Pepita á Goya eran dulces y tranquilos. No así los que le punzaban por las dos poderosas manolas. Goya estaba por ellas como un condenado en el infierno. Eran fuego vivo, y aquel fuego relampagueaba en sus ojos de un modo irresistible. Mareaba, aturdia, embriagaba, volvía loco. ¡Qué magnificencia de formas! ¡qué perfume! ¡qué cosa tan rica, tan hecha de encargo, tan apetitosa y tan gitana! ¡qué trapío, qué libras, qué piel y qué armadura! No habia más que tirarse de boca al suelo y encomendarse á Dios!

## VI.

—¡Ya está el púlpito!—dijo asomando el tío Benitin.

—¡Ea pues á los Madriles!—dijo la Maruja: y ande usted, hombre, que voy á ir con usted de bracete,—añá, dió dirigiéndose á Goya: eche usted la llave al cuarto tío Benitin, y cierre usted ántes las ventanas: que no entre aquí ni el aire, mientras no lo mande yo. Echa

tú á andar, Antonia; estás que parece que te lo deben y no te lo pagan. ¡Qué ánsias!

La Miraflores dejó la guitarra sobre la mesa, se recocó la mantilla, se apretó la peineta y siguió con aire firme y decidido á Goya, que llevaba a remolque á la Cari-blanca.

---

## CAPITULO XVII.

**De como Goya, sino se emborrachaba de vino, se emborrachaba de mujer.**

### I.

El púlpito, segun llamaba á su coche de socorro el tío Benitin, tardó tres horas largas en llegar desde la venta del Espíritu Santo á la calle de Calatrava, donde tenia su despacho de vinos la Miraflores.

Se habian hecho en el camino diez ó doce estaciones. Se habia echado mosto sobre mosto. La Maruja no se veia ya. Goya estaba entre dos luces. Sólo la Miraflores se conservaba serena.

Y no era decir que no habia bebido: que hubiera podido dársela título de mosquito sin inconveniente alguno; pero aguantaba la señora, que era un prodigio; bebia con reposo, y sin partir la copa en tragos, sino de uno solo, y cuando era menester, se escurria á un lado como quien no hace la cosa y se metia los dedos y por aquella preciosa boca de claveles echaba el enemigo fuera y se quedaba tan completa y volvía á la

carga, sin que nadie se enterase: no así la Cari-blanca, que tragaba y tragaba, y era dura para expeler, y el mostagan la hervía dentro, y la había puesto con la cabeza de plomo y las patitas de vendo. De modo y manera, que cuando llegó á la casa de la Miraflores, fué menester sacarla á puñados del coche y acostarla en la cama de la Miraflores, y avisar á su padre para que supiese lo que tenía su hija, y donde estaba, para que no estuviese sin cuidado.

## II.

Goya conocía también el sistema del desagüe, y se tenía firme; aunque con un poquito de *jumo*, lo que no le hacía; antes bien le favorecía, como favorecen las especias á un buen guisado.

La Miraflores despidió el coche, dando al mayoral dos pesos de propina, y con una propina igual despidió al calesero de la Maruja, que en el calesin se había venido tras el coche, y dándole el recado para el padre de la Maruja.

Después introdujo por la trastienda en la casa á Goya.

—Pues diga usted, don Francisco,—dijo sonriendo con una melancólica é insinuante gracia la Miraflores,—que ya ha tomado usted posesion de lo que es suyo.

—¿Y qué es lo mio?—preguntó Goya.

—Esta casa.

—¿Y el ama?

—¡Hombre! ¡yo no sé como no le salto á usted un ojo! ¡pues, y á cuántas quiere usted! ¡no parece sino que estamos en tierra de moros!

—Pues moras más moras que sus ojos de usted y

que más chispas echen, no las he visto en todos los días de mi vida.

—¿Y usted cree que esas dos moritas no se habrán empleado ya en alguien?

—¡Ay, hija mia, que tienen un no sé qué esos ojos, que no parece sino que por ellos se ve el paraíso terreno! antes de que anduviera por él la serpiente!

—¡Pues no es usted poco presumido que digamos, y poco avaricioso, hijo!

—¿Yo? ¿y por qué?

—Pues por nada; porque le parece á usted que no le ha podido gustar á una mujer que á usted le guste ninguna, hombre, hasta que le ha visto á usted! Y que á usted le gustan todas.

—¡La que está más cerca!

Y Goya echó la mano á uno de los redondos muslos de la Miraflores, pero sin efecto, porque se encontró con una mano rígida que lo impidió.

—Vamos, no se *despropase* usted,—dijo Antonia,—que no hay para qué, ni á mí me ha de tocar á la ropa nadie, sino cuando sea mi amo, y ese anda un poquito por las nubes, que tengo yo muchos volantones. Y lo que usted tiene que hacer, es irse, que no quiero yo disgustos con las amigas, ni que sepa la Maruja cuando se la pase la mona, que ha estado usted aquí mucho tiempo solo conmigo: y en fin, hombre—añadió, viendo que Goya se sonreía con cierto aire de triunfo,—qué á mí me importa usted todo junto lo que me encontré esta mañana. Ea, y con Dios y que no sea usted *jartizo*, y vaya usted con Dios y hasta la vista: que, eso sí, esta casa es muy de usted, y puede usted venir cuando quiera y honrarla, que se servirá á usted con la persona y con los intereses.

—Bueno,—dijo Goya,—me voy: pero esta noche ven-

go á darle á usted música. ¡Qué mujer, señor! ¡qué mo-  
rena! ¡Me ha descuadrilado usted!

—Se conoce que tiene usted pecho para mucho.

—Lo que yo conozco es que no sé lo que me pasa,  
dijo Goya.

—¿No oye usted, que se vaya usted,—dijo Antonia—  
que no quiero yo mucha conversacion con usted, no  
sabiéndolo la otra?

Dijo de una manera tan decidida estas palabras la  
Miraflores, que Goya comprendió no debía insistir.

Pero á vuelta de su desabrimiento, Antonia le abra-  
saba á miradas, y lo que le decia con la boca, lo des-  
desmentia con los ojos.

—Ea, pues hasta luego señora,—dijo Goya—y mire  
usted, que quiero que usted me oiga; que tengo yo muy  
buena voz.

Y Goya se levantó, y tomó una mano á la Antonia, y  
pretendió besársela.

—Eso se queda para las señoronas, que todas son  
pintura y mentira,—dijo la Miraflores;—por acá se  
besa más alto y no ha llegado todavía la hora.

Y retiró la mano.

—¿Y cuándo suena su reló de usted, señora?—dijo  
Goya.

—Cuando suelen ponerlo en hora.

—Pues me voy á meter á relojero.

—¿No oye usted que se vaya usted, ya?

—Ea, pues con Dios,—dijo Goya dirigiéndose á la  
puerta.

—Oiga usted, señor,—dijo la Miraflores.

—Me parece á mí que no quiere usted que yo me  
vaya.

—Hombre, no sea usted presumido, que no es eso.  
Es que soy caritativa.

—Pues así la quiero yo á usted.

—Hombre, siempre es bueno que las gentes sepan donde están.

—Yo siempre estoy en mi tierra.

—Pues mire usted que hay tierras falsas, en que un hombre se puede ver metido hasta el pescuezo.

—Mejor; así se tiene á gusto todo el cuerpo.

—Hombre, para usted está todo bueno: usted ni teme ni debe.

—Pues se engaña usted, que le tengo miedo á sus ojos de usted, y le debo á usted el que usted sepa quien soy yo.

—¡Si me lo sé: y por lo mismo le digo á usted que cuando venga usted á darme música, venga usted prevenido, que hay moros en la costa!

—Pues yo soy barco de rey, que no le temo á los corsarios: oiga usted: ¿y á esos moritos los abriga usted?

—Hombre no, que yo no he abrigado aún á nadie.

—Pues ¿para cuándo se guarda usted, moza?

—¡Jesús y qué fatiga!—dijo con una impaciencia que metía en ganas la Miraflores: no acabaremos nunca: usted se agarra á una palabra y vuelta otra, y es menester responder, y hasta el día del Sábado Santo por la tarde. ¿No oye usted que se vaya usted?—Y esto no es echarle á usted, sino que conviene.

—Oiga usted, señora: un poquito más y me voy.

—Venga ese poquito más; pero que no tengamos que esos poquitos de usted sean más largos que desde aquí á Filipinas.

—Pues yo he visto que junto á la puerta de su casa de usted hay una reja muy grande.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que cuando yo venga á darle á usted música, quiero que usted esté en la reja de cuerpo entero.

—Mire usted no sea que si yo me pongo de cuerpo entero en la reja, le pongan á usted de cuerpo presente.

—Pues ya me pueden echar á mi cuerpecito para eso: descuide usted, moza, que quien la quiere á usted no le dará el disgusto de que llora por él.

—¡Llorar! ¡válgame Dios, llorar! ¡quien llora se pone feo y no estoy de humor!

—¡Ay, madrina, que me parece que tiene usted las lágrimas en los ojos!

—¡Por usted! ¡mire usted qué casualidad! ¡redios y qué hombres! En diciendo que una mujer les habla un poco así como quien dice; ya está! ¡pues no tiene usted mucha tierra en la Habana, cristiano! ¿si se creará usted que todas somos aquí la condesa de Benavente, ó la duquesa de Alba, ú otra que no hay que decir quien es? ¡Ea, si se irá usted!

—¡Y si no me da la gana!

—¡Pues me gusta, hombre!

—¡Y si yo no puedo apartarme de usted, porque se me arrancan las alitas del corazón!

—¡So embustero! ¡pues si cuando estábamos allá en la venta se le llevaba á usted el diablo, porque no se podía usted hacer dos, y todavía se acordaba usted de otra y la pintaba usted en la pared! ¿Es usted capitán general, y tantas veo tantas quiero? ¡si está usted muy regoldon, hijo, porque las mujeres de hoy en día están que no tienen vergüenza, y saltan por un hombre! ¡Si usted necesita una que no pueda usted con ella, ¿estamos? y que de desesperado le haga á usted bailar de cabeza! ¡pues me gusta el estómago que tiene el hombre, que cree que todas se mueren por él! ¡y mire usted, los hombres de hoy que son todos unos trapos!

—¡Usted abusa!—dijo Goya, que se puso pálido.

La Miraflores habia dicho sus últimas palabras de la manera más despreciativa del mundo.

—¿Y qué culpa tengo yo,—contestó acreciendo en lo agresivo de la voz, del semblante y de la mirada la la Miraflores,—si los hombres no se dan á respetar?

—¿Y si yo te tratara como si fueras cosa mia?—dijo Goya yéndose para la Miraflores con la mano levantada.

—¡Ay, quítate de ahí que me has matado! —dijo retrocediendo la Miraflores:—¡qué, venias á darme de veras! ¡ay qué sangrecita que te ha dado Dios, hijo mio! Vamos, ¿quieres que te lo diga? puessi, tú eres el amo de esta casa y de este cuerpo Pero déjame, déjame que se me pase el susto, que como no he querido nunca á ningun hombre, estoy que no me tiento.

—Pues así me gusta á mí que las mujeres digan lo que son y lo que sienten: y venga usted acá, señora, y déme usted un abrazo, que estoy palpitando, y quiero yo que usted sienta como se menea el corazon por usted, morena.

—Eso si que no,—dijo la Miraflores:—que yo no abrazaré ni á usted ni á nadie, sino á mi marido: y eso está muy por ver todavía, y es menester muchas pruebas. Y usted haga lo que quiera, y máteme usted, pero yo le pido á usted por la Virgen Santísima que se vaya.

—¡Tú tienes miedo, niña!

—¡Por mis ojitos que le gustan á usted! ¿quiere usted irse?

—Pues bueno, mujer, me voy.

—Y yo voy á cerrar el almacen, que ya es hora.

—Cuando yo vuelva, ¿saldrás á la reja?

—Saldré.

—Pues hasta luego, reina.

—Vaya usted con Dios, rey.

Goya salió: pero iba reacio.

Habia en la Miraflores algo que le retenia.

La tenia cerca, y por ella habia olvidado á su amiga:  
á todas las que le entretenian ó le incitaban.

La Miraflores era una mujer por todo lo alto.

Como de encargo para incitar á Goya.

La flor y la nata de la manolería.

Con más alma y más intención que un toro de Col-  
menar Viejo.

—¿Por qué tendrá tal empeño en que yo me vaya?—  
dijo Goya saliendo.—En fin, ya veremos eso.

Y echó á andar traspillado.

Eran muchas las magnificencias del cuerpo y del alma  
de la Miraflores.

---

## CAPITULO XVIII.

### De como Goya, sin verle ni concerle estropeó á un hombre.

#### 1.

Siguiendo por la calle de Calatrava adelante hácia la de Toledo, Goya fué á dar en la Fuentecilla.

Delante de la taberna del Curro habia algunos hombres en corro.

—Pues no—decia uno,—Costillares ha estado esta tarde que ni en pecado mortal: esto ya no es torear: la escuela de Sevilla con todas sus pinturas va de cabeza: ¡valientes tres golletazos que nos ha regalado el hombre! ¿y esta es la grande invencion, lo que llaman volapies?

—¡Ya!—dijo otro; usted en no embraguetándose con los toros á lo bruto, á lo rondeño, á me matas ó te mato, no conoce usted nada!

—Hombre, á mí me gusta que se hagan las cosas como Dios manda, y que un hombre se ponga en el terreno

del toro, y que el toro no haga lo que él quiera, sino lo que el diestro le mande; ¿está usted? que para eso tiene en la mano el diestro un trapo para que el toro le obedezca, no para valerse de trazas, y salga lo que saliere, y todo es toro: y vamos andando, y estamos despachados; y el diestro que arranca á un toro, cuando su obligacion es hacer que el toro le arranque á él, ni es torero, ni sabe lo que se hace, ni tiene seguridad: así es que con la escuela de Sevilla estamos viendo siempre arrollados á esos hombres, y si no suceden en todas las corridas quince desgracias, es porque los toros no tienen todas las picardías que era menester que tuvieran, para que se torease con más aplomo y más reflexion; y se le sacaria más gusto al espectáculo, que hoy no se han podido ver más que los tres toros que ha estoqueado el señor Juan Romero.

—Mire usted, eso va en gustos—dijo otro,—que el asunto es engañar al toro, y nadie ha matado todavía un toro de peto á peto: y si excelencias tiene la escuela de Ronda, no las tiene ménos la escuela de Sevilla: y ustedes verán como con el tiempo, de las dos escuelas se hace una, y entonces será lo que debe ser. Y lo que es esta tarde ni el señor Juan Romero le ha llevado la palma al señor Costillares, ni el señor Costillares al señor Romero. Y dejémonos de parcialidades, que la justicia es una sola, y da á cada uno lo que es suyo, ó no es justicia. Y no se hable de golletazos, que no es razon, que las estocadas del señor Costillares esta tarde no fueron sino un poco tendidas; y eso no le hace, que eso consiste en que el toro no humilla bien y tira á encastillarse en el mismo remate de la suerte. Pero aquí viene el señor Juan Lopez y él nos dirá.

## II.

El señor Juan Lopez era uno de los picadores más tamosos de aquel tiempo, y por tan inteligente se le tenia, que su voto decidia de plano las más árduas cuestiones taurómacas.

Y todavía no era viejo: como que aún no habia cumplido sus treinta años.

—Todos han hecho lo que han podido,—dijo entrando en la cuestion,—y cuando un hombre hace lo que puede, no hay que pedirle más: los bichos estaban corridos, picardeados, se iban al bulto y se cernian en la suerte. Ya han visto ustedes que á mí se me ha colado el quinto toro, me ha desarmado y me ha dado un tumbo de los de gracia. Pero eso ha consistido en lo que yo me sé.

Goya, que se desvivía por los toros, se habia parado á cierta distancia y escuchaba.

—¿Y en qué ha consistido, señor Juan Lopez?—dijo uno de los del corro.

—Eso, señor don Gabriel,—dijo el señor Juan Lopez,—ha consistido en que yo tenia el santo en el cielo, y no veía más que una cosa que estaba fuera de la plaza. Y cuando un hombre no está en el negocio que tiene entre manos, le sucede lo que á mí me sucedió, que si no es por el muchacho que estuvo al quite como él sabe estarlo, me parece á mí que el bichito me hace volar sin alas.

—¡El muchacho!—dijo otro—el muchacho es un sol: ya verán ustedes.

—Por visto—dijo el señor Juan Lopez:—Pedro Romero, aunque es jóven todavía, sabe más que todos los toreros viejos y va á dejar en mantillas á su padre

y á su abuelo: ¡cómo acabó las dos reses! ¡cómo las ha compuesto de tres solos pases, como si las hubiera tenido en la mano! Vamos, los toros se han hecho para él y él para los toros: y si esta tarde han parecido mal el señor Costillares y el señor Juan Romero, es porque el señor Pedro Romero los ha deslucido.

—¿Ya le llama usted el señor Pedro Romero?—observó uno.

—Y con el tiempo le llamarán don Pedro, y con mucho respeto,—añadió con acento doctoral Juan Lopez, como diciendo:—Basta con que lo diga yo,

—¿Y qué era lo que á usted le pasaba, señor Juan Lopez—dijo uno,—que usted dice que no estaba en la plaza y que tenia usted el santo en el cielo?

—Que dos mujeres que yo creía muy completas y una de las cuales me importa mucho, se me han vuelto dos golondrinas: y lo que es yo las alicorto, á lo ménos á la que me interesa, para que no vuelva á irse con el primer vencejo que se encuentre.

—¿Conque está usted enamorado, y no lo sabemos, señor Juan Lopez?—dijo otro.

—Cuando un hombre es hombre y tiene pecho, y anda tras una mujer, se lo come: si vence, por no avergonzarla á ella, y si es vencido, por no avergonzarse él. Y no digo más, y vamos andando, que ello resollará. Y queden ustedes con Dios y hasta la vista, que yo me voy á mis negocios.

Y se fué, dejando á todos en curiosidad y deseo de saber quién era la mujer que se le habia torcido al señor Juan Lopez.

### III.

Para Goya, que, protegido por la oscuridad ó por una esquina inmediata, lo habia oido todo, no habia misterio.

Recordó que cuando le llamó la Mari-Blanca para hacerle montar en el calesin, iba no léjos, á caballo y vestido para la lidia, el picador Juan Lopez.

Así, pues, teniendo en cuenta lo que Lopez acababa de decir, Goya cayó en la cuenta de que los moros en la costa de que le habia hablado la Miraflores no eran otros que el señor Juan Lopez, un gran picador, al que se tenía por tan valiente para los hombres como para las reses; un temeron que espantaba á los más curados de espanto, y que se decia si tenia ó no tenia dos muertes; pero hechas limpiamente en riña y sin ventaja, como hacian estas cosas cuando las hacian los hombres de bien.

Ello era que él habia salido con bien de aquellas desgracias y que ni áun siquiera habia estado preso.

A los dos hoyos se les habia echado tierra, gracias á los valedores del señor Juan Lopez, que tenia muy buenas relaciones.

#### IV.

Goya se picó de miron, y dijo para sí:

—Pues ya ha dejado de hacer el fantasmón este prógimo, y me parece á mí que si por tener el santo en el cielo le ha dado un tumbo el quinto toro, por querer meterse en el cielo de la Miraflores le voy yo á dar tumbo y medio. Pero no hay que apresurarse, que no hay para qué, y ya se vendrá el negocio á las manos, y bien venido. Vamos ahora á donde debemos ir, que la verdad es que yo he hecho esta tarde algo que no ha sido digno.

Y Goya, recordando á su novia Pepita Bayeu, suspiró.

Esto significaba que si se alegraba con todas las mu-

jeros, tenia una en el alma, y que aquella que en el alma tenia era su novia.

## V.

Se fué á casa de su maestro Bayeu, más bien de su padre, porque estaba ya tratado su casamiento con la hija del buen pintor.

Llegó á la puerta y llamó.

—¿Quién es? preguntó desde adentro con voz severa y ronca el mismo Bayeu.

No parecia sino que en la manera de llamar habia conocido á Goya.

—Soy yo, contestó éste cariñosamente.

—Usted se ha equivocado, dijo Bayeu; aquí no conocemos á usted. Vaya usted con Dios.

—Bueno,—dijo Goya, que conocia que no estaba el alcarcel para pitos:—mañana será otro dia. Buenas noches.

No le contestaron. Goya se fué con el corazon oprimido. Conocía la firmeza de carácter de Bayeu. La cosa se presentaba seria.

Goya se encogió de hombros y dijo:

—Y bien, si ya ha sucedido, ¿qué se le ha de hacer? Y se fue en paso lento á su casa.

Entre estas y las otras ya eran las diez de la noche. Hacia fresco, casi frio. Goya se puso una gran montera y un capote y se metió bajo el brazo una espada española de las de á cinco palmos desde la cruz y bajo el brazo una guitarra. Estaba aburrido, y su aburrimiento le tiraba hácia la casa de la Miraflores.

No solamente todas las tiendas estaban cerradas, sino tambien todas las casas.

Los escasos faroles del alumbrado público habian

gastado su aceite y se iban apagando; pero con frecuencia en esta ó en otra calle, en tal ó cual esquina lucian los dos farolillos de alguna imágen puestos allí por la devocion de los vecinos.

## VI.

El silencio era profundo. Los transeuntes raros. Las gentes de aquel tiempo se recogian muy temprano. Las comedias, cuando las habia, se representaban por la tarde. Era otra vida. Hoy en Madrid se vive más de noche que de dia.

La Plaza Mayor era un mercado compuesto, más que de puestos ó cajones, de barracas, que formaban un laberinto, por el cual no era muy seguro pasar.

Solian encontrarse allí, á pesar de las rondas y del rigor con que eran castigados los ladrones, gentes de mal vivir que se entrometian á dar las buenas noches á los que en aquel laberinto se metian.

Goya atravesó por allí sin recelo, ganó la calle de Toledo, dejó atrás la plazuela de la Cebada, que era otro mercado, y llegando á la Fuentecilla torció á la derecha y se metió en la calle de Calatrava.

## VII.

En el comedio de ésta, á la izquierda, estaba el almacén de vinos de la Miraflores. A la derecha de la puerta estaba la reja de cuerpo entero en que habia reparado Goya.

Una magnífica reja que con su parte inferior tocaba el suelo.

En la otra acera, algo más arriba, hacia la calle de Toledo, en una pared, como á tres varas del suelo, en-

tre dos ventanas, bajo un tejadillo de tablas, habia pintada al óleo y ya renegrida por el tiempo, una confusa imágen de Nuestra Señora de los Remedios, alumbrada por dos farcillos que ardían muy bien, sin duda por la buena devocion de los vecinos, y alumbraban aquel trozo de la calle mucho más de lo que Goya hubiera querido.

## VIII.

Delante de él habia entrado en la calle un hombre de buena estatura, fornido, gallardo, envuelto en un capotillo encarnado de los que usaban los toreros, con un gran sombrero de fieltro gris, á la manera de los de los frailes franciscos.

Llevaba medias blancas y zapatos blancos tambien; por debajo del capotillo asomaba la mitad de una espada larga y ancha, y andaba con alguna dificultad, como un hombre lastimado.

Goya le conoció. El conocia á todos los toreros y todos los toreros le conocian á él. Era el picador Juan Lopez.

Sin duda que si iba por allí á tal hora y tan bien armado, en vez de estarse en la cama para reponerse del tumbo que le habia dado aquella tarde el quinto toro, y que era de seguro lo que le hacia andar de una manera poco desembarazada, sin duda que si iba por allí, repetimos, era por celar á la Mariflores ó por hablar con ella.

## IX.

Goya se rezagó mas y más. Aunque era bravo y mal sufridor y todo le irritaba, era aplomado, sereno y pru-

dente y no precipitaba las cosas, sino que las dejaba venir bien venidas. No se alteraba, y tenia siempre sobre sus enemigos la ventaja de que veia bien.

El señor Juan Lopez no habia sentido á Goya.

Este habia recatado sus pisadas.

Quería saber á qué iba allí, ó más bien, cómo se recibía allí al señor Juan Lopez, que harto claro para él habia dicho al principio de la noche en la Fuentecilla, sin saber que él escuchaba, que estaba interesado por la Miraflores.

La Miraflores privaba entonces con Goya. La habia sobrepuesto á la Cari-Blanca. Esto no queria decir que de la Cari-Blanca hubiese prescindido Goya.

El no prescindia de ninguna mujer. Se despenaba por todas, pero en ninguna pensaba como en Pepita Bayeu, ni á ninguna la respetaba de tal manera.

Estaba en lo álgido de sus turbulentas pasiones, pero en aquel piélagó tormentoso habia un bello puerto tranquilo.

Aquel puerto era Pepita, ó la Pepa, como él la llamaba.

Estaba vivamente incitado por la Miraflores, le cosquilleaba además la Cari-Blanca; pero le acosaba el disgusto que por su causa estaba pasando indudablemente la Pepa.

De la condesa de Benavente, de la duquesa de Alba y de otras muchas señoras que pintaba al pastel, ni siquiera se acordaba. El gran mundo le gustaba mucho menos que el mundo de *rompe y rasga*, aunque en el fondo ambos mundos se parecían mucho.

Pero en el mundo *flameaco*, por decirlo así, estaba más á su gusto. Tenia más libertad: habia en él más sal y más picante. Se podia hablar por todo lo alto sin miramientos, descuidar el traje y estirar la pierna a

todo lo que se queria, en la seguridad de que no habia de faltar sábana.

Los lances y las culebras eran casi seguros en el mundo de la gente cruda y á cada paso, en tanto que en el mundo culto se sufría una monotonía espantosa. Los maridos eran ciegos, los hermanos se callaban, los padres tenían buen genio: no habia más movimiento que el de un amor fácil y ocioso, sin otro aliciente que el de una belleza perfumada, pero no tan fresca, ni tan fuerte, ni tan incitante como la de las hembras del bronce, que no por eso dejaban de estar también perfumadas y aún sahumadas. Habia en estas mozas más espontaneidad, más vida, más fuerza, más sangre. Goya habia nacido para todo lo enérgico. Por esto las majas le volvían loco. Así las pintaba. Así las sentía. Que se las vea tal como él, que se las sabia de memoria, las ha conservado en el lienzo y en los frescos de San Antonio de la Florida, disfrazadas de ángeles, y dígase si aquellas hembras merecían que se las quisiera.

## X.

Como decíamos, el señor Juan Lopez no se habia apercebido de la presencia de Goya en la calle. Habia entrado en ella ántes que él. Al mismo tiempo, por el otro lado de la calle de Calatrava correspondiente á la del Aguila, se oyó el sonido de la campanilla de un hermano del pecado mortal. Al mismo tiempo una voz extensa, pero pavorosa, chillona, insoportable, casi infernal, cantó esta saeta:

El que vela procurando  
perder el alma en torpezas,  
no mira que desde el cielo  
Dios airado le contempla.

Aún no había el del pecado mortal acabado de cantar esta copla, cuando el señor Juan Lopez se dirigió hácia el extremo de la calle donde la voz había sonado, y con un tal vigor, con una tal fuerza, como si aquella tarde no hubiera sufrido un revolcon de órdago.

A poco se oyó ruido de espadas. Goya, que no necesitaba de mucho, sintió la atracción. Acudió al reclamo, llegó, y se encontró con que el del pecado mortal estaba liado á testarazos con el señor Juan Lopez.

## XI.

Saltaban chispas de las espadas. A primera vista Goya, que era muy inteligente, conoció que los dos manejaban bien los hierros.

De improviso el del pecado mortal, que se veía negro porque el señor Juan Lopez le acorralaba sintiendo á Goya que se acercaba á la carrera, se valió de una tunantería y dijo:

—¡Espérate, no le dés! ¡déjame lo á mí solo!

Como era natural, el señor Juan Lopez volvió la cara: el del pecado mortal le metió en aquel momento una cuchillada tal en la cabeza, que Juan Lopez sin poder tenerse dió en el suelo.

—¡Ah traicionero!—exclamó Goya.

Y dejando caer la guitarra tiró de la espada y se fué sobre el hermano del pecado mortal.

Algunas ventanas se habían abierto, y sonaban algunas voces que gritaban á grito herido:

—¡La ronda! ¡la ronda! ¡que se matan!

En un dos por tres Goya, después de haber parado dos furiosos tajos del del pecado mortal, lió como quien dice la muleta, y arrancando le dió al otro una por todo lo alto en la tetilla derecha, de la cual sin po-

derse valer se vino al suelo, y no dijo ni siquiera esta boca es mia.

—¿Y quién me ha metido á mí en esto?—dijo Goya. Pero se encogió de hombros segun su costumbre.

Lo hecho ya estaba hecho. No habia para qué pensar en ello.

Al mismo tiempo se oyeron, viniendo de la calle del Aguila cerca de la de Calatrava, voces alteradas que decian con mucha autoridad:

—¡Ténganse á la justicia! ¡favor al rey!

Goya no habia estado nunca preso y tenia mucho asco á que le guardasen.

Se dió á correr hácia la calle de Toledo. Se abrió una puerta y una voz le dijo:

—¡Aquí, don Francisco! ¡aquí!

Goya se metió por aquella puerta, que se cerró.

Le asió entre las tinieblas una mano suave de mujer. Aquella mano estaba fria y temblaba.

Tiró de Goya y le llevó á un cuarto en que habia luz. Entonces Goya conoció á la Miraflores.

---

## CAPITULO XIX.

**De la bola de nieve que se hizo, por meterse Goya en lo que no le importaba.**

### I.

—Estése usted aquí sin cuidado, que está usted en su casa y yo voy á ver lo que pasa por la calle,—dijo la Miraflores.

Y salió. Goya acabó por encontrar que aquello no le venia del todo mal. Tal vez sin aquella aventura no se le hubiera abierto á aquella hora la puerta de la hermosa morena.

Reparó en la habitacion en que se encontraba.

Era una pequeña sala.

Tenia las paredes blanqueadas, y el techo de viguetas y bovedillas.

El mueblaje era de caoba con forros de damasco amarillo las sillas, los sillones y el canapé.

Habia una gran cómoda con adornos de bronce dorado, y sobre ella una urna con un niño Jesús vestido de raso blanco bordado con lentejuelas de oro.

collarcito de perlas cerrado por un diamante, aureola de oro, y en la mano una cruz de oro.

A los lados de la urna habia dos floreros de China de la Moncloa: una bella lámpara de noche, tambien de China, alumbraba al niño Jesús y arrojaba una luz débil sobre el aposento: el suelo estaba cubierto por una alfombra de una sola pieza, y delante del canapé habia una copa de metal dorado llena de fuego; al fondo se veia la entreabierta puerta de una alcoba en cuyas vidrieras se veian cortinillas de muselina bordadas.

En las rinconeras se veian floreros y juguetes de porcelana.

Habia allí un cierto lujo.

Aquello olia bien.

Olia á casto.

Incitaba.

Goya acabó por encontrarse más á gusto.

No le pesaba de la estocada que habia dado á aquel hombre á quien no conocia.

Habia castigado á un alevoso que se habia valido de una infame artimaña para llamar la atencion de Juan Lopez, y herirle á mansalva distrayéndole.

## II.

La Miraflores se habia subido al piso principal y habia abierto de candilejo una ventana.

Allá á lo último de la calle, junto á la esquina de la del Aguila, la ronda rodeaba á dos hombres que estaban tendidos el uno á poca distancia del otro.

Un alguacil alumbraba con una linterna. Otro tenia una guitarra en la mano. A la luz de la linterna el alcalde examinaba aquella guitarra.

—Maldita sea la guitarra,—dijo la Miraflores,—que por ella le van á conocer. Pero no le hace ¡ya le sacaremos adelante, y no le ha de faltar ni gloria de Dios! ¡Y vaya si es hombre! ¡cuidado con haberle dado al Agonizante lo que le ha dado!



## III.

La Miraflores se habia entusiasmado con Goya.

Le estaba esperando asomada de candilejo á aquella misma ventana, desde la que acechaba lo que hacia la justicia.

Habia visto por la calle al señor Juan Lopez y habia dicho:

—¡Ya viene ese posma! ¡hombre, qué lástima que en la corrida de esta tarde el tumbo no haya sido de manera que no hubiese podido moverse en cien años!

La Miraflores sabia lo que habia pasado en la corrida: lo habian contado los que habian ido al almacén.

—No, pues si se pone ahí de guardacanton como otras noches esperando á que yo salga á la ventana á hablar con él y en el entretanto viene el otro, ya la tenemos. Pero me parece á mí que el aragonesillo tiene bastante para darle á ese farfanton y para que le sobre.

Entonces fué cuando se oyó la campanilla del hermano del pecado mortal y la única saeta que cantó, y fué cuando el señor Juan Lopez se disparó, y sucedió lo que ya hemos referido.

Entonces, viendo la Miraflores que Goya huia el bulto, bajó en dos saltos las escaleras, abrió la puerta, le amparó, y luego volvió á la ventana á ver lo que sucedia.

#### IV.

La justicia no se habia apercibido de que el hombre que habia herido al hermano del pecado mortal se habia escabullido.

Aunque algun vecino se habia asomado á la ventana al estruendo de la riña, si vieron que un hombre se habia refugiado en la casa de la Miraflores, se figuraron que no lo habian visto. En España todo el mundo se calla cuando presencia por casualidad uno de estos lances, primero por favorecer al pobre que ha tenido la desgracia de matar á un prógimo, y además por no meterse en contestaciones con la justicia.

#### V.

La guitarra era muy rica, como las gastaba Goya:

la adornaba una moña de raso verde muy vistosa, y en el reverso tenia al óleo el retrato de una gitanilla del Barranco de Embajadores, que era la mejor moza de la gitanería madrileña, y con la cual habia tenido Goya dares y tomares.

El retrato no estaba firmado: pero no importaba; las obras de Goya tienen un tal carácter que se firman por sí mismas.

Y hé aquí que uno de los alguaciles que iban en la ronda la daba de pintor, y dijo:

—¡Calla! ¡la Mariposa! ¡la reina de las gitanas! ¡y está que habla! y no hay que preguntar quien la ha retratado, que ahí se está viendo claramente la mano de don Francisco de Goya.

—¿Y qué tenemos con eso?—dijo el señor Juan Lopez, á quien habian levantado dos alguaciles y se apretaba la mano sobre la cabeza para contener la sangre que le salia de la cuchillada: quien le ha dado á ese mal fraile la que le tiene en tierra, y puede ser que muerto, he sido yo.

El señor Juan Lopez era noblejon y agradecido y queria salvar, áun á costa del compromiso en que se metia, al hombre que sin irle ni venirle le habia vengado de la cuchillada dada por el otro á traicion.

—Esas cuentas ya se ajustarán más despacio,—dijo el alcalde:—llévase á ese hombre al momento al hospital á que le curen, y traigan una escalera para llevar á éste que no se mueve, aunque no esté muerto.

## VI.

El señor Juan Lopez fué conducido: se le llevó al hospital de la Orden Tercera á que le curasen de primera intencion por ser el hospital más próximo, y de

allí, ya curado, se le condujo al General, donde se le dejó en la sala de presos, y muy recomendado. La justicia se agarraba. Necesitaba hacer un proceso, y hacerlo bien. El señor Juan Lopez quedó en calidad de incomunicado.

## VII.

El otro mal herido fué llevado al hospital general en una escalera. Cuando se le reconoció se vió que tenía una herida muy grave dos dedos por bajo la tetilla derecha.

A causa de la pérdida de la sangre estaba desmayado y no se le podia hacer una sola pregunta: habia que esperar á que se mejorase, y los médicos del hospital decian que aquello era casi una liquidacion, y que mucho seria que el herido no se fuese á la otra banda y en muy poco tiempo.

Por si se iba ó no se iba se le dejó tambien en la sala de presos é incomunicado.

Al reconocerle se habia notado que llevaba peluca.

Bajo la peluca se halló su cabeza afeitada y con un cerquillo muy estrecho, como el que usaban los padres agonizantes de San Camilo de Lelis: este convento estaba en la calle de Fuencarral, en el núm. 3 de la manzana 303. Lo habia fundado en 1643 el padre fray Miguel de Monserrat, y era una órden muy ascética y muy rígida.

Sólo el cerquillo podia revelar que el herido era religioso. Llevaba la túnica con capucha de la cofradía del Pecado mortal, pero esta la llevaban todos los cofrades y no significaba estado alguno social. En la cofradía del Pecado mortal habia hermanos de todas las clases y de todas las condiciones. En cuanto al traje que debajo de la túnica llevaba el herido, era el de los

manolos ricos y rumbones. Se encontró un cuchillo de Albacete, una bolsa con un par de docenas de onzas de oro y una caja de oro y diamantes con riquísimo rapé portugués, pañuelo de batista bordado, dos sortijas y un alfiler de diamantes en la camisa, cuya guirindola era de lo más rico y más á la moda que se llevaba.

Se le habian cogido además la campanilla y el farol que llevaban todos los del Pecado mortal, y la espada española con que habia, aunque malamente, peleado.

### VIII.

El alcalde era de los tiesos, de los que no conocian ni á su padre ni á su madre: era además de los no vulgares, porque era uno de los de la casa y corte del rey en Madrid que componían la quinta sala del Consejo de Estado, que eran, en fin, unos personajes de muchas campanillas, y áun estas de oro. Madrid entonces estaba dividido en ocho cuarteles, y de cada uno de estos cuarteles era alcalde uno de casa y corte. Don Diego Navascues de Figueroa, marqués del Páramo de San Cedrian, que este era el señor de que nos ocupamos, tenia á su cargo el cuartel de San Francisco, y en él se hacia temer como una espada desnuda.

### IX.

No era el señor don Diego Navascues de Figueroa hombre que se parase en miramientos de ninguna especie: ya podia haber estado el medio de una prueba metido en el *Sancta Sanctorum* más respetable: él se hubiera ido allí, y sin faltar á ninguna de las prescripciones del derecho ni de la cortesanía, hubiera hecho cuanto hubiera sido conducente para el esclarecimien-

to de una prueba en servicio de la justicia, que, como él decía, es la gran representación de Dios sobre la tierra.

El malherido, que, en términos de muerte, había sido hallado y conducido casi exánime al hospital General, había resultado con peluca: despojado de esta peluca, se había encontrado un cráneo de religioso, y con arreglo al estilo del cerquillo se había deducido que aquel religioso, que era jóven, como de veinticinco años y muy buen mozo, debía ser de los Agonizantes, que tenían su convento en la calle de Fuencarral.

Era necesario evacuar una diligencia importante, saber si faltaba del convento algún fraile y cuál fuese éste. Pero don Diego Navascues de Figueroa, marqués del Páramo de San Cedrian y alcalde de los de casa y corte del rey, con jurisdicción sobre el cuartel de San Francisco, no tenía jurisdicción alguna en el cuartel del Barquillo, á que pertenecía el convento de los Agonizantes. Aquel cuartel estaba bajo la férula del señor don Francisco de Aponte y Subiza, conde de la Tajuña, un sabio, un humanista, una gran persona por todos conceptos, y en lo de hacer justicia tan estirado y tan serio como el que más.

No había medio de meterse en su jurisdicción de ninguna manera. Había que darle la participacion que le era debida en el negocio. Así, pues, el señor don Diego Navascues de Figueroa se fué con sus alguaciles y su secretario á buscar por su cuartel al señor don Francisco Aponte y Subiza, y le encontró en los mismos términos de su jurisdicción, por la parte de la Puerta del Sol, es decir, en la calle de la Montera, ocupado en registrar una casa donde habían sonado voces de ladrones, y habían resultado luego sapos y culebras, porque si allí había ladrones, éranlo de carne viva y hermosa,

cuestion de adulterio y escándalo, sobre la que habian venido una estocada y dos tiros, resultando una mujer muerta de una herida de arma blanca por el irritado esposo; el adúltero, sorprendido por el marido, con la tapa de los sesos volada, y el agraviado, el cónyuge, cadáver á causa de un tiro que él mismo se habia metido por debajo de la barba. Y los criados aterrados, y cuatro angelitos, el mayor de cinco años, asombrados y sin comprender, á causa de su inocencia, la gran desgracia que sobre ellos habia caido por la desvergüenza y la imprudencia de su madre y la airada venganza de su desesperado padre.

Esto demostrará que la tragedia es de todos los tiempos y que el romanticismo vulgar existe en todas las sociedades, sean cualesquiera sus creencias, sus leyes y sus costumbres.

No podia darse nada más trágico, nada más romántico que aquellos tres cadáveres, el uno sobre el otro, sobre un mar de sangre, y aquellos cuatro niños, el mayor de los cuales lloraba porque veia que su padre y su madre tenian *pupa* y no se movian, mientras los menores no se daban cuenta de nada, y si lloraban era porque los habian despertado. Y don Francisco Apon-te de Subiza, haciendo impasible y serio la *fé de libores*, y el secretario escribiendo, y los alguaciles rodeando á la servidumbre consternada.

El alcalde del cuartel de San Francisco habia encontrado con la masa en las manos al alcalde del cuartel del Barquillo.

Pero éste estaba ya terminando las primeras diligencias necesarias cuando llegó su colega. Le oyó, y viendo que era de todo punto necesario ir á evacuar una diligencia en su jurisdiccion en el convento de los Agonizantes, habiendo recibido el exhorto de su compa-

ñero, allá se fué á la calle de Fuencarral en compañía de su colega y llamó con esa autoridad y ese estrépito altisonante que usa la justicia, sin lo cual no estaría en estilo, á la portería del convento.

Contestaron de adentro, y no muy mesuradamente, quiénes eran, á lo que don Francisco de Aponte contestó con voz estentórea:

—¡Abran á la justicia del rey nuestro señor!

Estas eran palabras mayores, de grueso calibre, á las que no habia cristiano que resistiese en la inmensa extension de los dilatadísimos dominios españoles. Pero aunque fuesen completamente cristianos los frailes, á más que por el bautismo por la razon de su officio, consagrado por sus órdenes, estaban favorecidos por un sinnúmero de esenciones y privilegios que los hacia, por decirlo así, impermeables.

El portero dijo que allí no tenian nada que ver con la justicia; que aquella era una casa de Dios, y que solo su eminencia el señor arzobispo de Toledo era la autoridad que podia mandar en ellos y determinar ó no determinar. Así, pues, que se fuesen con la justicia á donde mejor les pareciese y dejasen en paz aquella santa casa de Dios.

—Pues en esta santa casa, exclamó irritado el señor don Francisco de Aponte, no se cuida como se debiera de la disciplina y buenas costumbres de sus hijos, y allá me voy yo á quien corresponda á ver si se puede contestar así tan desaforada y desacatadamente á los altos ministros de justicia.

Y allá se fueron disparados los alcaldes con las dos rondas á las casas del obispo sufragáneo de Madrid.

## X.

Sucedió que en el convento se quedaron con escama y con temor; que si los frailes eran influyentes, no lo eran ménos los golillas.

Se tocó á comunidad. Se reunieron los frailes. Se hizo un recuento, y se halló que faltaba el lector fray Félix del Tránsito de Nuestra Señora. Los frailes de gran carácter fueron inmediatamente esparcidos para que tomaran informes. Estos volvieron diciendo que fray Félix habia sido encontrado por la justicia gravísimamente herido en la calle de Calatrava, que se le habia conducido al hospital General y que estaba en él entre la muerte y la vida y en calidad de preso. Se dió cuenta al general de la órden; éste se puso de punta; se armó una á todo poder entre el obispo sufragáneo, el general de la órden y los dos alcaldes. Pero ninguno de los dos cedió.

—Vuestras reverencias, dijo el señor don Francisco de Aponte, dicen que en servicio de Dios y porque no caigan en descrédito las órdenes religiosas, se debe echar tierra á este asunto. Y yo digo que no soy sepulturero, sino juez, y tomo testimonio de que se me ha propuesto un acto de debilidad, para cubrir vicios, que deben ser primera y principalmente castigados por las autoridades eclesiásticas. Y de estas proposiciones que se nos han hecho tanto á mí como á mi dignísimo compañero aquí presente, resulta que un padre agonizante, salido indebidamente de un convento en hora intempestiva y disfrazado con un traje mundano y no muy edificante, y provisto de dineros y armado, y con la aparente exterioridad de hermano del Pecado mortal, ha sido encontrado con una mala estocada en el

pecho, al lado de Juan Lopez, picador de toros, herido tambien, y con indicios de haber mediado en el lance un hombre de no muy buenas costumbres, díscolo y escandaloso: todo lo cual constituye una causa de proceso, del cual, en la parte que me toca, yo no desistiré, y se hará justicia, y se corregirán abusos; que así nos lo manda Dios, que para gobernar á los hombres nos ha dado estas varas, que en nuestras manos podrán romperse, pero no torcerse. Y librese testimonio de todo lo que ha resultado y resultare, y que cada cual pague la pena en que hubiera incurrido, que así es de razon y de justicia,

—Yyo digo, recargo al señor don Diego de Navascues y Figueroa, que eso de echar tierra á culpas graves y feas no se ha hecho para mí: y por mi parte mando tambien librar testimonio de todos los extremos que han aparecido y siguen apareciendo: y si exenciones tiene el convento de Agonizantes, no las tiene el agonizante que yo tengo entre las manos, y con causa bastante para más de un proceso criminal: y extraño mucho que vuestras reverencias pretendan romper nuestras varas con el objeto de que no se dé un escándalo que redunde en menoscupio de las comunidades religiosas; que más bien, y por eso mismo vuestras reverencias deberian ser severísimas con los religiosos indignos del sagrado carácter que deben á sus órdenes. Y así anda el mundo con los vicios solapados bajo la hipocresía, y si esto sigue, yo no sé á dónde iremos á parar.

Y con esto, y con librar los secretarios de los dos alcaldes segun éstos les mandaron testimonio de aquellas diligencias que se habian evacuado, como habian podido ser evacuadas, los dos magistrados se retiraron con sus oficiales, muy satisfechos de que habian cumplido con su deber, y de que habian hablado gordo y por de-

recho, y recargando y metiendo la cabeza, á dos empin-  
gorotadas autoridades eclesiásticas. Despues de lo cual  
los dos jueces se separaron, saludándose cumplidamen-  
te, en los términos de la jurisdiecion del uno, y el uno  
y el otro se fueron á descansar; que ya habian hecho lo  
bastante por aquella noche, y tiempo sobrado tenian  
para hacer lo que faltaba.

Tal era el cúmulo de cosas que habia resultado de  
los sucesos de aquella noche, en los cuales se encon-  
traba cogido, y de una manera gravísima, por resul-  
tado de la riña y meterse en lo que no le importaba,  
nuestro don Francisco de Goya.

.....

---

## CAPITULO XX.

**De como los celos rompen la amistad más arraigada, por el tiempo y por la simpatia.**

### I.

La Miraflores estaba á punto de caramelo. Se derretia por Goya; se estuvo atisbando en la ventana, hasta que la gente de justicia se llevó á los dos heridos, y se quedó la calle desierta.

—¿Y por qué me sucede á mí lo que me sucede? —dijo sintiendo que la sangre se le ardia por Goya, y que el corazon se le reblandecia y se le abrian las entrañas, y se ponía á punto del primer *enamoramiento* de toda su vida, ella que en tantos años (ya hemos dicho que pasaba de los veintiseis), no habia encontrado á nadie que la jalease el alma ni poco ni mucho.—¿porqué estoy yo medio asustada y medio contenta y con el corazon alborotado, y recomiéndome por un hombre? Porque la loca de la Cari-blanca tuvo un encuentro con esa otra loca de duquesa de Alba y se tiraron los tras-

tos, y quiso la Cari-blanca vengarse de la duquesa, y á mí se me ocurrió que la mejor venganza seria darle en ojos á la otra con don Francisco. ¡Válgame Dios, que hacemos muchas veces sin pensarlo cosas, que luego se nos vienen encima! ¡Pues no: yo no me paro en pelillos! vamos andando, que muchas veces, cuando nos creemos más perdidos estamos más ganados, y ello dirá: y sobre todo, ¿es la primera mujer que tiene cortejo? ¿ni qué cuentas le tengo yo que dar á nadie? Lo que principalmente hay que hacer es sacarle del mal atolladero en que se ha metido, y aunque tuviera yo que derretirlo todo, y lamer el suelo, le saco en palmas. ¡Ay, Jesús mio, y qué hombre, y qué fatigas!

## II.

Goya, que habia ganado mucho con la Miraflores, acabó de ganarlo todo con la estocada que habia dado al padre Félix del Tránsito. Habia crecido para la Antonia de una manera inmensa. Se habia hecho un Dios.

Cerró silenciosamente la ventana, y se bajó á su cuarto, donde esperaba Goya más que cuidadoso impaciente.

Ella le contó lo que habia sucedido, y que la justicia habia recogido su guitarra y se habia llevado los heridos.

—Pues estoy cogido por el pescuezo,—dijo Goya;—por la guitarra.

—Cállate, hombre, que ya habrá guitarras que se parezcan á la tuya en este mundo.

—Es que mi guitarra está señalada de una manera que me descubre,—dijo Goya.

—¿Tiene tu nombre?

—Tanto da, porque tiene en el reverso un retrato, y

mis retratos no se confunden con los de ningun otro pintor.

—Oye: ¿y á quién has retratado tú en tu guitarra? —dijo con un acentillo un poco sardónico la Miraflores.

—¡A un cortejo mio!

—¡Hombre! pues me gusta la desvergüenza,—dijo la Miraflores:—¿con que venias tú á darme música, con una guitarra que tiene pintada en la panza una mujer á quien quieres?

—A quien dejé.

—¡Válgame Dios, señor! ¡no parece sino que tú eres tan grande cosa, que no tienes que guardarle miramientos á nadie!

—Yo soy lo que soy,—dijo Goya;—y sobre todo un hombre que dice la verdad.

—Pues la verdad no se debe decir cuando daña.

—¿Y á quién le hago yo daño?

—A mí, que te quiero.

—Pues mira, no hablemos más de eso y déjate de historias, y sobre todo, si me quieres no me lo digas.

—Es que yo digo siempre lo que siento, aunque no me tenga cuenta decirlo. Vaya, y te voy á decir más: esta es la primera vez que le digo á un hombre que le quiero. Pero oye tú: ¿quién es esa que ha sido tu cortejo y que has pintado en tu guitarra?

—¡La Mariposa, la del Barranco, la Chalana!

—¡Ay Jesús mio! ¡una *gachi*! ¡mira que no vas á poder entrar en el cielo!

—Ya me las entenderé yo con San Pedro.

—Oye tú, ¿y se ha acabado ya eso?

—¡Vaya!

—¿Y quién ha tenido la culpa?

—¡Yo!

—¡Tú! ¡pero vaya una desvergüenza!

—Me *ahité* de querer *flamencos*, y de tanto *sentir*, y de tanto *espirrabamiento*, y que no me dejaba ni una pisada, y me la encontraba hasta en la sopa.

—¡Como que la llevabas en la guitarra!

—No era cosa de borrarla.

—Pero en fin, ¿eso se acabó?—dijo la Antonia.

—Hubo sus disgustos, le tuve que sentar la mano á un primo suyo, que era el Herodes de la gitanería: me cogieron *gindama*; ella se cansó de lloriqueos, y para consolarse, se agarró á un oficial de dragones y se fué con él.

—¡Válgame Dios, hombre! ¿y tú te quedaste tan completo?

—¿Y á mí qué? Cuando la quise me quiso; cuando la dejé, lloró: pero si despues se ha consolado, nos hemos quedado en paz y cómodamente.

—¡Pues señor, te se puede querer, hijo mio! ¡eres una proporcion! ¿Y que seamos tan necias las mujeres, que cuanto menos vale un hombre le hayamos de querer más?

—Vamos poniendo las cosas en limpio, Antonia, y no nos engañemos. ¿De veras te gusto yo?

—¡Hombre! eso no se le pregunta á una mujer decente, sobre todo cuando hace poco tiempo que se la conoce, porque la verdad, da vergüenza. ¿Y no se conocen las cosas? ¿á qué son preguntas vanas? Al gusto de que nos regalen el oido.

—¡Ay, que es tan gustoso oirle uno decir que le gusta á una hembra como tú!.

—¿De veras?

—Por tu salud.

—¿Y qué te se da á tí de mi salud?

—¡Ay, tormento, que estoy que me muero por tí, y tú no lo conoces!

—¡Embustero!

—Pero mira que te se saltan las lágrimas, Antonia.

—Bueno, bien: pero ¿y la Cariblanca?

—Yo no te digo ni que sí ni que no, ¿qué sé yo?

—¡Eso es, á pares! Vamos: tú vas á salir muy mal librado: mírame bien á la *fila*.

—¿Y qué hago más que mirarte, y morirme á chorros cuanto más te miro?

—Oyes, ¿no ves en mis ojos algo?

—¡Vaya!

—¿Y qué ves?

—Una fierecita.

—Vamos, si yo me confío en tí y te doy mi alma y me la maltratas, no te lo quiero decir, pero figúrate tu.

—Lo que yo me figuro es que no se me figura nada, y que será lo que Dios quiera, que siempre ha sido lo mismo, y contigo tengo que vivir por el *desavío* de esta noche y porque teniendo que estar oculto, ¿quién me ha de ocultar mejor que tú que me quieres?

—Vamos, ¿sabes tú ya de seguro que yo te quiero?

—¡Vaya! ¡Otra! ¡Pues si te se saltan los ojos mirándome!

—¿Sabes que me gusta en ti una cosa, Frasquito, más que todas las cosas que me gustan tuyas?

—¿Y qué, niña?

—El que me temes: el que me miras con ansia y te ahogas.

—Verdad es que sí. Vamos, ¿á qué es negarlo? Me mareas. ¡Ay, morena! ¡yo me sofoco! ¿Qué tienes tú que no puedo engañarte y que mandas en mí?

—Mira, eso no es nuevo; me lo ha dicho todo el mundo, y yo quisiera que me dijeras algo que no me hubiera dicho nadie.

—Pues me callo, y figúrate que te digo lo que tú quieras.

—Verdad es que á veces se dice más callando que hablando; y, en fin, lo que hubiera de ser, eso será.

## III.

Llamaron entonces á grandes golpes á la puerta.

—¡Ay, Frasquito! ¿y quién será?—dijo la Miraflores, que se había puesto pálida.

—¡Abre, Antonia, que soy yo!—dijo la voz sonora de la Mari-Blanca.

—¡Ella!—exclamó la Miraflores.—Mira, salte al patinillo, busca á tientas una escalera y salta al tejado. Ella es peor que si fuera la justicia. Vamos, hombre, anda. Yo iré á buscarte.

Goya comprendió que no debía complicar la situación y salió por una puertecilla que había abierto la Miraflores. Esta cerró inmediatamente la puerta y se fué á la de la calle, á donde seguía dando grandes golpes y llamando á voces á la Antonia la Maruja.

## IV.

—¡Pues hombre: ya podía una venir necesitando el *santo olio!*—dijo la Cari-Blanca, que entró de estampía.

Miró profundamente á la Miraflores, que tenía una lamparilla en la mano y cerraba tranquilamente la puerta.

—¡Vamos, mujer, pues no te acuestas tú cosa de tarde esta noche! ¿tienes *vesita?*

—Bastante te importará á ti que tenga yo *vesita* ó no—dijo la Miraflores.—¡Zapatito, y cómo viene esta

mujer, que no parece sino que aquí se le ha perdido algo y no se lo quieren dar!

—¿Es que me buscas tú á mí la boca, Antonia?

—No, hija, que te debe de *jeder* á vino acedo y tengo yo muy delicado el *estógamo*.

—Oiga usted, señora, si yo lo he bebido es porque he tenido boca para ello, ¿entiende usted? y si usted no se ha caído como yo, era porque usted estaba con la suya, y no *pipaba* tanto como yo, que estaba confiada. En fin, que le estorbaba á usted yo. Eso es, que él le gusta á usted tanto como me gusta á mí. No señor; si yo no me ofendo de que le guste á todo el mundo lo que me gusta á mí; antes bien, me ensancho y me esponjo, porque eso es señal de que tengo buen gusto. Y nada, Antonia, nada. No hemos de reñir por eso. A mí ese hombre ms ha dado la *puntilla*, y á tí también, que te se conoce, mujer, que me miras que quieres comerme de celos.

—Vaya, pues bueno, ¿y qué?—dijo la Antonia.

—Que á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

—¡Y vaya si tienes tú alma!

—¡Que si tengo! ¿Pues no lo sabes tú eso? Y más ahora que la he dormido, y vengo con ganas de empalmarla, y huyendo de mi padre, que se salió detrás de mí con una estaca y le he dado tenazon. Vamos, dile que salga aquí, que como no puede ser más que de una lo vamos á jugar.

—¿Y yo qué tengo que jugar á nadie con nadie?

—¡Vaya! ¡al *mus*!

—Si tienes ganas de cuestiones, habla, que se vea y veremos lo que se hace.

—Lo que se haga ha de ser sin reñir, porque, á la verdad, yo te quiero á ti más que á él. ¡Vaya un desavío! pues por un hombre que hemos conocido hoy va-

mos á echar á rodar una amistad de tantos años!

—Y entónces, ¿á que has venido?

—¡Qué quieres! ¡que me ahogo, Antonia, que tengo celos!

—Vaya, pues eso no consiste ni en ti ni en mí; consiste en él.

—¿Y si nos quiere á las dos, y las dos nos rompemos el alma por él, y él se burla de las dos, y se va riéndose, y nos deja iguales y enemistadas?

—O le quieres mucho ó no te importa nada.

—Yo quisiera saber si tú le quieres ó no.

—Lo que sería bueno es saber lo que tú quieres. Tan pronto dices una cosa como otra. Lo mejor es que te wayas y acabes de dormirla, y mañana será otro dia y hablaremos.

—¡Eso es! ¡y yo que le he visto moterse en tu casa, me iré y te dejaré con él en paz y en gracio de Dios!

—¿Qué le has visto meterse en mi casa?

—¡Vaya! despues de que le dió al otro: como que cuando sonó la rebujina me puse yo en la ventana.

La Cari-blanca vivia en la acera de enfrente algunas puertas más allá de la casa de la Antonia.

—Pues, hija mia—dijo la Antonia—sí es verdad. ¡Y qué habia yo de hacer sino ampararlo! Pero se ha ido por los tejados; y eso con verlo basta. Vas á registrar conmigo la casa y ya verás que no está.

—De sucрте que cuando yo me vaya volverá á bajar.

—El hembre, despues de lo que le ha sucedido, no está para amoríos, sino para que se haga por él lo que se pueda; que yo creo que ha matado al padre Félix el agonizante.

—Oye, ¿no es ese el que anda detrás de ¡doña Rosario?

—Sí.

—¿Y no estaba doña Rosario enredada con el picador?

—Eso dicen, pero no es verdad; que el señor Juan Lopez no habla, ni *parla*, ni come, ni bebe, ni vive más que por mí. Pero la doña Rosario, por darme á mí en ojos, quiso *jonjabarle*, y todo el mundo creyó en las apariencias; y el padre Félix se enceló y le escribió al Juan Lopez que si volvía á andar por la calle de Calatrava le cortaría de su parte las orejas; y Juan Lopez, que es muy bruto, juró que en cuanto viniera por aquí el agonizante con la *camama* del pecado mortal, le iba á poner una *puya* en los rubios que lo iba á volver loco; y ahí tienes que esta noche se ha armado la culebra, y ¿todo por qué? porque ni doña Rosario quiere á Juan Lopez ni al agonizante, ni yo á ninguno de los dos. Y el otro, que es tentado de la risa, estaba aquí, y completos: el agonizante hirió á Juan Lopez, y don Francisco le metió una al agonizante, que puede ser que no lo cuente; que por ahí le pasaron sin sentido y chorreando sangre en unas escaleras; y ahora no falta más, para que la corrida sea completa, que nos agarremos por don Francisco las dos, y tú me ahogues á mí y yo te ahogue á ti, y sin que él nos quiera á ninguna de los dos más que como quiere el diablo á las almas, para perderlas, y quedarse luego riendo.

—Pues mira, sea como fuere, lo que es yo no te dejo el campo esta noche. Aquí me estoy contigo y que él se esté en el tejado, y luego entre las dos le buscaremos los medios para que se escape, y luego entre las dos con los conocimientos que tenemos le compondremos el negocio y andando.

—Pues, hija, lo que es por mí estate en casa todo el tiempo que quieras. Y con lo que venga allá veremos. Y cada cual haga lo que le tenga más cuenta y pueda, y al que le toque perder que aguante.

## IV.

No podia darse cosa más perdida que la amistad de la Maruja y de la Antonia, que hasta entónces se habian tratado como hermanas.

El encuentro, ó más bien, el encontron del calcsin de la Cari-blanca con la carroza de la duquesa de Alba habia producido unas consecuencias cuyo volúmen iba siendo extraordinario. Si la Maruja no se hubiera irritado de tal manera contra la duquesa, la Antonia no la hubiera aconsejado la quitase el cortejo, quo, segun murmuraciones de mal hablados de la corte, era Goya. Se decia si tambien era cortejo de la de Benavente, que era ya vieja, y que condesa y duquesa habian tenido por él agrias cuestiones y habian dado escándalos. Pero todas las pruebas se reducian á que como á ambas señoras, para que pareciese la una menos vieja y la otra más hermosa, las pintaba Goya al pastel los semblantes, la garganta, los hombros, el seno, en fin, lo que se veia porque se ponía al aire, Goya entraba con gran confianza en los tocadores de ambas señoras, como entraban el peluquero y el zapatero, y tal vez algun lacayote para apretarlas el corsé con la rodilla; que no hay cosa que una mujer no sufra, y más si es dama, para parecer bien; y á más de entrar Goya *sans façon* en los tocadores de las dos señoras, con mucha frecuencia ellas hacian tocador del estudio de pintor de Goya, y se estaban allí las horas muertas.

Y no eran solas estas señoras las que adobaba y recomponia y restauraba Goya, sino tambien otras muchas que, como la condesa y la duquesa, preferian que el gran pintor las aviase en su estudio, porque allí se estaba con más tranquilidad y se hacia con mucha más

perfeccion el retoque, ó mejor dicho, el revoque artistico; y Goya, que para las fantasías se pintaba solo, las hacia caprichos y las tenia locas con sus brujerías y sus fantasías. Y así él se hacia más y más lugar en la corte por ellas; que el que á ellas se agarra y sabe complacerlas sale bien librado.

## V.

Todas estas cosas, que, necesario es decirlo, eran ligerezas reprehensibles, tomaban bulto en los picarescos é irreverentes labios de los maldicientes, y la calumnia corria; que calumnia es la imputacion de un delito que no está probado, y todo el mundo daba á Goya con más de una dama de la corte una posicion que tal vez no era cierta, ni tenia más fundamento que las apariencias. Sea como quiera, á ellas les importaba muy poco de esto, porque si les hubiera importado, lo hubieran evitado.

Goya se dejaba ir con la corriente, la aprovechaba, medraba en la corte y cada día se hacia más famoso.

Por la murmuración pública habia sabido la Miraflores si Goya era cortejo ó no cortejo de la de Alba, y de aquí que aconsejase á la resentida Cari-blanca que se le quitase á la duquesa.

Ya hemos visto las consecuencias. Le habian encontrado, le habian llamado, se lo habian llevado, se habian enamorado de él; por dar música á la Miraflores habia llegado Goya á la calle á tiempo de picarse de miron y de castigar con una estocada la cuchillada á traicion que el padre Félix habia dado al señor Juan Lopez, y se habia refugiado casa de la Miraflores. Habia sobrevenido la Cari-blanca, y habia cortado una

entrevista que se iba remontando, y Goya habia escapado al tejado.

Las dos manolas estaban frente á frente, y la Cariblanca no tenia visos de abandonar el campo.



---

## CAPITULO XXI.

**De la extraña aventura que le sucedió á Goya por haber buscado abrigo contra el viento del Guadarrama.**

### I.

Las noches de mayo suelen ser frias en Madrid como las de enero. Goya, que de ninguna manera queria verse entre la Cari-blanca y la Miraflores, mas aún, que comprendiendo que para tener á la Miraflores tenia que prescindir, por el momento al ménos, de la Cari-blanca, mucho más excitado por la Miraflores, que tenia las formas más hechas, más enérgicas, más acentuadas, más bellas, más poderosas que las de la Cari-blanca, y que era más profunda, más intencionada y más apasionada; sobre todo, que arrojaba por aquellos ojos negros una luz inexplicable, de una dulzura irresistible en destellos sobrenaturales, que sólo produce una mujer cuando mira enamorado á un hombre, y que parecen reflejos de una pasion que se quiere gozar y no se puede, que apenas se entrevé cuando se pierde

para aparecer de nuevo de una manera más intensa y más embriagadora, más enloquecedora; Goya, que no habia visto nunca aquello, ni tanta alma, ni tanto *aquel*, ni tanto amor, ni tanta sangre, ni tanta pureza inmaculada, tanta virginidad, en una palabra, tanta hembra y tan de golpe y zumbido y tan echada á todo, se habia quemado, se habia clavado, se habia puesto *lililó*, y se lo habia llevado el diablo cuando en un momento álgido, cuando sentia próxima una mutua explosion, cuando empezaban á temblarle las piernas y á írsele la cabeza, llamó á la puerta y con ganas de entrar la Cari-blanca.

Las ánimas benditas habian mirado por la Miraflores, que estaba ya tan *lililó* como Goya: en fin, éste escapó, gateó á oscuras por unas escaleras, llegó á lo alto, le dieron en la cara telarañas, y oyó carreras de ratas; lo que le indicó que estaba en un desvan, y viendo á la derecha un traslucimiento opaco del cielo, hacía él se fué, y á poco se encontró con una lucana.

El desvan tenia un fuerte husmo á rata, á polvo, y á gato muerto apollillado. Goya prefirió el aire libre, y se salió al tejado, que era muy poco empinado. Daba á un jardin que dejaba ver una negra masa, agitada por el viento, que era muy fresco, produciendo un rumor sordo. Eran sin duda copas de árboles.

Tenia en aquellos momentos Goya tan abrasados la cabeza y el rostro, que aspiró con delicia aquel ambiente, que le parecia fresquísimo. Pero algunos momentos despues, y puesto ya en equilibrio con la atmósfera, el fresco se convirtió en frio, y en frio agudo. Habia acrecido además el viento norte: mayo se habia convertido en enero, y muy pronto Goya dió diente con diente.

Mas allá habia una gran chimenea. Goya se fué á

ella y se puso á cubierto. El frio disminuyó considerablemente. Sin embargo, era aún incómodo.

## II.

A poco de estar acurrucado al abrigo del viento, junto á la chimenea, oyó Goya un confuso rumor de voces. Eran, á lo que podia juzgarse, dos mujeres que hablaban: pero no se percibían sus palabras. Escuchó Goya con atencion, y se aseguró de que aquel rumor salía por la chimenea de que se habia amparado. Se levantó: la chimenea era ancha: Goya metió la cabeza por uno de los respiraderos. Vió luz: á poca profundidad se veia la piedra limpia del hogar: cerca habia una mesa cubierta: se veia de ella un ángulo: además parte de la cabeza y el hombro derecho de una mujer. Aquella mujer cenaba.

—Vaya, señora, me alegro,—decia en aquel momento una voz de vieja. Lo que ha sucedido no le ha quitado á usted el apetito.

—¡Quitar! ¡por el contrario! ¡Ay, Dios mio! ¡y cuántas gracias tengo que dar al santo del dia!—dijo una voz de mujer de una sonoridad tal, de una tal cadencia, que atrajo el alma de Goya.

Él veia á medias una cabeza de graciosísima forma, una mejilla en que reflejaba sonrosándola de una manera fuerte la luz, y un hombro de una redondez exquisita y de una inclinacion, de una inflexion de todo punto voluptuosa: veia además parte de un redondo globo, aunque cubierto por un traje blanco: la voz revelaba una mujer jóven, en todo el esplendor de su juventud, y de alma apasionada y enérgica: hablaba con resolucion, con fuerza, y parecia como que se exhalaba de su voz un ódio satisfecho.





La Tirana.

—Le viste bien cuando le llevaban en la escalera, ¿no es verdad?—añadió creciendo en intensidad la voz.

—Sí señora, y no parecía sino que iba muerto.

—Mejor, ¡Dios lo haga!—repitió la voz: así tendremos un enemigo ménos.

—¡Ay, señora, y con cuánta razon la llaman á usted la Tirana!—exclamó la vieja.

### III.

Se le alborotó la sangre á Goya. Entró en una nueva situacion de sentimiento.

¡La Tirana! Goya sintió como una opresion del alma, como una especie de presentimiento confuso: como si una voz misteriosa le hubiese dicho que debia haber algo de comun entre su destino y el de aquella mujer.

—¡La Tirana, la mujer excéntrica, la hermosura ponderada, la orgullosa y rica señora de buena cuna y de buena fortuna, que se habia dado á lo manolo, á lo majo; la maja por excelencia, la que campaba por su respeto, la que se desvivía por los toreros y por los gitanos y por toda la gente del bronce, y que no habia querido á nadie, segun aseguraba la pública voz! ¡una reina que descollaba entre la multitud por su hermosura característica, por sus genialidades! ¡á la que conocia y respetaba todo el mundo! ¡una celebridad! ¡doña María del Rosario Fernandez!

Habian muerto sus padres, habian muerto sus parientes: estaba sola en el mundo, pero bien acompañada con su corazon y su valía.

### IV.

Goya habia oido hablar de ella, como se oye hablar

á todo el mundo de todas las celebridades. Pero no habia entrado en deseos de conocerla. Él era otra celebridad.

Entre todas las celebridades hay una especie de antagonismo: son egoistas, intransigentes. Se excluyen mutuamente. Hé aquí la razén de que Goya, á pesar de lo que se ponderaba la hermosura de la Tirana, de lo mucho que se celebraban sus cosas, y por la gran valía en que se la tenia como mujer inconquistable, que habia desafiado á los hombres más importantes de todo género y de todas estofas, no habia entrado en ganas de conocerla.

Y de improviso, de una manera inesperada, por una consecuencia de consecuencias, la sentia, la oia, estaba á poco más de tres varas de ella, veia parte de su sér, y los negros y espléndidos cabellos rizados y sueltos á la moda del tiempo; sentia un delicioso perfume de hermosura y podia aparecer ante ella, penetrando por la chimenea.

Pero no estaba sola. A más de esto, Goya no debia espantarla: no era conveniente. Continuó escuchando.

## V.

—¿Y quién habrá sido el que le ha dado?—continuó la Tirana.—¿Sabes que ya se necesita ser hombre, para matar á ese hombre? ¡Daría cualquier cosa por saber quién es!

—Pues ya lo sabrá usted,—respondió con algo de acritud la vieja, y podrá usted socorrerle en la cárcel.

—Eso será si le cojen,—dijo la Tirana,—que me parece que se ha amparado casa de la Miraflores, y ella no es mujer que entregue á nadie, ni que deje de ayu-

dar á un pobre, y ella puede: además de que yo que no puedo poco, la ayudaré tambien si es menester.

—¡Valgame Dios y qué entrañas, señora! ¡aunque no fuese más que el que por usted se ha puesto á que le mate el señor Juan Lopez! ¡y luego, si al señor Juan Lopez le quisiera usted, pero ni lo uno ni lo otro!

—¿Y qué culpa tengo yo de que dos hombres que me quieren se maten por mí? ¿porque yo sea buena cristiana y caritativa, he de tener caridad de un fraile que quiere deshonorarme? Quitá allá, que sin contar con la honra y con el sacrilegio, los frailes deben saber á huevo duro manido; ¿y porque yo me muero por los toros me he de morir tambien por los toreros?

—¿Y los demás, que no quiere usted á ninguno?

—¿Y qué culpa tengo yo? ¿Por qué no se hacen ellos querer?

—Es que ya pasa usted de los veinticinco...

—Aunque pasara de los cincuenta: boda y mortaja del cielo baja: déjame en paz, y oye: estoy algo ansiosa. Quisiera saber si es muerto ó vivo el Agonizante. Le tengo miedo á ese hombre: me parece que por él me va á suceder una desgracia. Anda, vete al hospital, que no te conozca nadie y pregunta con maña.

—Calle usted, señora, que enviaré á mi compadre el Curro, que es pariente de uno de los practicantes, y se sabrá todo,

—Pues vete.

—¿No se acuesta usted?

—No, hasta que vengas.

Se oyó un chancleteo y luego el abrir y cerrar de una puerta.

El ruido se extinguió: poco despues entre el silencio se dejó oír un suspiro.

## VI.

A Goya le latía el corazón con la fuerza de un martillo; la sangre se le subía á la cabeza: miraba por la chimenea. La Tirana se habia levantado de la mesa y no se la veía. Se la sentía pasear por la habitacion. Los tacones de sus chapines producian un ruido uniforme, marcado: sintió Goya un nuevo suspiro. Meditó un momento: luego buscó en su bolsillo un papel: siempre llevaba alguna carta de mujer: le encontró: sacó su lápiz, metió los brazos en la chimenea y al reflejo de la luz buscó una cara blanca en la carta: la encontró al revés del sobre, rasgó la hoja, guardó la otra, y escribió en la parte blanca:

«Señora, estoy fugitivo junto á la chimenea de su casa de usted; usted quiere conocer á quien le ha dado un recado á cierto prógimo: déme usted licencia y me presentaré á usted.»

Tomó despues un yesote, le envolvió en el papel para que al caer éste sonara y llamara la atencion de la Tirana, y la arrojó. La caída produjo un ruido perfectamente perceptible. Goya atisbaba por la chimenea. Sintió los pasos de la Tirana: la vió aparecer. Se inclinó y tomó el papel. Lo desenvolvió: se oyó una exclamacion de sorpresa, una exclamacion incomprensible. Luego la Tirana se volvió y levantó el semblante hácia la chimenea.

Goya, aunque confusamente, sintió una grande hermosura.

—¿Está usted ahí?—dijo la Tirana con la voz trémula de emocion.

—¡Sí, señora mia!—contestó Goya con la voz no menos trémula.

—Pues vaya usted á la lucana que está orilla de la chimenea, á la derecha, y espere usted allí: voy á abrirla.

La Tirana desapareció: Goya buscó con una mirada ansiosa la lucana que se le habia indicado y la vió. Se fué á ella y esperó con ansiedad, con una impaciencia mortal: no tardaron en abrirse las hojas de la lucana.

—Entre usted,—dijo una voz opaca y ardiente.

—¡Oh, Dios mio!—dijo Goya, que al extender los brazos habia encontrado dos brazos trémulos que le rodearon, y sintió sobre su pecho un seno maravilloso;—¡ahora sí que me ha llegado la hora de morir!

Aquellos brazos que le habian ayudado á entrar, le soltaron apenas estuvo dentro: luego le asió una mano mórbida y suavísima, una mano deliciosa y fria, y tiró de él dulcemente: la mano de Goya estaba tambien fria y temblaba.

---

## CAPITULO XXII.

### El uno para el otro.

#### I.

Aquella suave mano le condujo por unas escaleras y se encontraron en una cocina. En ella estaba todavía puesta la mesa, en que quedaban los postres.

Goya miró ansioso á la Tirana.

Era una mujer de todo punto extraordinaria, no sólo por su hermosura, que era grande, sino tambien por el espíritu de su fisonomía.

Una fisonomía seria, y á la par dulce y sensual.

Un conjunto de fuerza y de pasión.

Un alma misteriosa, con la mirada serena de unos grandes ojos negros, cuya luz parecia templarse bajo unas largas y espesas pestañas, bajo unas cejas anchas y deliciosamente arqueadas, negras y sedosas como si hubieran sido de terciopelo.

El semblante oval.

La boca pequeña, de labios delicados y de un puro

y fresco color de rosa, y cuya inflexion revelaba la firmeza.

La nariz recta, de forma pura, de lineamientos enérgicos.

El cabello ondeado, rizado, suelto, determinando una gran belleza con el corte dulce de la parte superior de la cabeza.

Las orejas pequeñas, finas, preciosas, adornada cada una con una gruesa perla.

La garganta larga, mórbida, nacarada.

Los hombros desarrollados y amplios.

El seno alto, opulento sin llegar á la exageracion, fino y puro, cubierto á medias por un corpiño de seda á lo majo, muy descotado.

Los brazos deliciosos, que dejaban ver casi completamente unas mangas cortas.

Las manos de una pequeñez y una belleza estatuarias.

El talle alto, arrogante: las caderas amplias.

Una especie de manto cruzando del hombro izquierdo á la cadera derecha, velaba el hombro y el seno de aquella parte y cubria á medias el brazo.

Un ceñidor de rica seda bordada, ancho, de un gusto exquisito, pendiente por delante en dos caidas franjeadas y con flecos en sus extremidades, llegaba hasta el borde inferior de la basquiña de seda blanca con orla de encajes, y bajo esta basquiña estrecha, que revelaba unas formas soberbias, se veian dos pequeños y hermosos piés, deliciosamente calzados, sobre unas medias caladas de color de carne, por unos chapines de raso blanco bordados y con altos tacones.

Tenia sujetos los cabellos en la parte superior de la cabeza por un cendal blanco, y en su garganta y en sus manos no se veian ni collar ni sortijas, como si se hu-

biera tenido en cuenta que cualquier joya, por rica y bella que hubiera sido, hubiera perjudicado la gran belleza natural de aquella garganta y aquellas manos.

No tenia sobre sí otras joyas la Tirana que sus ricos pendientes de perlas.

Sin duda vestida de aquella manera habia estado en la corrida; despues de ella en la botillería ó en alguna visita, y al llegar á su casa se habia puesto á cenar sin cambiar de traje, ni quitarse otra cosa que la mantilla, si no era que la habia servido de mantilla el manto que conservaba cruzado del hombro izquierdo á la cadera derecha.

En una palabra: estaba en traje de calle y muy majo, o más majo posible, muy elegante y muy rico.

## II.

Tan preocupado estaba Goya, que no se habia quitado su monterilla á lo gitano; conservaba su capotillo y bajo él sujetaba en su brazo izquierdo su espada.

Miraba embobado á la Tirana: ella le contemplaba con una curiosidad profunda.

Al fin Goya hizo un movimiento como para hablar. Ella se puso un dedo en la boca como indicándole que callase, y luego, volviéndose á la puerta de la cocina, salió por ella.

Goya la siguió.

Atravesaron un corredor y entraron en una sala alhajada con gusto y riqueza: al fondo se veia una puerta vidriera: sin duda la de un dormitorio: la Tirana dejó sobre una consola el quinqué á cuya luz habia cenado, y dijo á Goya sentándose en un canapé de caoba forrado de damasco amarillo: siéntese usted.

Goya se habia quitado la monterilla al entrar en la sala.

Hizo una reverencia antes de sentarse á la Tirana, y ocupó un sillón al lado del canapé junto á ella, conservando la monterilla en la mano.

La Tirana se la tomó y la puso sobre un sillón, en señal de que Goya podia estar con confianza.

Goya saludó como era de rigor.

La Tirana, á fuer de dama, respondió al saludo.

Después de esta salva de mutuos cumplimientos, dijo:

—Señor mio, usted está en su casa, y tiene en mí una servidora; y como por las circunstancias, que ya conozco en parte, debe usted permanecer aquí oculto, hasta que pueda salir con seguridad, deje usted el capotillo y la espada: pero antes desnude usted la espada y muéstremela usted.

—Debe tener el testimonio—dijo Goya—porque la *punzadica* fué de parte á parte; algo atravesada, pero fué porque él se descompuso al arrancar yo.

—¡Fué á toro parado!

—Sí, sobre el engaño, y no del todo mala.

Y Goya desnudó su espada, que era de cruz, toledana, y de hoja de oliva.

Tema señales de sangre en más de un palmo hácia la punta.

—¿Y usted cree que á consecuencia de la herida haya muerto el que la ha recibido?

—Debe estar muy de cuidado, señora, si no es que ya no le duele nada,—dijo Goya con la misma tranquilidad con que hubiera podido hablar del tiempo.

—¡Es usted muy sereno!

—Eso segun y cómo, señora: por lo de ese hombre, sí; pero por otro lado, de veras, estoy atontado y espantado.

Y se comia con los ojos á la Tirana.

Esta conservaba una gran reserva.

Sus magníficos ojos no decian nada.

Pero un observador profundo hubiera notado que abarcaban á Goya.

—¿Tenia usted motivos de odio contra ese hombre?— preguntó la Tirana.

—No, señora; no le conocia ni creia que era otra cosa que un hermano del pecado mortal, porque tal parecia: pero despues, y de su misma boca de usted, he sabido que era ó es un religioso de los agonizantes.

—¡Escuchaba usted!

—Perdone usted; pero cuando se está junto á una chimenea y sale por ella rumor de voces, se escucha y se oye.

—Yo vivo sola con mi criada, y como en la cocina— dijo la Tirana,—y particularmente en el invierno: me alegro de mi costumbre, porque así puedo servirle á usted de algo; pero en adelante tendré presente que me pueden oír. ¿De dónde venia usted? ¿por qué casa ha subido usted al tejado?

—Por la casa de la Miraflores.

—Sí, no me habia engañado cuando creí que el hombre que habia herido al padre Félix se habia amparado en la casa de la Miraflores. Es muy caritativa esa muchacha.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por la Tirana con una acentuacion incomprensible.

Se comprendia que queria saber, y no le parecia conveniente preguntar nada acerca del conocimiento de Goya con la Miraflores.

Goya, por su parte, comprendió que debia ser reservado.

—En estos barrics—dijo—hay siempre una puerta

que se abre para amparar al que se ve obligado por una riña á huir de la justicia. Y no he huido porque tenga miedo al resultado del proceso que se me formará, que no puede ser malo, porque lo que yo he hecho ha sido impedir que ese fraile acabase de matar á un hombre á quien habia herido á traicion. Pero no quiero estar encerrado, y si puedo andaré huido hasta que el negocio se arregle. Yo tengo muy buenas relaciones.

—Y yo tambien.

—Ya sé yo que la hermosa doña María del Rosario Fernandez puede mucho.

—Gracias por lo de hermosa; pero ¿quién le ha dicho á usted mi nombre?

—Su criada de usted.

—¡Ah! sí, es verdad,—dijo con impaciencia la Tirana.—¡Diablo de chimenea!

—¿Le pesa á usted que yo haya oido?

—No: todo se reduce á que usted sabe que esos dos hombres han reñido por mí, sin que yo haya dado ocasion á ello, puesto que no he favorecido ni áun oido á ninguno de los dos: bien es verdad que no he oido todavía á nadie.

—Es verdad, señora; tiene usted la cualidad de enmudecer á los que no se atreven á decirla...

—El que teniendo boca calla, es porque cree que debe callar.

Y tras estas palabras acreció la seriedad de la Tirana.

Goya la miró con ansia y se le fué un suspiro.

Un suspiro tal, que si hubiese sido necesaria una declaracion, hubiera valido cumplidamente por ella.

Pero con el ansia de sus miradas habia dicho suficientemente Goya á Rosario el efecto que ella habia causado en él.

No hay nada más desesperante para un enamorado que una mujer puesta en defensa.

A más de esto el ansia y el miedo oscurecen la inteligencia y nublan los ojos.

Sin el fenómeno nervioso que tenia lugar en Goya, hubiera reparado que Rosario, á pesar de su apariencia reservada, estaba poderosamente agitada.

Hubiera oido los latidos de su corazon. Hubiera notado que en el fondo de su voz habia algo de opaco, de ardiente. Hubiera visto que su seno se alzaba y se deprimia; pero Goya estaba deslumbrado. Una criatura infinitamente superior á la Miraflores y á la Cariblanca habia amortiguado, casi anulado la impresion que las dos manolas habian causado en él.

### III.

Pasaron algunos instantes en silencio.

—¿Ha podido ver la Miraflores,—dijo por fin la Tirana,—que usted ha entrado en mi casa?

—No, señora,—respondió Goya;—llamaron á la puerta y me dijo que me subiese al tejado y no bajara hasta que ella me llamase.

—¿De modo que sólo Dios sabe que está usted en mi casa?

—Sólo Dios, que sabe tambien cuánto estoy sufriendo en ella.

Goya no podia ya más. Su carácter impetuoso se habia comprimido demasiado, y se escapaba en una manifestacion.

—¿Se arrepiente usted de haber herido á ese hombre? ¿Le araña á usted la conciencia?—le preguntó con un acento un tanto sarcástico Rosario.

—Aunque no fuese más que por haber conocido á usted, señora, me alegraría,—dijo Goya.

—Muchas gracias.

Goya volvió á su irresolucion: quiso hablar y no pudo.

—Y muchas gracias cien veces,—dijo la Tirana, porque veo que tengo el privilegio...

Rosario se detuvo á su vez.

—¿De qué, señora?—dijo Goya alentándose.

—Pues bueno, bien, de que don Francisco de Goya, que tiene fama de no respetar á ninguna mujer, me respete: esto es siempre una satisfaccion. Tal vez no he debido decir esto, pero, en fin, yo soy franca, y no puedo ocultar lo que siento.

—¿Usted me conoce?

—¿Y quién no conoce en Madrid á Goya? Los que le conocen ya le señalan á los que no le conocen aún.

—¡Y yo no he conocido á usted hasta ahora!

—Ha conocido usted á una amiga, á una admiradora.

—Por mucho que usted admire mi pobre talento,—dijo Goya—la admiracion de usted por mí no puede llegar ni remotamente á la que yo siento por usted.

—¿Y qué tengo yo de admirable?—dijo Rosario fijando una mirada serena y profunda en Goya.

—¿Lo puedo yo decir?—respondió éste con pasion.—¿No ve usted que estoy agonizando?

—Esas son ya palabras mayores,—dijola Tirana;—el respeto que me halagaba en usted, se va ya quebrantando. Y bien, ¿qué importa? Usted es libre, yo tambien; sólo que una declaracion tan de improviso arguye ligereza.

—Yo no declaro, no hago más que manifestar lo que siento: lo que no puedo ocultar; estoy aturdido, no me

conozco: sufro un ansia que me ahoga. Yo no he visto nunca... no creia que hubiese... no puedo explicarme... pero usted me abraza el alma: esta es la verdad.

—¡Bueno!—dijo la Tirana:—¡estamos! bien: pero esto hay que pensarlo mucho.

—Eso es ya oirme... eso es un privilegio,—exclamó con ansia Goya.

—Esto es que usted vale mucho, don Francisco,—dijo siempre con la voz contenida y la mirada serena la Tirana,—y seria una insensatez, en una mujer que tiene completamente libre el corazon, no oírle á usted. Seria injuriarle: oír, bien; conceder, ya es distinto: es necesario tener con usted mucho cuidado. Por ejemplo, me arrojó usted este papel escrito por la chimenea, y por el otro lado hay el sobre de una carta, sin duda de una dama, que dice:—«A don Francisco de Goya.—Importante.»—¿Quién ha escrito este sobre?

—Yo quisiera saber si usted tiene interés en saberlo.

—Pues sí, lo tengo: tengo el interés de ver si usted es leal conmigo: ¿quién ha escrito este sobre?

—Usted me pide que le revele el nombre de una respetable señora...

—Sí.

—¿Y qué importa?

—¿Es casada esta mujer?

—Sí.

—¡Esta mujer es la duquesa de Alba!

—¡Cómo!

—Sí... no puede desconocerse su letra.

—¿Usted la conoce?

—Sí: esa señora es camarera mayor...

—De la reina...

—Y tambien de Nuestra Señora de la Bueña Dicha, de la cual soy yo guarda-joyas: con este motivo, me

escribe la duquesa siempre que es menester. ¿Y á usted por qué le escribe?

—¡Ah! voy á enseñarle á usted la otra hoja de la carta,—dijo Goya.

Y la sacó.

La Tirana se levantó, se acercó á la luz y leyó lo siguiente, con una voz, cuyo temblor no podia disimular:

«Amigo mio: necesito ir bien pintada á los toros. Iré á su estudio.»

—¡Y sin firma! ¡únicamente la rúbrica! ¡y esta señora va á su estudio de usted á que usted la pinte!

—Pero ese es un secreto que yo no he revelado, sino porque quiero que usted sepa...

—¡Sí, que usted pinta á las damas de la córte en su estudio! ¿Comprende usted, don Francisco, que á usted hay que oírle con una gran reserva? ¿que se necesitan muchas pruebas? Y diga usted, ¿la obra de caridad de la Miraflores ha sido á bulto? ¿no le conocia á usted?

—Yo no hago confesion general,—dijo Goya,—que se alentaba más y más,—sin otra confesion general.

—¡Ah! ¡pues bueno!—dijo la Tirana:—me parece que nos hemos encontrado una mujer y un hombre. Yo voy á empezar la primera mi confesion general: va á ser tan franca como mia, que doña María del Rosario Fernandez, la Tirana, ni teme ni debe: hace dos años que estoy loca por un hombre á quien veia en todas partes y que nunca me veia á mí.

En aquel momento los ojos de la Tirana resplandecieron: se trasfiguró: dejó ver á Goya una hermosura y un alma de arcángel terrible.

Goya lanzó un gemido: miró de una manera suprema á la Tirana.

—¡Cuánto calla y calla una mujer por temor de que la menosprecien! —dijo:—otra se hubiera puesto al

paso, hubiera escrito... ¿qué sé yo?... Bueno; yo he empezado y he de acabar: yo amo á usted; le amo desde hace mucho tiempo: no he amado hasta ahora: usted en cambio tiene una fama escandalosa: quien tanto ha ido de mujer en mujer, es posible que no haya amado aún: los deseos irritados, el libertinaje no son el amor: el amor es el alma, es la vida, y como no tenemos más que un alma, no podemos tener más que un amor.

—Es verdad, y ese amor no lo he sentido yo hasta ahora.

—¿Sin engaño?

—Sin engaño.

—Pues bien, Rosario ha dicho todo cuanto tenia que decir y ha oido cuanto tenia que oír. Rosario, libre hasta ahora, es ya esclava de sí misma, porque ella es el amor que la esclaviza: pero Rosario teme no ser bastante hermosa... ¿qué hermosura basta para satisfacer á un hombre que pinta de tal manera la hermosura, que tan grande la tiene en el alma? Vamos: esto es un hermoso sueño. Soy feliz; pero que yo no despierte.

—Nunca he sido yo tan esclavo de una mujer,—exclamó Goya con un acento que le salia del alma.

—Así te quiero,—exclamó la Tirana.

Y se arrojó en los brazos de Goya, reclinó la cabeza en su hombro, y rompió á llorar.

Luego alzándose dijo:

—¿Es la primera vez que lloro!

—Tambien es la primera vez que yo me encuentro dominado por una mujer,—exclamó Goya.

Y se dejó caer sobre el sillón.

—¡Así, así te quiero!—dijo la Tirana:—¡eso es amor!

Y se sentó en el canapé: inclinó la cabeza sobre el pecho: se sentía su vigoroso alentar.

Alzó al fin la cabeza y dijo:

—Otra te diria: mañana á la vicaria: yo no te lo digo: esperémos: necesito saber que me amas de veras, para ligarte á mí: esperemos, y que el tiempo hable: ahora pensemos en lo que inmediatamente importa: en el compromiso en que te ves: yo te sacaré de él, y te sacaré esta misma noche: es necesario que salgas de Madrid con una persona de confianza: la tengo: esa persona es Pedro Romero.

—¡Mi amigo!—exclamó Goya.

## IV.

En aquel momento llamaron á la puerta.

—¡Ah! ¡la tia Ana! ¡mi criada! es necesario que no te vea; no tengo donde esconderte: la casa es muy pequeña: ¡ahí! ¡aquí!

Y abrió las vidrieras.

Goya reccgó su espada, su monterilla y su capotillo y entró en el dormitorio.

La Tirana cerró las vidrieras y bajó á abrir.



---

## CAPITULO XXIII.

### De como una mala criada puede poner en el camino de la perdicion á su señora.

#### I.

La tia Ana era una bruja. Las malicias se le salian por la tapa de los sesos, tenia además olfato, un olfato moral, una especie de instinto que no la engañaba. Tenia astucia y deducia bien. Al ver á su ama se *escamó*: su ama no estaba como siempre. Tenia algo en los ojos que no habia visto nunca en ellos la tia Ana: más luz, más melancolía, así como soñando despierta: á la tia Ana la parecieron mucho más hermosos los ojos de su señora: estaba seria y como impaciente. No se habia quitado nada de su traje: ni aún la mantellina que le cruzaba del hombro izquierdo á la cadera derecha: tenia los labios secos y entreabiertos: respiraba con más fuerza que de ordinario: era una de estas criaturas privilegiadas de estas raras mujeres, que cuando sudan, por leve que sea su traspiracion, producen un aroma delicioso, superior al de las flores más delicadamente

odoríferas. La Tirana exhalaba en aquellos momentos de sí de una manera perceptible la fragancia especial de su sér: aunque levemente se le agitaba el pecho, y la voz con que preguntó á la tia Ana:—Y bien, ¿qué hay?—parecía como fatigada, tenia un acento ardiente y opaco, algo conmovedor. Indudablemente por doña Rosario habia pasado algo que la habia puesto de aquella manera: manera que por la primera vez veia en ella la tia Ana.

¿Y qué podia ser aquel algo que habia alterado de una manera tan extraña á su ama?

¿Sería que doña Rosario se interesaba por fray Félix el agonizante ó por el picador Juan Lopez? La tia Ana sabia demasiado que no: habia desesperanzado al señor Juan Lopez, y al Agonizante no sólo le aborrecia, sino que le tenia miedo.

¿Y por qué estaba su ama alterada, y como se altera una mujer enamorada? Ella no conocia á nadie á quien quisiera su ama. Pero le dió hombre en la nariz: por intuicion, por olfato, por malicia, por perversidad, por instinto: sea lo que fuere, la tia Ana se puso en guardia.

## II.

Contestó, sin embargo, muy naturalmente á su señora, mientras subian por las escaleras.

—Pues señora, mi compadre el señor Currito no se habia acostado todavía, lo que le excusó de vestirse: estaba de broma en su casa con unos amigos: le llamé aparte y...

—¡Pues no anda usted muy pesada que digamos, para contarme lo que ha averiguado, tia Aniquilla!—dijo con impaciencia la Tirana.

—De modo y manera,—contestó con acritud la bruja,—que si yo hubiera sabido que estaba usted tan impertinente me hubiera ido al bulto.

•—Bueno, ¿qué hay?—añadió con más impaciencia Rosarito.

—Deje usted, señora, que me siente, que vengo muy cansada y no puedo respirar,—dijo entrando en la sala detras de su ama la tia Ana.

Entonces reparó en que habia una silla fuera de su sitio junto al canapé; que las vidrieras de la alcoba que ella habia dejado abiertas despues de hacer la cama estaban cerradas, y que sobre la mesa habia un papel arrugado. Indicios que pusieron á la tia Ana fuera de toda duda, de que allí habia habido alguien: más aún, de que habria alguien; porque si no, ¿á qué cerrar las vidrieras de la alcoba? Y si estaban cerradas para ocultar á alguien, ¿quién podia ser este alguien, sino un hombre? Entonces se explicó la tia Ana la alteracion que encontraba en su ama.

Era descarada, audaz; sabia que un secreto de su ama podia serla provechoso y miró de una manera significativa, fijándose con intencion en ella, la silla, la cama y las vidrieras de la alcoba.

Esto era decir á su ama sin palabras.—«Sé que hay gato encerrado,»—mientras con la lengua un tanto cáustica la decia:

—Pues, señor, fray Félix está muy malito, y los médicos no dan por su vida dos cuartos: y lo que es al señor Juan Lopez le han dado siete puntos en la chiforada que tiene en la cabeza. Los dos están presos y no dejan á nadie preguntarles ni decirles nada que no sea en lo tocante á la cura, para lo cual hay dos alguaciles de guardia, uno al lado de cada uno.

Y continuaba, con su descaro y con sus miradas in-

tencionadas, demostrando á su ama que comprendia que en la casa, y principalmente en la alcoba, habia alguien escondido.

A la Rosarito se la iba un color y se la venia otro: era de carácter violento y altivo, y la irritaba la insolencia de la tia Ana. No sabia qué hacerse: desconfiaba de ella: la tia Ana, obligada por los regalos que le hacia el Agonizante, estaba de su parte: era capaz de todo: si el Agonizante no moria, podia esperar de él una gran recompensa si habia entregado al que tan mal le habia puesto; y si moria, su convento recompensaria al delator: Rosarito se habia puesto en todo: habia comprendido á la vieja.

Habia que tomar una resolución.

—¿Y no se acuesta usted, señora?—la dijo la tia Ana.

Y miraba con más insistencia y más descaro la puerta de la alcoba.

—No parece sino que usted cree que ahí tengo yo escondido á alguien,—dijo Rosarito con voz incisiva y amenazadora.

Y se fué á la puerta de la alcoba y abrió con ímpetu las dos hojas.

Contaba con la discrecion de Goya, que debia haberlo oido todo.

En efecto, Goya, que observaba, que miraba á través de las cortinillas, que eran de muselina bordadas, se retiró rápidamente de puntillas y se puso detras de la puerta de escape de la alcoba.

—¡Jesús, señora, y qué cosas se la ocurren á usted!—dijo la tia Ana, escudriñando con sus pequeños ojos verdosos y hundidos la mirada resplandeciente é irritada de Rosarito.—¡Para que yo me figurase nada de eso! hace mucho tiempo que usted no me quiere bien, y la anda usted buscando.

—Acabemos, que no tengo ganas de conversacion, Aniquilla,—dijo la Tirana;—me voy á acostar: buenas noches.

—Vamos: ¿y no la voy á traer á usted como siempre su vaso de leche?

—Pues por supuesto,—dijo la Tirana.

La tia Ana salió confundida de la sala: sudaba. Apenas salió, la Tirana entró en la alcoba, fué á la puerta de escape y corrió el pequeño cerrojo que la aseguraba por dentro.

La tia Ana lo oyó.

—¡Ah, sí, sí!—dijo:—hay un hombre escondido, y debe ser el matador. ¿Si se habrá pasado de la casa de la Miraflores á aquí por el tejado?

### III.

Rosarito estaba violentamente agitada. Se desnudó y se metió en la cama, dejando junto á sí su ropa.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó.—¡Esa maldita mujer! ¡y es necesario salvarle, sí, aunque me cueste lo que me cueste!

A poco volvió la tia Ana.

Traía un vaso de leche. Rosarito la bebió.

—Que pase usted muy buena noche, señora,—la dijo.—¿Cierro?

—No, deje usted abierto.

—¿Apago la luz?

—Sí, mujer, como siempre: ya sabe usted que con uz yo no puedo dormir.

La tia Ana salió de la alcoba, apagó la luz y salió de la sala. Subió chancleteando las escaleras.

—¡Ah, tia bruja!—exclamó la Tirana.

Y se levantó y cerró por dentro la puerta de la sala. No acostumbraba á hacer esto.

Luego se puso en el balcon entreabierto: desde allí veia la puerta de su misma casa. Las luces que alumbraban la imágen de la Virgen que estaba en frente producian bastante claridad.

Pasó como media hora. Rosarito continuaba acechando, sacando la cabeza por las vidrieras entreabiertas del balcon. Oia los leves golpes que daba Goya en la puerta de escape y se hacía la sorda.

Al fin sintió que la puerta de la casa se abria silenciosamente. Vió salir á la tia Ana, retiró vivamente la cabeza y cerró silenciosamente las vidrieras.

La tia Ana habia dejado pasar algun tiempo: habia bajado descalza, con los zapatos en la mano, las escaleras: habia llegado á la puerta de la sala y la habia tanteado: la habia encontrado cerrada.

No tuvo ya duda, y se decidió á hacer traicion á su señora sirviendo al padre Félix, y si moria a los agonizantes. Bajó. Se puso los zapatos, abrió silenciosamente la puerta, salió y volvió á cerrar.

#### IV.

La Tirana entró en la alcoba: Goya llamaba ya con más insistencia.

—Espera, espera, hijo mio,—dijo Rosarito,—que aún no estoy vestida.

Algunos segundos despues fué á la puerta de escape y la abrió.

—Dame la mano,—dijo,—y no perdamos el tiempo; la infame de Aniquilla nos ha vendido: ha ido á buscar á la justicia.

—¡Pero tú eres mia, ¿no es verdad? tú eres mia!—di-

jo Goya, dando más importancia al amor de Rosarito que al peligro en que se encontraba.

—Sí, sí, tuya con toda mi alma: pero no perdamos el tiempo.

Y tiraba de él. Le llevó á oscuras por un corredor y por una escalera excusada al jardin. Allí quiso detenerse Goya. Pero Rosarito siguió tirando de él.

—Mira que nos perdemos,—dijo;—no seas insensato.

Y le llevó al postigo del jardin que daba á la calle de la Paloma. Le abrió y le dejó encajado.

—Vamos pronto,—exclamó Rosarito.—Ven tras de mí.

Y siguió tirando de él.

La calle de la Paloma estaba completamente en tinieblas. Aún no estaba en ella el oratorio de Nuestra Señora de la Soledad, que fué fundado en 1796 por la reina doña María Luisa de Borbon, esposa de Carlos IV.

Rosarito, llevando á remolque á Goya, llegó, torció con él la primera esquina á la derecha, entró en la calle de San Ildefonso, y á la izquierda de ella llamó á la puerta de una casa. Era el número 7; una pequeña casa á la malicia, es decir, de un solo piso.

Al segundo llamamiento se abrió la puerta: habia contestado una voz de mujer.

Entraron: la puerta se cerró. Poco despues volvió á abrirse, y salió Rosarito.

—En tí confío, Teresa,—dijo;—que me lo guardes bien.

—Descuide usted, doña Rosarito, que ni con hurones,—respondió Teresa.

—Yo vendré cuando no sea imprudente venir. Entre tanto que no le falte nada.

—Gloria que hubiera.

—Pues adios.

—Vaya usted tranquila.

Rosarito escapó hácia el postigo de su jardin. Llegó: entró. Ni al ir habia encontrado á nadie, ni á nadie encontró Rosarito al volver.

Entró y aseguró el postigo: subió á su alcoba: abrió la puerta de la sala, se desnudó y se acostó.

—Ahora—dijo—que vengan cuando quieran.



---

## CAPITULO XXIV.

### A pícaro, pícaro y medio.

#### I.

Pero pasó el tiempo y nadie fué Rosarito, que estaba ya tranquila, acabó por dormirse pensando en Goya con el alma abrasada de amor.

Despertó por la mañana á la hora de costumbre: á las ocho.

Llamo á la tia Ana.

Ésta se presentó lo más servicial y cariñoso del mundo.

Llevaba como todas las mañanas en una bandeja el chocolate con bizcochos y un gran vaso de agua con esponjado.

La Tirana reparó en que la miraba la Aniquilla con una atencion que en vano pretendia disimular.

Que aparecia en ella una especie de asombro.

Como si no hubiese encontrado señal alguna de cuidado ó de desvelo en el semblante de su ama.

No habia por qué.

La Tirana habia dormido dulcemente con una tranquilidad perfecta.

Unicamente habia soñado con Goya.

La maliciosa Aniquilla se sentia contrariada.. ¿Se habria engañado la noche antes?

¿No habria entrado ningun hombre en la casa?

¿Cómo, si nó, aparecia su señora tan tranquila y tan fresca?

La Tirana disimulaba.

No mostraba enojo alguno respecto á la tia Ana, á pesar de que sabia que ésta la habia hecho traicion.

Pero ¿por qué nó habia ido la justicia?

Tal vez no se habia querido dar un golpe en vago.

Y esta era la verdad.

## II.

Cuando la Aniquilla salió silenciosamente de la casa, se fué á la de su compadre el señor Currito, que tenia una barbería en la calle de la Arganzuela, en el fondo de un callejon sin salida que en ella habia.

Se sentia dentro guitarra y canto.

La Aniquilla entró, que la puerta estaba entornada, y se llevó aparte á su compadre.

—¿Qué otra cosa se le ocurre á usted, comadre?—dijo el barbero—¿hay que volver al hospital?

—Con el *hospital* no tenemos nada que ver nosotros, pero oiga usted, compadre, la señora tiene escondido en la casa un hombre.

—¿Qué me cuenta usted, comadre!—dijo con asombro el barbero. ¿Conque doña Rosario se echa por fin al barbecho?

—Yo no digo eso, compadre: lo que yo digo es que en la alcoba de la señora hay escondido un hombre.

—¿Usted lo ha visto?

—No señor, pero lo he olido: y cuando yo huelo un guisado, es que hay guisado.

—Pero ¿y á qué anda con esos tapujos doña Rosarito? ¿no es mocita y libre y rica y principal? ¿No es una buena boda? ¿No tendrá, á escoger, quien se vuelva loco si ella le dice: cásese usted conmigo?

—¡Si no es eso, compadre!

—Pues entonces, ¿qué es?

—El que le dió al Agonizante se metió en la casa de la Miraflores.

—¡Vaya una morena!

—No me interrumpa usted, compadre, que estamos perdiendo el tiempo.

—Pues ande usted, comadre.

—Pues ha de saber usted, compadre, que yo me figuro lo que ha sucedido.

—¿Y qué figuracion ha tenido usted, comadre?

—Mire usted, compadre: el Agonizante andaba tras de mi ama que bebia los vientos.

—¡Ay, que yo me hubiera bebido la mar por ella, comadre!

—Bueno, pero cálese usted, que hay prisa.

—Pues ande usted, comadre.

—Al Agonizante, porque el señor Juan Lopez el picador le paseaba la calle á doña Rosarito, se le figuró que la Rosarito le queria. El Agonizante le amenazó, y esta noche se agarraron, y cuando vino el otro le dió al Agonizante que le habia dado al señor Juan Lopez.

—¡Vaya un lió!

—Pues ha de saber usted, compadre, que las pretensiones que el señor Juan Lopez habia tenido por doña

Rosarito habian pasado ya, porque doña Rosarito no le habia hecho caso, y andaba rondando á la Miraflores, que no le hace caso tampoco.

—¡Y que haya hombres que se maten por mujeres que no los quieren, comadre!

—Deje usted, compadre, que así nos quedamos más anchos y come la justicia y se ven ahorcados. Pero vamos andando. Cuando el otro le dió al Agonizante, salió por piés y tomó el olivo casa de la Miraflores: como que le abrieron la puerta, y esto lo ví yo.

—¡Vamos! la Miraflores de agradecida, porque al fin y al cabo por rondarle á ella le habia pasado un desavío al señor Juan Lopez.

—¡Toma! ó porque le interesaba el otro que le habia dado al Agonizante. Pues mire usted lo que yo me figuro: que la Miraflores, temiendo que hayan visto meterse en su casa al que huia, lo ha pasado á la de mi ama, para que esté más seguro, por el tejado: conque ya ve usted, compadre, que esto no es haberse echado mi ama al barbecho: aunque todo podrá ser, porque en la ocasion está el peligro.

—Y bueno, ¿y qué? mejor para usted, comadre, porque tendrá usted las confianzas de su ama y la chupará usted hasta los tuétanos.

—Pues mire usted, no es eso: yo no me hubiera salido de *ocultis*, compadre, sin más que para contarle á usted eso: que lo que es, es que si damos parte á la justicia, y prenden al que le ha dado al Agonizante, podremos sacar mucha raja. Conque para lo que yo he venido ha sido para que vaya usted y le dé parte al alcalde, compadre.

Se quedó por un momento pensativo el barbero y dijo:

—¡Comadre! ¿se ha recelado doña Rosarito? mire usted que es muy lista.

—¡Vaya si se ha recelado, compadre! ha conocido que yo he conocido la cosa, y hemos tenido palabras: pero yo me he hecho la tonta.

—Y tan bien hecha, que la está usted haciendo todavía.

—¿Qué me dice usted, compadre?

—Pues teniendo usted, comadre, sesenta años, y yo cincuenta y cinco, y siendo los dos nacidos y criados en el barrio de Toledo, estaria de ver que hiciéramos una burrada.

—¡Vaya una burrada, compadre! ¡y qué cosas dice usted! ¡como que hago yo burradas!

—Pues venga usted acá, comadre: ¿no conoce usted que siendo tan larga como lo es doña Rosarito, y habiéndose recelado de usted, no estará ya el pájaro en la jaula?

—¡Se acostó!

—Pero se pudo salir el otro por el jardín, y favorecerse en alguna otra parte.

—Tambien es verdad, compadre; no habia yo pensado en ello.

—Pues eso no le hace.

—¿Cómo que no le hace? ¡Haber perdido una ocasion!.. porque los Agonizantes lo pagarian bien.

—Pues mejor, comadre; así está más seguro.

—¿Cómo que más seguro, compadre?

—Alce usted el párpado, comadre, y entérese usted. Usted acecha al ama: siguiendo al ama se puede saber donde está él escondido; y cuando se tenga la seguridad se tiente el vado con los Agonizantes; porque si no lo han de pagar, ¿á qué meterse en honduras? Lo que usted tiene que hacer es volverse á casa de su ama y entrarse en ella como se ha salido, y disimular, y en paz y á asegurar el negocio.

—Pues tiene usted razon, compadre; es usted un sabio.

—¿Pues cuándo no lo he sido yo? Es más vergüenza hacer una tontería que robar y dejarse coger.

—Pues entónceS quede usted con Dios, compadre.

—Vaya usted con Dios, comadre, y que me tenga usted informado de todo.

—Usted descuide.

—Mucho ojo.

—¡Vaya! ¡ea, y buenas noches, compadre!

—Vaya usted con Dios, comadre.

### III.

Esta era la conversacion que habia pasado entre la tia Ana y su compadre el señor Currito.

Por esta razon no habia ido la justicia á visitar la casa de la Tirana.

Pero ésta, que no se fiaba de la Aniquilla, se habia comido la partida, y habia abierto el párpado de manera que parecian sus ojos dobles de grandes.

De buena gana le hubiera dado una paliza á la vieja y la hubiera echado medio muerta á la calle; que la Tirana no era hembra que se la pudiese sobar de balde.

Pero no hubiera sido prudente y se aguantó.

Era necesario andarse con piés de plomo para salvar á Goya.

No debia ir á verlo, ni acercarse siquiera á la casa donde Goya estaba escondido.

---

## CAPITULO XXV.

De como muchas veces trabajamos para otros.

### I.

La Miraflores habia tenido que sufrir toda la noche á la Cari-blanca.

—Chica,—le dijo la Antonia á la Maruja;—me parece que no estamos de velatorio.

—Pues yo no me voy, que no,—dijo la Maruja.

—Pues vamos á acostarnos,—dijo la Miraflores.

—Güeno,—respondió la Cari-blanca.

Y sin decir una palabra más se acostaron enojadas. Pero en un mismo lecho.

Como la Maruja estaba muy atormentada, se durmió como una piedra.

—¡Para que tú despiertes!—exclamó la Miraflores observándola profundamente.

Y se deslizó de la cama.

Se vistió en silencio.

Se subió al tejado.

El tejado era elevado.

Pero no habia podido salir de él Goya, porque los tejados por dos partes eran muy elevados.

Por una parte estaba la calle.

Por la otra el jardin de la casa de la Tirana.

Goya no estaba en el tejado.

Luego no podia estar en otra parte que en la casa de la Tirana.

La Miraflores encontró la lucana abierta.

Se metió por ella.

Descendió á tientas.

Al llegar al piso principal oyó los pasos de dos personas.

Las oyó hablar.

Eran la Tirana y don Francisco.

La Miraflores se fue detrás de ellos tan silenciosamente que no la sintieron.

Tras ellos llegó hasta el postigo del jardin.

La favorecia la oscuridad.

Como la Tirana habia dejado únicamente encajado el postigo, la Miraflores pudo seguirlos.

Dejó encajado el postigo tambien.

Los siguió.

Vió donde entraba Goya.

Cuando se volvió la Tirana á su casa no pudo ver á la Miraflores.

A más de que la noche era muy oscura, la Miraflores se habia embebido en el hueco de una puerta.

Dejó pasar á la Tirana.

La siguió.

La vió penetrar por el postigo de su jardin.

Llegó poco despues, pero el postigo estaba asegurado por dentro.

La Miraflores se encontraba en la calle y sin la llave de la puerta de su casa y á cuerpo gentil.

## II.

—Pues mejor,—dijo;—me voy á buscarle: pero ya tengo para algun tiempo. Es menester que me lo lleve. Y para esto tengo que engañar á la Teresona. ¿Y cómo, señor, y cómo?

La Miraflores se fué á la puerta de la casa donde se ocultaba Goya, y se sentó en el tranco.

Allí permaneció meditando, buscando medios y rechazándolos durante una hora.

Al fin se decidió.

—Pues señor, está de Dios,—dijo;—si me pierdo, que me pierda; yo me muero por él.

Y se levantó.

Llamó á la puerta.

## III.

Nadie contestó al primero, al segundo ni al tercer llamamiento.

Al fin se abrió un ventanillo.

—¿Quién es?—dijeron con no muy buen humor.

—Abra usted, señora,—contestó la Miraflores en voz baja.—Vengo de parte de doña Rosario.

Esto era muy posible y la contestacion más á propósito para que la puerta se abriese.

Se abrió de allí á un momento.

—No se puede perder ni un instante,—dijo la Miraflores;—la justicia anda cerca, y doña Rosarito, que no puede venir, me envia: ya sabe usted que yo soy la Miraflores, vecina, tabique de por medio, de doña Rosarito.

—Sí, sí, ya sé,—dijo la Teresa;—y bueno; voy á avisarle á ese señor.

—Oiga usted, doña Rosarito no quiere dejar de agradecer á usted lo que ha hecho: tome usted.

Y la dió tres onzas.

—Pues muchas gracias,—dijo la Teresa.

—Pero no se tarde usted, mujer, que se puede perder él y perderse usted si le encuentran en su casa.

—Voy, voy al instante.

#### IV.

Poco despues sobrevino Goya.

La Miraflores le agarró de un brazo y tiró de él.

—Vámonos cuanto antes,—dijo,—que aquí no está usted bien.

Goya siguió á la Miraflores.

—Buenas noches y gracias,—dijo ésta á la Teresa.

—Vayan ustedes con Dios, y que no sea nada.

Y cerró.

La Miraflores siguió tirando de Goya.

Se lo llevaba hácia la calle del Aguila.

—Pero ¿qué es esto?—dijo Goya.

—Esto no es nada,—respondió la Miraflores;—esto es que yo soy la justicia y te prendo.

—Pues nunca me prendan á mi peor,—dijo Goya, á quien no desagradaba en manera alguna la aventura.

La Miraflores, cuando hubo bajado á la calle del Aguila, torció á la izquierda, y volviendo á torcer á misma mano se entró en la calle de la Ventosa.

Pasó á la derecha, y á la cuarta puerta llamó.

—¿Quién es?—dijo una voz.

—Abre, *Alifonsa*,—dijo la Miraflores;—mientras



---

## CAPITULO XXVI.

### Puerto de salvacion.

#### I.

—Anda de prisa, chiquillo, anda de prisa,—dijo la Miraflores;—que de aquí á la calle del Cármen ya hay una tirada, y no respiro hasta que Pedro Romero te ampare. ¡Válgame Dios, hijo mio, y que no sabia yo lo que era querer! ¡Vamos, si no hay hora segura! ¡Quién me habia de decir á mí! ¡Jesús, que me ahogo! Quisiera quererte más de lo que te quiero. ¡Y ya ves tú si te quiero! ¡Que te lo cuenten á ti! Pues mira, mejor; con eso veré tierras, que yo nunca he salido de Madrid; ¡y luego verte torear! Pero ¿tú te atreves? Vamos, tú te atreves á todo: tú eres muy valiente. Y, mira, nos casamos, chiquillo, que eso es lo que Dios manda, ¡y que vas bien casado! ¡Ya verás qué señora hago yo y tú qué caballero! que tengo yo mucho trigo, hermanito, mucho trigo, y podemos gastar coche como unos señores: que ya sé yo que tú te vas por lo alto.

—¡Ay, Antonia! ¡que yo no sé lo que me pasa! ¡Me has vuelto loco!

—¿Y la Maruja?

—¡Bah!

—¿Y doña Rosario?

—¿Y qué?

—¡Bah! y ¡que! no son contestaciones.

—Pero tú has llegado primero: me has cogido, gloria.

—Pues por eso quiero que no te me escapes; que no eres tú de fiar.

—¿Todavía tienes dudas?

—Perdóname, ¡pero te quiero tanto!

—¡Pues no que yo á ti!.. ¡Vaya una moza!

—¡Y vaya un mozo!

Y así en una conversacion de requiebros y de ternura, llegaron á la pesada del Cármen, donde paraban los primeros espadas.

## II.

Aún no habia amanecido.

Llamó la Miraflores.

Abrieron.

—Dígale usted al señor Pedro Romero—dijo la Miraflores,—que aquí lo buscan un caballero y una señora.

—Pues entren ustedes,—dijo el mozo.

Pasaron.

El mozo fué á despertar al señor Pedro Romero.

Un cuarto de hora despues el famoso torero recibia en su cuarto á la Miraflores y á Goya.

Los conocia á los dos.



---

## CAPITULO XXVII.

**En que se vé la trasformacion moral que se habia operado en la Miraflores.**

### I.

—¿Pero qué es esto, don Francisco? ¿Qué es esto, señora? exclamó Pedro Romero al reconocerlos.—¿Ustedes aquí? ¿Cómo juntos?

—Mire usted,—dijo poniéndose vivamente encendida la Miraflores;—esas son historias: á éste le ha pasado un desavio, y es menester que usted le ampare. ¿No se va usted á torear á Sevilla?

—Sí señora, pero no tan pronto, dijo Pedro Romero.

—*Güeno*,—dijo la Miraflores: con usted lo dejo; que yo sé que usted lo amparará. Él le contará á usted: ¡las cosas del mundo, señor Pedro Romero! ¡En fin, *güeno*! Ya no hay que volverse atrás. ¡Cuando las cosas están de Dios!.. ¡Jesús y qué fatiga! Yo me voy á mi casa antes de que sea de día. Ea, y con Dios.

Se conocia que la Miraflores no soportaba bien su situacion.

Que se la hacia esta situacion demasiado nueva y demasiado fuerte, y peleaba con ella.

Que no se resignaba aún.

Con su contrariedad y su agitacion y los colores que á cada paso se la iban y se la venian, y su aturdimiento, revelaba bien claro la grave situacion á que se habia lanzado con Goya.

Y sin embargo, habia en ella fiereza y hasta placer y orgullo por pertenecer á Goya, por comprometerse por él, por avergonzarse con él ante un hombre tan completo y tan formal y tan puesto en sus puntos como el señor Pedro Romero.

Pero en fin, ¿qué habia que hacer?

La cosa no tenia ya remedio.

Y luego que no se habia hecho ningun libro nuevo, ¡Pues bonito andaba entonces el mundo!

Desde la más alta á la más baja andaban todas como cabra sin cencerro, y se hacia gala del sambenito.

La córte era un lupanar para entrar en el cual era necesario ponerse botas altas, recogerse bien la ropa, taparse la boca y las narices, cerrar los ojos y ponerse un dedo en cada oido.

Y habia un señor, un rey absoluto de derecho divino, que se llamaba representante de Dios, y ante el cual sus vasallos, sus hijos, se presentaban temblando, cuando se presentaban, y no se atrevian á mirarle á la cara por temor de deslumbrarse, y le hincaban la rodilla, y le besaban la mano, y le llamaban con voz trémula magestad, y se congestionaban de soberbia cuando el rey los trataba con benèvolencia ó les decia una de esas palabras de repertorio que tienen todos los reyes para embaucar á sus vasallos y servirse de ellos en todo y por todo sin pizca de conciencia.

Y estaban dispuestos á sacrificarlo todo por el rey,

la vida, la hacienda y áun la honra, y podemos decir que hasta la salvacion del alma y hasta lo imposible.

Era aquello mucha ceguedad.

¡El fetiche! ¡el ídolo! todo cuanto puede haber de irritable contra la dignidad y la justicia.

Toda la degradacion á que podian llevar la ignorancia, el atraso y la soberbia estúpida.

Y habia además un enjambre de frailes y de clérigos, especie de *floxera* voraz, insaciable, que lo embababa todo, que todo lo ponía pigriciento y asqueroso, que todo lo podría, que se metía en todas partes, que llevaba consigo el contagio, y tragaba, y tragaba, y tragaba de una manera inacabable, y se ensoberbecía, y tenia infulsos de santidad y de supremacía, y serrillos á lo divino en cada convento de monjas, y el virus deletéreo, y el adulterio á lo sacro en cada familia, y la humillacion en todo, y para contener á los herejes que se quejasen de sus buenas obras, la Inquisicion en el fondo de su negro agujero, teniendo tras sí un hornillo rojo y un crisol negro para purificar la fé y poner á los buenos y cristianos españoles de entonces el collar de la obediencia.

Y habia unos señores del Consejo de Castilla, y del Consejo de Hacienda, y del Consejo de Indias, graves como burros sérios, llenos de doctrina falsa y amañada, y soberbios con su posicion y con la que creian su ciencia, que no servian para otra cosa que para legalizar errores, para autorizar injusticias, para mantener al país en un *statu quo* mortal, para hacer el papel de animales graves y creerse más grandes que los Siete Sábios de Grecia.

Se decian grandes cosas en los informes de estos respetables señores; pero hay que tener en cuenta que aquellas grandes cosas se basaban en teorías impracti-

cables, se median por un ritmo de escuela; estaban atiborrados de una sabiduría indigesta y ¡cosa singular! olían á enciclopedia queapestaban.

Se pretendía hacer y se hacia por aquellos areópagos una sociedad artificial, enteca, gibosa, ciega, que andaba á tientas, guiada sólo por el precepto y aguijada por la fuerza.

Habia una plaga de golillas que medraban torciendo el derecho de todo el mundo, y en cuya falanje un simple alguacil era una potestad ante la cual habia necesidad de persignarse y rezar el miserere.

Habia una nobleza ignorante, estúpida y soberbia, corrompida y vana, cada uno de cuyos individuos hacia de pequeño rey con sus inferiores gerárquicos, y se encorvaba ante el rey como el negro bozal bajo el *chucho* del capataz.

Verdaderos serviles de raza pura, soberbios y duros con los humildes, y blandos y abyectos y capaces de todas las bajezas ante el rey.

Y habia un ejército ramplon, bisono, en el ocio, con oficiales que creian haberlo hecho todo, haciendo cumplir las Reales ordenanzas y rezando el rosario, y con jefes y generales que no habian oido silbar una bala, ni tenian la idea de oirla silbar en todos los dias de su vida.

Y habia un don Melchor Gaspar de Jovellanos, el ilustrísimo, segun se le llama hoy, que parecia no haber nacido más que para saber de memoria una suma indigesta de derechos escritos, para hablar con una lógica convencional, de esas que aplastan, para medir los períodos y adornarlos con una retórica pesada como el plomo, y para decir,—ofendiendo á los españoles, que no tenian la culpa de que se les mantuviese embrutecidos,—que para tenerlos contentos no habia necesidad de otra cosa que de darles pan y toros.

(De donde se deduce, y lo decimos entre paréntesis, que el buen don Melchor Gaspar de Jovellanos, si no fué torero, le faltó muy poco para serlo: por lo ménos tenia el humor.)

Y habia un Campomanes, y un Florida Blanca y un Ensenada y un Aranda, que ardian en un candil, de mañosos y de acomodaticios y de carcamales y áun de pícaros, que hacian su negocio y se daban grandes humos de grandes patricios.

Que no habian podido vivir, como ningun español en cuanto puede, sin titularse, sin subirse á todas las preeminencias en todas las esferas y sin adorarse á sí mismos.

Ellos y Esquilache y otros y otros habian ayudado al *italiano*, al de las narices de tajamar, al *buen Carlos III*, á dilapidar los tesoros acumulados por el avaro Fernando VI; habian empequeñecido al país, le habian subordinado á la política extranjera, habian sembrado en las colonias hispano-americanas las semillas del descontento que debia producir su fruto más tarde; habian hecho del país un rebaño, de las capitales de provincia ó de reino, como se decia entonces, sucursales de cieno, de la córte un lodazal, de la proverbial independendencia de los españoles un sarcasmo.

Sin embargo, eran los académicos, los cultos, los notables.

El marco digno del rey más déspota y más oscuro de cuantos oscuros déspotas ha habido en las sombras de la humanidad

Esto no impide que todavía se le llame el buen Carlos III, porque es destino de los españoles, cosa ingénita en ellos, el tomarlo todo al revés.

Pues *gueno*, como decian ellas: España estaba en una paz octaviana.

Nadie se metía con ella, ni ella se metía con nadie.

Las consecuencias de las grandiosas aventuras de Carlos V habian terminado completamente hacía mucho tiempo.

Habiamos perdido el Rosellon y el Franco-Condado.

El reino de Nápoles.

Las Dos Sicilias.

Los Estados de Flandes.

Estábamos amenazados no sólo en Filipinas, sino en nuestro litoral por los ingleses.

Los teniamos dentro de casa en Gibraltar y echando ojo á las Baleares.

Nuestras posesiones de America empezaban á comoverse.

La bancarrota era un hecho, pero no se conocia, porque en España no es posible, verdaderamente dicho, la bancarrota.

Bajo una forma hipócrita, bajo unas apariencias pesadas y estúpidas, corria un mar de cieno.

Todo estaba podrido.

Todo degradado.

Sin embargo, los españoles dormian en un profundo quietismo.

Doblaban sin sentirlo la espalda á todo género de látigos.

Sufrían sin quejarse todo género de gabelas.

Soportaban todo linaje de injusticias.

Habian sido olvidados por Europa.

Su generosa independendencia, su bravio y altivo carácter no habian muerto.

Pero estaban dormidos bajo un letargo.

Eran sin embargo felices.

¡Tenian pan y toros!

Y nobles y frailes y golillas y soldados.

Una paz octaviana, el reposo.

Y su maravillosa sobriedad.

Y su durísima piel.

En las altas regiones, en la córte, se habia perdido de todo punto la vergüenza.

El buen sentido no parecia.

Todo en la parte oficial, gubernamental, era artimaña y fórmula, y corrupcion, y soberbia y trampa adelante.

Entre la masa, hipocresía en lo exterior.

En lo interior, dilaceracion, pústulas, gangrena.

Una corrupcion de costumbres que trascendia y asfixiaba.

Pues bien, para que se vea que en el bajo pueblo era donde más se guardaba el sentimiento de la dignidad:

La Miraflores estaba aturdida y no sabia lo que le pasaba ni lo que se decia, porque enamorada, incitada, se habia hecho el cortejo de Goya.

Y al mismo tiempo estaba contenta y se sentia bien.

Pero la daba vergüenza.

No se habia acostumbrado todavía.

Asi es que apenas dejó á Goya al amparo de Pedro Romero, se fué como quien huye, y se volvió á su casa.

## II.

Pero aquí del caso.

Como habia salido por lo alto de su casa, por el tejado, no tenia la llave de la puerta.

No quiso llamar.

Era muy posible que con los residuos de la mona estuviera todavia sumida en un profundísimo sueño la Cari-blanca.

Si ella podía hacer que la Cari-blanca no se aperciese de que había salido, mejor, mucho mejor.

Se presentaban inconvenientes.

Empezaba á amanecer.

La Miraflores en paso lento, porque estaba desmadrada, se fue á la vuelta de la esquina, á la calle de Toledo, y llamó á la puerta de un cerrajero que vivía allí, que era muy madrugador y que se estaba ya levantando.

Acudió y ella se entró.

—Tío Colás,—dijo;—hágame usted el favor de venir con un paletín á abrirme la puerta de mi casa, que he estado de *juelga* esta noche y se me ha perdido la llave.

—Pues la *juelga* ha sido buena,—dijo el tío Colás;—que, mire usted, señora Antonia, que tiene usted unas ojeras, y un caimiento de ojos... que me parece á mí que hemos dado con la horma de nuestro zapato.

—Lo que me parece á mí,—dijo poniéndose muy encendida la Miraflores,—es que venga usted á ganarse su por qué, y déjese usted de dibujos y de hormas de zapato, ni de zapatos de horma, que nadie le ha dado á usted el pié para que le tome la medida; y no hay por qué se tome usted la mano, ni sea usted mal pensado. ¡Redios con el viejo! y no sé por qué me ha de mirar usted á mí con socarronería; ¡puñales!

—Pues usted perdone, señora, que yo no he querido ofenderla, ni hay por qué ofenderla,—dijo dejándose caer el tío Colás;—que lo que á mí me pasa es que ha salido para mí el sol esta mañana una hora antes.

—¡Y vea usted ahí por qué no llueve!—dijo con desabrimiento la Miraflores.—Ea, coja usted el paletín y venga usted y le daré á usted su trabajo y un trago.

—¡Pues alas que tuviera yo, señora, y gloria para usted!—dijo el tío Colás.

Y se avió de lo que era menester y se fué detrás de la Miraflores.

Abrió la puerta.

Entró.

La Miraflores le dió medio cuartillo de aguardiente de lo bueno y dos pesetas.

El tio Colás, que era un manolo viejo que todavía no habia colgado los trastos, se fué echándola requiebros y diciendo para sus adentros y con cierta envidia:

—¡Quién habrá metido tan en sí á la Miraflores! ¡Y *cuidao* si la hembra está llamativa! ¡Dan ganas de buscarse una cogida! ¡Como ha de ser! ¡los años! ¡En diciendo que un hombre echa bolsas en la cara y patas de gallo, y se le caen las narices y se pone rucio, no hay más que encomendarse al Santísimo Cristo de los Afligidos! Pero, en fin, ¡que nos quiten lo bailado! ¡Y peor seria haberse muerto! ¡Y todavía... todavía!... ¡Pero *cuidao* si ha amanecido hermosa y provocativa y garabatera la Miraflores!

Y el tio Colás, *filosofando* de esta manera, se metió en su casa y acabó de abrir la tienda.



---

## CAPITULO XXVIII.

**En que se ve que la Cari-blanca tenia mucho de diplomática.**

### I.

Lo primero que hizo la Miraflores fué irse al chirivil donde dormia su vieja criada.

No se habia levantado todavía.

Era tarde, tenia el sueño pesado, se habia acostado temprano y no debia haberse apercebido de nada.

Esto era muy bueno.

La tia Mónica tenia muy mala lengua, era muy escandalosa, le gustaba el *peñascaró*, y cuando se achispaba era menester temerla más que á una espada desnuda.

Se metió á seguida la Miraflores en su alcoba.

La Cari-blanca dormia boca arriba, con los brazos-abiertos, abierta la boca, y las patas (digamos piernas)-por acá y por allá.

Se la veian unas admirables desnudeces blancas co-

mo la nieve y sonrosadas y puras, y una garganta que encantaba.

Dormia de buena fe.

Pero soñaba con algo que la deleitaba, porque sonreía.

La Miraflores tuvo celos de aquella sonrisa.

## II.

Empezaba á señalarse la luz del dia en las rendijas de la ventana.

Indudablemente la Cari-blanca no habia despertado.

No habia echado de menos á la Miraflores.

Si la hubiera echado de menos el cuidado y los celos no la hubieran dejado volver á dormirse.

La Miraflores empezó á desnudarse.

Pero se detuvo apenas se habia quitado la basquiña.

Se la volvió á poner.

—¡Válgame Dios!—dijo.

Y luego añadió:

—Creerá que me he vestido antes de despertarla.

Luego movió blandamente á la Cari-blanca.

—Vamos,—la dijo;—duermes como un liron: vístete: ya es hora.

—Déjame dormir,—dijo bostezando la Cari-blanca:—estoy muy á gusto.

Y se restregó los ojos y bostezó.

Miró á la Miraflores y la vió desaliñada.

Como si hubiera acabado de levantarse.

—Chiquilla,—dijo la Cari-blanca, que veía á la luz de la ventana que acababa de abrir, á la Miraflores;—tú has pasado mala noche.

—¡Sí, hija mia, sí!—dijo la Miraflores con impacien-

cia;—he tenido un cólico que me ha hecho mucho daño.

—Pues mira, te se conoce,—dijo sencillamente la Cariblanca.—¿Y ese hombre?

—¿Y qué sé yo? Como se metió en la casa de doña Rosario, ¡calcula tú!

—¿Sabes que estaría eso bueno?—dijo la Cariblanca.—En fin, me voy á vestir, y lo que es luego á la hora de las *vesitas* le doy yo un escándalo á doña Rosarito que no va á poder lamerse. Y no es porque á mí se me importe mucho, que al fin y al cabo en poco tiempo poca voluntad; pero es que yo no quiero que ninguna... ¡Dios me perdone! crea que me ha hecho á mí mal tercio. Oye tú, Toñuela; á ver si pones de punta á la tia Mónica que nos haga el chocolate; y lo quiero con migas y chorizo, que tengo apetito. ¡Bendito sea Dios! me parece una cosa así como entre sueños lo que me ha pasado ayer.

—¡Pues por supuesto! ¡si tomaste la tajada en cuanto te la pusieron en la mano!

—Pues mira, hija, si tú tienes interés por ese hombre, á mí patas. Pero lo que es á doña Rosarito la doy yo el escándalo, porque sí. Y veremos la Tirana: la que se come las gentes crudas. ¡Qué asco, hombre! Un marimacho que parece un guardia de los de *Guitinga*; ¡un tambor mayor que no le falta más que la porra!

### III.

Y á todo esto se ponía las medias de seda caladas y los preciosos chapines.

Tenia una frescura que daba envidia y celos á la Miraflores.

Habia amanecido muy hermosa la Cariblanca.

La Miraflores era toda cuidados.

Se la iba el corazón tras Goya, y temía que enamoradas de él la Tirana y la Cari-blanca, le buscasen, le encontrasen y se lo quitasen,

¿Qué amor ha habido jamás sin celos?

La Miraflores creía que si la Cari-blanca se hacía la indiferente por Goya era por vanidad.

Sin embargo, la Cari-blanca no lo había tomado muy á pechos.

Había habido mucho de embriaguez en ella.

Había pasado la mona, y se encontraba desimpresionada.

Lo que únicamente la irritaba era que la Tirana creyese que había podido más que ella.

Manola legítima.

Mientras se vestía y charlaba y la Miraflores la miraba profundamente y la daba cordelete, estuvo el desayuno.

La Cari-blanca se comió con muy buen apetito un plato con colmo de sabrosas migas y un chorizo, acompañándolo con sorbos de chocolate.

En cuanto á la Miraflores hizo esfuerzos para comer.

—¡Hija, hija!—le dijo la Cari-blanca;—estás muy tomada: pues *güeno*: yo te ayudaré á sacarle para adelante en todo lo que pueda, y luego allá tú y él, y ánimo para la cosa, que á mí á la verdad se me ha pasado la angustia y estoy tan bien: pero lo que es á la doña Rosario la pelo yo y la azoto y la hincho, y luego á él si me dice algo le pego á la pared como el cartel de los toros. Toma, y esto es porque él no crea que yo le quiero y me aguanto. Pero lo que es contigo, nada. ¡Vaya! ¡mi hermanita de mi alma! ¡Fuera bromas! ¡Si él te quiere, que si te querrá, me alegraré! Ea, y á Dios, que ya es hora de que yo me vuelva á mi casa.

Y se fué dejando á la Miraflores en la duda de si le importaba poco Goya ó de si estaba loca por él.

## IV.

La Maruja se fué á su casa, que era en la acera de enfrente, poco más arriba, hácia la calle de Toledo.

Al pasar por delante de la casa de la Tirana, miró con ansia.

La casa de la Tirana estaba cerrada á piedra y á lodo.

—No, pues me parece á mí que me la vais á pagar,—dijo la Cari-blanca;—y lo que es la otra... *Güeno*: ¡en fin, ya veremos! ¡qué atragantamiento, señor, qué atragantamiento! ¡Y que ese hombre se ria de mí y me iguale con las otras! ¡Vamos, eso no puede ser, y eso se verá!

Y como habia llegado á la puerta de su casa, llamó.

## V.

Se abrió inmediatamente la puerta, y la Cari-blanca vió á su padre con un correon en la mano.

Se hizo atrás.

—Que no me pegue usted, padre,—dijo la Cari-blanca;—que porque yo haya pasado la noche en casa de la Antonia, no hay motivo; y, en fin, si usted no me da palabra de no pegarme, salgo de estampía y no vengo hasta que me eche usted memoriales.

—¡Dios te ha echado al mundo para quitarme á mí la vida, bribona!—exclamó el chalan.—Ea, entre usted, y tenga usted más vergüenza y menos miedo.

—¿Palabra, padre?

—*Güeno*, palabra; ¡si de todos modos no se adelanta contigo nada!

—Pues suelte usted la correa.

—¡Pues, hombre, me gusta!

—Si no suelta usted la correa no entro.

—Cuando yo digo una cosa está dicha.

—Entonces, bien; déme usted un abrazo y en paz.

—Pero, hija mia de mi alma,—dijo enternecido el viejo, que, como era natural, adoraba á su hija;—¿por qué me das tantos disgustos?

—Mire usted, padre, yo no lo puedo remediar: pero yo no soy mala.

—Vamos, anda mujer, anda, que como ha habido aquí esta noche heridos y muertos, y como yo no sabia si era por tí ó por la otra y tú andabas de levante, no he podido dormir y me he estado muriendo toda la noche: como no te he encontrado en ninguna de las partes donde podias estar...

—Y mire usted que cerca estaba; en fin, pelillos á la mar, y descuide usted que yo no me pierdo.

—¡Dios lo haga!—dijo el viejo.

La Cari-blanca se metió en su cuarto.

—No, no,—dijo su padre;—se la conoce en la cara que no tiene delito.

---

## CAPITULO XXIX.

**En que se vé lo buen hombre que era el señor  
Pedro Romero.**

### I.

—¿Pero qué es esto, señor don Francisco?—dijo Pedro Romero á Goya en cuanto se quedó solo con él.—¿Usted cree que se puede matar así á los hombres, como se matan los toros, que si uno lo hace bien le tocan las palmas, y lo animan para que siga matando?

—Mire usted, señor Pedro Romero,—dijo con la mayor tranquilidad del mundo Goya:—yo no sé nada, sino que llegó el caso y allá fuí.

—Pues mire usted, señor don Francisco,—dijo Romero con un acento reposado y grave:—matar no es bueno, pero hay que hacerlo cuando median necesidad, razon y justicia. Sobre todo necesidad. Aquello de primero soy yo que tú, y si tú vienes á darme á mí porque sí, porque sí tambien te doy yo; y haber abierto el ojo que asan carne. En todo hay que ver lo que tiene

más cuenta; y parar mucho los piés, y venga trasteo; y que cuando un hombre se tire la escopeta á la cara, se llene bien el ojo y no la lie, sino para darla hasta las uñas: y esto se hace con las gentes de mala intencion y bravas, que se cuelan y se van al bulto, y hay que tomarlas en el viaje que traen y dejarse embrocar para agarrarlas mejor. Y lo mejor es escupirlas por adentro y por afuera, ó si están entableradas darles un cambio en la cabeza y sacarlas á los medios y correrlas.

—De modo y manera,—dijo Goya,—que yo lo sé eso muy bien, señor Pedro Romero; pero usted no se ha enterado bien; que lo que yo he hecho ha sido estar al quite, y hacer que él hiciera por mí y por sí; que si yo no le tiendo el trapo, mire usted, señor Pedro, que despues del tumbo que le dió al tio Juan Lopez, recarga y le mecha y le *espirraba*.

—¿De modo que ha sido un quite?

—Sí señor.

—Y diga usted, ¿se puso usted en suerte, ó tuvo usted que irse arrancando á salga lo que saliere?

—Le diré á usted: de todo hubo; que el quite se hizo y en suerte me puse, y le dí tres pases, y le pude quebrar los piés y marearlo. Pero ¿qué quiere usted? se me calentó la boca y la lié. Eso no se puede remediar. Eso va en genios. Cuando pasan rabanos hay que comprarlos, y lo que hay que empeñar se vende y andando.

—Bueno,—dijo Pedro Romero,—para con Dios y luego para mí, tiene usted mucha razon; que los malos bichos relidiados y traicioneros, que se van al bulto, hay que despacharlos; pero es el caso que la justicia no entiende de esas cosas, que se ha metido usted con un fraile, y éstos, quitando lo que tienen de sacerdotes, son malos, y pueden mucho, y si le cogen á us-

ted le van á poner á usted una cuenta que le van á partir. En lo que veo que no tiene usted razon es en los principios ó las causas del lance, que ello, á lo que á mí me parece, ha nacido de mujeres: y perdóneme usted, señor don Francisco, si me meto á aconsejarle, pero con las mujeres hay que tener un trasteo de castigo, y hacerlas que humillen, y ponerse siempre con ellas fuera de cacho: que mire usted que son malas; entren todas y salga la que pueda; y no hay desgracia que le pase á un hombre que de ellas no venga; y todas se van al bulto, y cabecean con los ojos abiertos y siempre con la suya, y siempre pegan, y lo mejor es correrlas bien y echarlas fuera, y cuando más cuando más un volapiés, y soltárselas á otro diestro que se entienda con ellas y sacudir el capote por si se le ha quedado algun polvo, y en paz. Pero en fin, cuando las cosas han sucedido, no hay que perder el tiempo en pensar cómo hubiera podido evitarse lo que ha sucedido, sino pensar en cómo se sale de las malas consecuencias. Y es el caso que yo tardo todavía más de quince dias para ir á dar tres corridas en Sevilla y dos en el Puerto, y una en Jerez y otra en Cádiz, y en esos quince dias es menester que esté usted donde no le vea ni el sol, ni sepa nadie que está, sino yo y la persona que le guarde. Que mire usted que la Miraflores está muy tomada y quiere verle á usted, é irá y vendrá, y por aquí podemos tener una cogida. Que las mujeres cuando quieren á un hombre ciegan, y son imprudentes y capaces de perder hasta al consistorio. De eso me excuso yo, que no he querido más que á una mujer en toda mi vida, y me he casado con ella, y con ella me basta, y en paz.

—Usted es la calma *chicha*, señor Pedro Romero; usted lo mide y lo pulsa todo, y está usted siempre

guarecido con la muleta y con la espada en la mano, y dice usted:—vengan bichos, que aquí estoy yo.—Pero, hombre, eso va en sangres, señor Pedro Romero. Yo pierdo la paciencia muy pronto y arranco, esté como esté el bicho.

—Vamos, usted es como Pepe-Hillo,—dijo Pedro Romero, sin tomar en manera alguna en cuenta la viveza de las palabras de Goya.—Los toros le llaman, y él no tiene paciencia para llamarlos bien á ellos. ¡Bueno! ¡Cogida! y aquí estoy yo para matarle los bichos que le cogen á él: y mire usted que lo siento, señor don Francisco; y que si toreo con mi compañero José Delgado es porque sé que le hago falta: y no es esto decir que él no sea un buenísimo torero y que no sepa: mire usted que da gusto verle con qué gallardía y con qué desparpajo y con qué poder se pone en jurisdicción; que no parece sino que para él no hay toros en el mundo, ó que le parecen los toros de papel: y mire usted que tiene un trasteo por lo fino que no hay más que pedir: pero se impacienta, se emborracha de res, ciega y allá va, y hay que cerrar los ojos y decir:—¡Dios te haya perdonado!—que mire usted que á mí no me ha parado la sangre nada en este mundo más que los desavíos en que se mete, porque sí, y por vivo de genio y por valiente, mi compañero: y que no hay quite que valga, porque como casi siempre arranca, el encuentro no da tiempo ni deja terreno: en fin, que no puede ser, y hay que tener paciencia y pedirle á Dios que un día no se acabe todo para él. Pues lo mismo digo, señor don Francisco. Irse á todos los lances que salen sin ton ni son y arrancando cuando se puede, y lo mismo cuando ni se debe ni se puede, y todo es toro, y salga lo que saliere, es haber nacido para morir de mala muerte; y no digo más, que ya cansa, y á lo he-

cho pecho, y se busca el remedio y usted cuente conmigo y con mis relaciones, que las tengo yo muy buenas, y hasta faldas, que como no me meto con ellas, me estiman más y son capaces de hacer por mí hasta los imposibles.

—Muchas gracias, señor Pedro Romero,—dijo Goya;—que ya sé lo que usted vale y me estima, y conozco bien lo prudente de sus consejos. Pero son inútiles, porque yo seré siempre como Dios me hizo. Y, mire usted, con riñas y amor estoy en mis glorias. Ellas y ellos, y con todo el mundo, y andando; que mire usted que lo que ha de ser será, no hay que darle vueltas. Pero ayúdate tú si quieres que Dios te ayude, y mucho ojo, que en lo más claro hay bultos, y piés de plomo. Pero vamos al caso; y el caso es que yo no necesito de usted más que una cosa, además de su amistad, que necesito siempre, y de que estoy orgulloso.

—Muchas gracias, señor don Francisco. ¿Y qué es lo que usted necesita, que se le servirá?

—Poca cosa: un traje gitano de esquilador, traído y llevado; ¿usted entiende?

—¡Ya! ¡para disfrazarse!

—Pues eso es.

—¿Pero y la cara?

—La tengo yo aquí.

Y Goya sacó su caja de colores al pastel.

—Usted verá—añadió,—si cuando yo me ponga la carátula de gitano, hay quien me conozca. Que me busquen además un poco de estuco muy fino. Lo encontrarán en el gabinete de Historia natural, en la calle de Alcalá.

—Pues espérese usted: que todo eso va á estar enseguida.

Y el señor Pedro Romero salió.